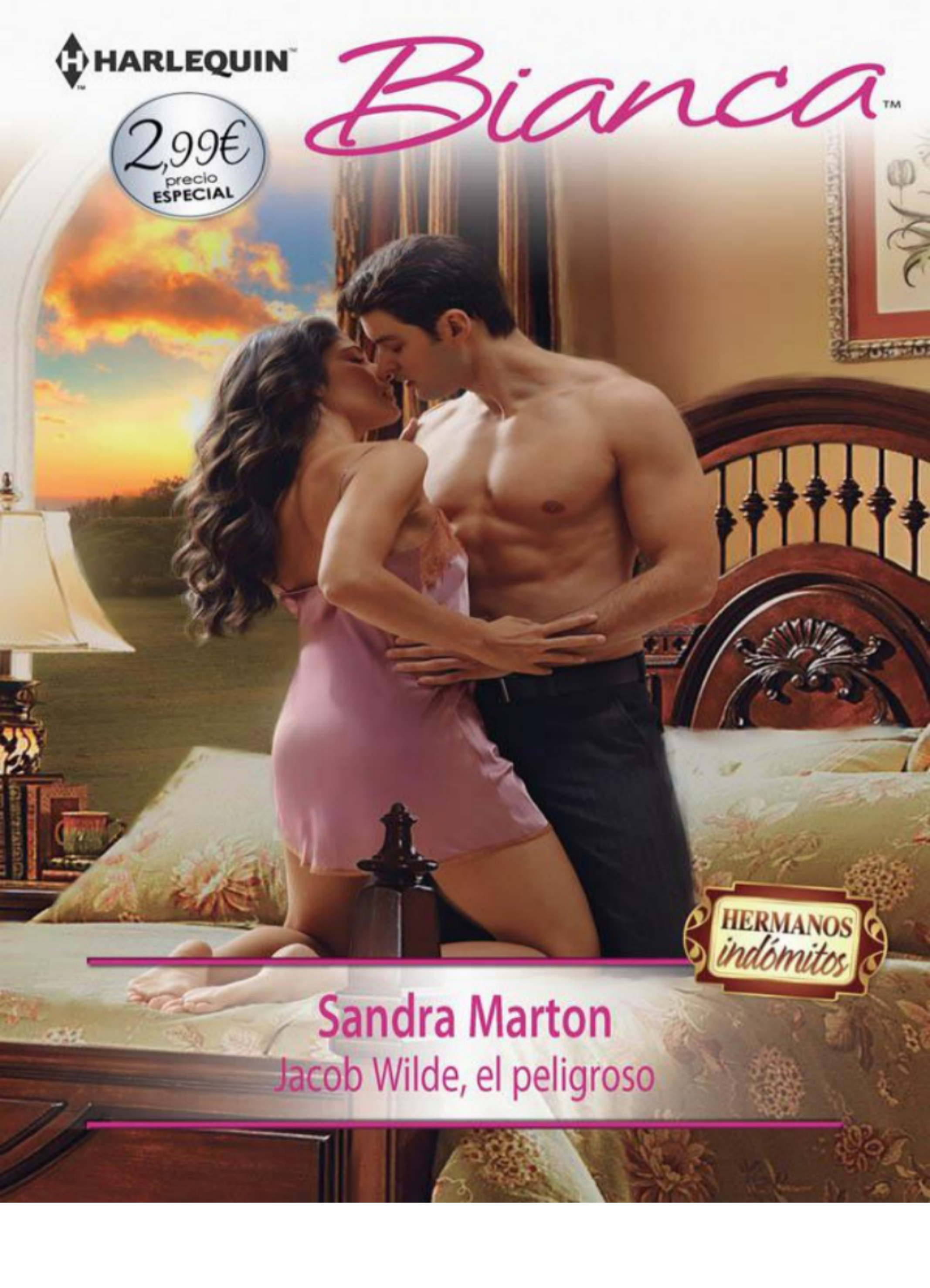

HARLEQUIN
Bianca
2,99€
precio
ESPECIAL
HERMANOS
indómitos
Sandra Marton
Jacob Wilde, el peligroso



Sandra Marton

Jacob Wilde, el peligroso



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2012 Sandra Marton
© 2015 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Jacob Wilde, el peligroso, n.º 108 - septiembre 2015
Título original: The Dangerous Jacob Wilde
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.
® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-6717-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Capítulo 1

JAKE Wilde siempre había sido un hombre deseado por las mujeres y envidiado por los hombres.

Había sido el héroe del equipo de fútbol del instituto y conseguido la licencia de piloto. Había salido con la reina del baile de su colegio y con todas las damas de honor. Pero de una en una, por supuesto, porque tenía escrúpulos y, ya a esa edad, comprendía a las mujeres.

También era listo y atractivo, tanto como para que un hombre se le acercara una vez en una calle de Dallas y le preguntara si alguna vez había considerado trabajar como modelo.

Jake había estado a punto de darle un puñetazo, pero no lo hizo cuando se dio cuenta de que el tipo no estaba intentando ligar con él, sino que se trataba de una oferta seria de trabajo.

Aun así, le había dicho que no estaba interesado y le había faltado tiempo para volver al enorme rancho de su familia y reírse de lo que le había pasado con sus hermanos.

En otras palabras, había tenido una vida muy buena.

Hasta que llegó a la universidad, donde solo pasó tres años. Después, por razones que habían tenido bastante sentido para él en ese momento, se había alistado en el Ejército.

De una forma u otra, todos los Wilde habían servido a su país. Travis había sido un reconocido piloto de caza y Caleb había tenido un puesto importante en una de esas agencias gubernamentales de las que nadie hablaba.

Jake, por su parte, había servido a su país alistándose en el Ejército, donde había trabajado pilotando helicópteros Blackhawk durante peligrosas misiones en zonas de guerra.

Pero todo había cambiado en un instante. Su mundo, su vida y los principios que siempre lo habían definido.

Y, al mismo tiempo, se acababa de dar cuenta de que algunas cosas no cambiaban nunca. Fue algo de lo que no fue consciente hasta una noche a principios de la primavera, mientras avanzaba por una carretera de Texas de vuelta a casa.

Frunció el ceño.

No sabía si regresaba a casa o solo al lugar donde se había criado. Ya no pensaba en ese sitio como su hogar. Era como si ya no tuviera uno.

Se había pasado cuatro largos años fuera de ese rancho. Para ser

precisos, cuatro años, un mes y catorce días.

Aun así, el camino le resultaba tan familiar como la palma de su mano. Le había pasado lo mismo con el trayecto desde el aeropuerto Forth Worth de Dallas.

Después de unos ochenta kilómetros en la autopista, había tomado la carretera nacional 227. Todo seguía igual. Ese trecho estaba bordeado a ambos lados de la carretera por interminables vallados y las vacas lo observaban impasibles. Eran como centinelas en medio de la tranquila noche. Llegó una hora después al camino de tierra que iba hasta los terrenos del viejo Chambers.

Durante todo el viaje, solo se había detenido una vez para buscar artefactos explosivos. Le parecía todo un récord.

Se metió por el camino y, de forma automática, se apartó a un lado para evitar que las ruedas del coche no se metieran en el profundo bache. Estaba dentro de las tierras del anciano Chambers, por eso seguía sin arreglarse.

–No necesito que nadie entre en mi rancho –solía murmurar Elijah Chambers cada vez que alguien era tan tonto como para sugerirlo.

Su padre despreciaba al viejo Chambers, pero eso no era raro. El general despreciaba a cualquiera que no fuera una persona recta y ordenada. Aunque fueran sus propios hijos.

Sonrió al recordar cómo había sido su infancia, pero el gesto no tardó en desaparecer de su boca. Durante los últimos meses, había aprendido que debía evitar sonreír. Sobre todo después de comprobar que ese gesto podía asustar a los niños pequeños.

Se quedó muy pensativo mientras tamborileaba el volante con los dedos. Se le pasó por la cabeza que lo mejor que podía hacer en ese momento era darse la vuelta e ir a…

Pero no sabía a dónde podía ir.

No podía ir a Washington D.C. ni al hospital. No quería tener que volver a un hospital en toda su vida. Tampoco podría regresar a la base ni a la casa que había tenido en Georgetown, en las afueras de la capital. Allí tenía demasiados recuerdos.

Además, ya no había sitio para él en la base y había vendido su casa. Había firmado los papeles de la venta el día anterior.

Tenía la sensación de estar completamente perdido, como si ya no encajara en ningún sitio. Ni siquiera allí, en Texas, y menos aún en esas doscientas mil hectáreas de colinas y praderas que formaban el rancho El Sueño.

Por eso había decidido que no iba a quedarse allí demasiado tiempo. Sus hermanos lo sabían y estaban haciendo todo lo posible para quitarle esa idea de la cabeza y convencerlo para que cambiara de idea.

–Aquí es donde tienes que estar, hombre –le había dicho Travis.

–Esta es tu casa –había añadido Caleb–. Instálate y tómate las cosas con calma durante un tiempo, al menos hasta que decidas qué es lo que quieres hacer a partir de ahora.

Trató de estirar las piernas sin dejar de conducir. El Thunderbird era un coche algo pequeño para un hombre tan alto como él, pero le merecía la pena viajar algo incómodo. Ese había sido su primer coche, el que había conseguido restaurar un verano cuando solo tenía dieciséis años.

Caleb hacía que todo pareciera muy fácil, pero sabía que no lo era.

No tenía ni idea de lo que quería hacer con su vida, solo podía pensar en volver atrás en el tiempo y regresar al lugar donde había sentido que el tiempo se detenía para él, a ese estrecho paso rodeado de montañas y bajo un cielo gris y sucio...

–Ya basta –se dijo a sí mismo.

No podía pensar en eso.

Quería pasar un par de días en el rancho, ver a sus hermanos y a su padre. Después, volvería a irse.

Tenía muchas ganas de ver a sus hermanas, solo esperaba que no lloraran al verlo. En cuanto al general, también tenía ganas de estar con él. Suponía que su padre querría que hablaran, solo esperaba que la charla no fuera demasiado larga.

En cuanto a sus hermanos...

Estaba solo en el coche. No había nadie allí que pudiera asustarse al ver cómo sonreía con el rostro lleno de cicatrices, así que se dejó llevar y sonrió al pensar en sus hermanos.

Caleb y Travis siempre conseguían hacerle sonreír.

Los tres habían estado siempre muy unidos. Habían jugado juntos de pequeños y después, durante su adolescencia, se habían metido en todo tipo de líos. Y siempre habían tenido los mismos gustos. A los tres les gustaban los coches rápidos y las mujeres bellas.

Sus hermanas siempre les decían que los tres hermanos eran tal para cual y que tenían una gran facilidad para meterse en problemas.

En realidad eran sus hermanastras. El general se había casado dos veces y tenían distintas madres.

Seguían estando muy unidos. De no haber sido así, nunca habría accedido a ir a verlos. Pero, de todos modos, lo iba a hacer imponiendo sus propias condiciones.

Más o menos.

Sus hermanos habían tratado de convencerlo para que les dejara enviarle un avión que lo recogiera y llevara al rancho.

–Tenemos dos aviones en El Sueño –le había dicho Travis–. Lo sabes mejor que nosotros. Después de todo, fuiste tú quien los compró, el que supervisó su diseño interior y todo eso. ¿Por qué vas a venir en un vuelo regular cuando no es necesario?

Lo que Travis no le había mencionado era que Jake no se había limitado solo a comprar los aviones de la familia Wilde, sino que también era quien los había pilotado.

Pero ya no lo hacía. Un piloto que había perdido un ojo no podía seguir siendo piloto y le había resultado demasiado dura la posibilidad de volver a casa como pasajero en un avión que había pilotado él mismo.

Así que le había dicho a sus hermanos que no se preocuparan, que era demasiado complicado organizarlo todo porque no sabía la fecha exacta en la que haría el viaje. Al final, había conseguido que dejaran de insistirle.

–Lo más sencillo para todos es que alquile un coche cuando llegue el viernes por la noche –les había dicho.

Sonrió al recordar lo que habían hecho. Sus hermanos nunca dejaban de sorprenderlo.

Había oído su nombre por megafonía en cuanto salió del avión y pisó el aeropuerto Fort Worth de Dallas. Se le había pasado por la cabeza ignorar el aviso, pero al final había apretado los dientes e ido hasta el mostrador de información.

–Soy el capitán Jacob Wilde –le había dicho enérgicamente a la empleada que atendía el mostrador–. Acaban de avisarme.

La joven, que había estado de espaldas a él, se quedó en blanco al girarse y verlo.

–¡Oh! –había exclamado la mujer sin poder contenerse.

Había tenido que controlarse para no hacer ningún comentario sarcástico al advertir cómo reaccionaba la joven al ver el parche que tenía en el ojo y sus cicatrices.

Pero, para su sorpresa, la recepcionista había conseguido recuperarse rápidamente y dedicarle una profesional y falsa sonrisa.

–Sí, señor, tenemos algo para usted.

Frunció el ceño al oírlo. Esperaba que no se tratara de una especie de comité de bienvenida.

No estaba preparado para tener que enfrentarse a nadie que le diera las gracias por su servicio.

Afortunadamente, había estado equivocado. La mujer le había dado un sobre. Había encontrado un juego de llaves en su interior y las instrucciones para encontrar una determinaba plaza de aparcamiento en el aeropuerto. También había dentro una nota escrita por sus hermanos.

¿De verdad crees que nos ibas a poder engañar?

Le habían dejado su viejo Thunderbird aparcado allí para que pudiera usarlo en su trayecto de vuelta a casa. Había sido una locura, pero habían conseguido con su gesto que se le hiciera un nudo en la garganta.

Con ese coche había conseguido atravesar los muchos kilómetros que lo separaban del aeropuerto hasta llegar a esa zona del norte de Texas.

Se encontró de repente con la enorme puerta que marcaba el límite de El Sueño por el norte.

Jake fue frenando el coche hasta que se detuvo por completo.

Se le había olvidado lo que se sentía al ver esa gran puerta. Se fijó en lo deteriorada que estaba la madera de cedro y en las grandes letras de bronce que anunciaban que allí empezaba el rancho de su familia, El Sueño.

Todo estaba como siempre. Excepto por el hecho de que la puerta estaba abierta. Estaba seguro de que ese detalle había sido idea de sus hermanas. Lissa, Emma y Jaimie debían de haber pensado que era la mejor manera de darle la bienvenida y recordarle que aquella era también su casa. Sabía que les iba a hacer daño cuando se dieran cuenta de que ese era el último lugar donde quería estar, pero no le iba a quedar más remedio que hacérselo entender.

Tenía que mantenerse en movimiento.

Apretó el acelerador y atravesó la puerta dejando una nube de polvo tras él.

De haberlo podido evitar, ni siquiera habría ido ese fin de semana, pero ya se había quedado sin excusas que contarles.

–Sí. Bueno, a ver si puedo –le había dicho a Caleb durante su última conversación.

Su hermano le había asegurado con mucha calma que, si Jake decidía que no podía visitarlos ese fin de semana, Travis y él no iban a tener más remedio que viajar a Washington D.C. ellos mismos, atarlo, amordazarlo y arrastrarlo después hasta el rancho.

Conociéndolos como los conocía, no le habría extrañado nada que lo hicieran.

Había reflexionado entonces y decidido que había llegado la hora de dar la cara. Una expresión que le había parecido más que conveniente en su caso.

Sabía que no iba a ser una gran sorpresa para su familia. Todos habían ido a verlo al hospital. Habían estado ya allí esperándolo cuando el avión de transporte lo llevó de vuelta a Estados Unidos. Además de sus hermanos y hermanastras, también había estado el general, recordándole a todo el que quisiera escucharlo que él era John Hamilton Wilde, el general John Hamilton Wilde del Ejército de los Estados Unidos. No había parado hasta conseguir que le dieran una habitación privada a su hijo y había exigido la atención de los mejores cirujanos del hospital Walter Reed.

Jake había estado entonces demasiado fuera de juego para discutir con él. Pero no tardó en tomar las riendas en cuanto se encontró

mejor. No quería ningún tratamiento especial ni más visitas familiares.

Le había parecido que no tenía sentido tenerlos allí. No había querido seguir viendo cómo Emma, Lissa y Jaimie trataban de ser fuertes delante de él ni que sus hermanos le mintieran continuamente, diciéndole que no tardaría en recuperarse del todo y volver a ser el mismo de siempre.

Por eso había tardado tanto tiempo en volver a casa, le costaba estar de nuevo con ellos.

–Eres tonto –le había dicho Travis.

Puede que tuviera razón. Pero no quería tenerlos encima de él, atendiéndolo y mimándolo como si fuera un inválido. No quería que le dijeran que nada había cambiado, porque sentía que todo era distinto. Sobre todo su cara y la imagen que tenía de sí mismo.

A veces le parecía que había dejado incluso de ser humano.

Ya no sabía cómo seguir manteniendo ese difícil equilibrio, fingiendo que todo era normal cuando nada lo era. Pero decidió que era mejor no pensar en esas cosas.

Esa noche debía concentrarse en mostrarse fuerte y sonreír como si no pasara nada. Solo esperaba no aterrorizar a nadie. También iba a tener que hablar con ellos, aunque no sabía qué podía contarles. Sabía que lo que podía contar no era algo que la gente normal, los civiles, quisieran escuchar.

Esa noche todos iban a comportarse como si no hubiera pasado el tiempo.

Había creído que, al ir hasta el rancho por sí mismo, iba a tener la oportunidad de aclimatarse poco a poco, sumergiéndose en esas cosas que aún le resultaban tan familiares como el aire limpio de Texas y el sonido de los coyotes en mitad de la noche. Su idea había sido ir haciéndose a la idea de que estaba de vuelta sin las prisas y las emociones de los aeropuertos.

Era algo que todos los soldados tenían muy claro. Era muy duro volver a casa.

Más duro que irse para participar en una guerra. Creía que los soldados iban casi siempre arrastrados por la emoción de participar en el combate, sobre todo si procedían de familias de militares y se habían criado oyendo historias de valentía en el campo de batalla.

Era lo que le había pasado a él.

Solo había tenido dos años cuando murió su madre. Travis había tenido entonces seis y Caleb, cuatro. Se habían criado a partir de ese momento entre el servicio, las niñeras y su madrastra, una mujer que solo se había quedado en esa familia el tiempo suficiente para tener a sus tres hijas.

El general, durante sus cortas estancias en casa, los había entretenido con historias sobre sus antepasados, unos hombres que

habían invadido la Galia con el emperador César, que habían entrado en las islas Británicas desde sus naves, que habían cruzado el Atlántico en barcos de vela y conquistado después allí un nuevo y vasto continente, desde las llanuras de Dakota a la frontera con México.

Esas historias siempre le habían emocionado. Pero ya era un adulto y sabía que no habían tenido ningún sentido. Su padre había omitido partes muy importantes en su relato. No les había hablado de los políticos, de las mentiras ni de lo que se encubría para que no saliera a la luz pública.

Apretó con fuerza el freno. El Thunderbird patinó en el camino de tierra y se detuvo en seco. Cruzó entonces las manos sobre el volante. Casi podía oír cómo latía con fuerza su corazón. Sentía que se estaba sumergiendo en ese lugar oscuro al que había jurado no volver nunca.

Esperó unos minutos hasta que su ritmo cardíaco se calmó un poco. Después, abrió la puerta y salió del coche.

Algo rozó su rostro. Una polilla.

Respiró profundamente para tratar de calmarse. Las polillas eran reales. Eran algo que cualquiera podía entender.

Volvió a respirar profundamente, llenando sus pulmones con el aire fresco de la noche. Las nubes ocultaban las estrellas, no podía verlas.

Pasó así unos minutos, hasta que las estrellas salieron de detrás de las nubes junto con la luna. Se metió de nuevo en el coche y siguió conduciendo hasta que vio por fin el contorno de la casa. Había luz en sus ventanas y no pudo evitar que una oleada de pánico llenara sus entrañas.

Detuvo el coche de nuevo y salió.

Había un grupo de viejos robles a su izquierda y un sendero que se abría camino entre ellos.

Fue hacia allí y no tardó en llegarle una leve brisa y el sonido del arroyo Coyote. No lo podía ver, pero ese murmullo lo acompañaba. Las hojas secas crujían bajo las suelas de sus botas vaqueras.

Recordó cuánto le habían gustado siempre las noches como esa. El aire era puro y cristalino allí y las estrellas brillaban en lo alto. Entonces solía quedarse mirándolas como había hecho unos minutos antes y preguntándose cómo era posible que estuviera de pie en un planeta que no dejaba de girar en el espacio.

Se llevó la mano instintivamente a la cuenca del ojo y a la tensa piel que tenía allí.

Todo había cambiado. Ahora, esas noches tan frescas no hacían más que causarle dolor en los huesos, en la mandíbula e incluso en el espacio donde había estado su ojo.

No conseguía entender cómo podía dolerle lo que ya no existía.

Era algo que les había preguntado en más de una ocasión tanto a los médicos como a sus fisioterapeutas. Siempre le contestaban lo mismo,

que le dolía porque su cerebro pensaba que aún tenía ese ojo.

Hizo una mueca al recordarlo. Era una prueba más de lo inútil que podía llegar a ser el cerebro de un hombre.

El caso era que hacía frío y le dolía todo el cuerpo. No entendía por qué había tenido que salir del coche e ir por ese camino. Fuera por lo que fuera, lo había hecho y no pensaba detenerse.

Ese sendero le resultaba tan familiar como la puerta de entrada a la finca, el camino hasta el rancho y su viejo Thunderbird. Era un camino que se había hecho con las pisadas de muchas generaciones de zorros, coyotes y perros, con los pasos de peones y niños que habían ido hasta el arroyo.

Él también había hecho innumerables veces ese camino, aunque nunca en una noche tan fría como esa ni con un dolor de cabeza tan fuerte como el que estaba sintiendo en esos momentos. Era como si tuviera a alguien dentro de él, golpeando su cráneo con un martillo para tratar de salir.

Lamentó no haberse tomado algo para el dolor. Aunque solo hubiera sido una aspirina. Era difícil soportarlo, pero estaba intentando dejar de tomar tantos analgésicos.

Cuando por fin salió del bosquecillo, lo hizo con la idea de meterse de nuevo en su coche y regresar al aeropuerto.

Pero era demasiado tarde.

Allí estaba. Tenía delante de él la casa, el corazón de El Sueño, un faro iluminado en mitad de la noche. Se fijó en sus blancas tejas y en lo amplia que era. Estaba casi escondida entre un grupo de altos fresnos y fuertes robles que rodeaban una extensa zona de césped.

Oyó el aullido de un búho en el bosque del que acababa de salir y no pudo evitar estremecerse. Se frotó el ojo, tenía la piel muy caliente.

El búho lo sorprendió de nuevo. En esa ocasión oyó también el chillido de otra criatura que acababa de convertirse en su cena. Supuso que acabaría de morir entre sus garras afiladas. Así era como funcionaba el mundo.

Unos vivían y otros morían.

Sintió la necesidad de salir de allí en ese preciso instante.

«No puede pasarse toda la vida huyendo, capitán».

Esa voz era clara y nítida en su cabeza.

Sabía que alguien le había dicho eso. No recordaba si habría sido el cirujano o un psiquiatra. O quizás se lo hubiera dicho él a sí mismo. Pero creía que no era cierto. Podía correr y correr y no detenerse nunca hasta que…

Se abrió de repente la puerta de entrada de la casa.

Jake dio un paso atrás y se escondió entre los árboles.

Había gente en la puerta. Vio sus siluetas, pero no podía distinguir sus rostros desde donde estaba. Pudo oír entonces el sonido de la

música y sus voces.

Oyó muchas voces.

Les había dejado muy claro que solo quería ver a la familia, a nadie más. Pero se dio cuenta de que no le habían hecho caso.

Supuso que sus hermanas habrían invitado a medio pueblo. Y el otro medio se habría acercado sin ser invitado. Después de todo, su apellido formaba parte del nombre de ese pueblo: Wilde's Crossing. Todos los conocían.

«Puedes hacerlo», se dijo para tratar de calmarse.

Solo era una noche y creía que podría sobrevivir a esa noche. Aunque, en el fondo de su corazón, aún amaba ese sitio más que cualquier otro en el mundo. Ese rancho era parte de él. Formaba parte de su ADN como el azul de sus ojos de origen celta y su cabello negro de origen apache. Siglos de sangre Wilde corrían por sus venas con cada latido de su corazón.

–Maldita sea –gruñó entre dientes.

No podía negarlo, pero tampoco entendía por qué era algo que seguía siendo importante en su vida. Creía que el pasado era el pasado y no tenía nada que ver con el futuro.

Había estado con dos psiquiatras proporcionados por el Ejército y los dos le habían dado la misma respuesta. El pasado era la base del presente y el presente era la base de su futuro.

Después de eso, no había regresado a las consultas de los psiquiatras. No le parecía que tuviera ningún sentido hacerlo cuando no estaba dispuesto a contarle a nadie sus secretos. Creía que, después de todo, eran sus secretos y habrían dejado de serlo si se los hubiera ido contando a todo el mundo.

Además, no estaba de acuerdo con lo que ambos psiquiatras le habían dicho.

El dolor que sentía detrás del ojo, de ese ojo que ya no existía, era cada vez más fuerte. Se frotó el hueso que lo había rodeado con su mano callosa mientras recordaba esas historias con las que tantos sus hermanos como él habían crecido.

–No olvidéis nunca que todo lo que somos y todo lo que tenemos se lo debemos a las convicciones y valentía de todos esos hombres que lucharon por nosotros y que son además nuestros antepasados –les decía siempre el general con orgullo.

Todos los hermanos habían crecido esperando la oportunidad de continuar con la tradición familiar. Pero antes habían terminado sus estudios en la universidad. Sabían que era lo que su madre habría querido. Jake había estudiado Gestión y Administración de Empresas, Caleb había terminado Derecho y Travis, Finanzas.

Aunque los tres habían servido de una u otra manera, él había sido el único que había decidido alistarse en el Ejército, donde se había

dedicado a entrenarse para ser piloto de helicópteros Blackhawks y participar en peligrosas misiones encubiertas.

Le había encantado su trabajo, poder vencer al enemigo y salvar vidas cuando nada ni nadie más podía hacerlo.

De repente, con una velocidad desgarradora, sintió que ya no estaba en medio de su rancho de Texas, sino en un lugar mucho más oscuro, lleno de sangre y fuego. Había llamas por todas partes...

–No –se dijo bruscamente mientras trataba de respirar profundamente.

Enderezó su dolorido cuerpo y levantó como pudo la cabeza. No iba a permitir que su mente le jugara malas pasadas esa noche.

Estaba decidido a ser, al menos por esa noche, el hijo que su padre había querido que fuera, el hombre que sus hermanos siempre habían conocido y el chico al que sus hermanas habían adorado.

Oyó de nuevo el aullido del búho. Ese pájaro era un cazador y un superviviente. Se dio cuenta de que también él lo era y emprendió rápidamente el camino hacia la casa y la familia que allí lo esperaba. La luna estaba ya en lo más alto. Sintió su luz fría en el rostro.

No tardó en ver con más claridad las figuras que lo esperaban junto a la puerta.

–¿Jake?

Reconoció las voces de Jaimie y Lissa gritando su nombre, las primeras que lo vieron.

–¿Jake? –gritaron a la vez Caleb y Travis.

–¡Jake! –exclamó Emma justo cuando llegaba a la casa.

Los cinco bajaron corriendo los escalones del porche y lo abrazaron entre risas y llantos. No tardó en sentir la humedad en sus mejillas.

Eran las lágrimas de sus hermanos.

Tal vez incluso las suyas.

Capítulo 2

CUANDO se hacía una promesa, había que cumplirla.

Ese era el lema de Addison McDowell.

Y por eso estaba en esa maldita fiesta. Les había prometido a su asesor financiero y a su abogado que iba a ir y por eso estaba allí.

Sabía que hacer lo que había dicho que iba a hacer era lo correcto. Y hacer lo correcto era muy importante para ella. Era algo que llevaba a rajatabla desde el preciso instante en el que decidió que ella era una Addison, no una Adoré.

Las niñas que crecían en casas prefabricadas y en barrios empobrecidos tenían nombres tan horribles como ese, Adoré, pero ella había dejado ese pasado muy atrás y se había convertido en todo lo que un nombre como Addison implicaba.

Creía que alguien que se llamara así tenía que ser una mujer de éxito y sofisticada. Tenía un piso en Manhattan. Con hipoteca y aún mucho que pagar, pero lo había conseguido. Había terminado la carrera de Derecho en la Universidad de Columbia y vestía muy bien.

Solo había tenido un problema durante esos los últimos meses. Uno que parecía más apropiado para alguien que se llamara Adoré en vez de Addison. Después de todos sus esfuerzos por escapar de su miserable pasado, volvía a verse sumergida en ese mundo.

Se llevó la copa a los labios y tomó un buen trago de su vino.

Y todo porque Charlie le había dejado en herencia ese maldito rancho.

Si no hubiera muerto…

Había sido el mejor amigo que había tenido en toda su vida. De hecho, el único amigo que había tenido, alguien que no la había deseado por su cuerpo sino por su inteligencia. Poco le había importado lo que la gente pudiera pensar.

Charles Hilton, el multimillonario abogado, la había apreciado y respetado.

Habían comenzado trabajando juntos, a pesar de que ella entonces no había sido más que una recién llegada en su bufete. No tardaron en conocerse mejor y Charlie había sido capaz de ver lo que había en ella más allá de lo obvio. Había ignorado su pelo brillante y oscuro, que siempre llevaba recogido, sus ojos grises y una figura curvilínea que hacía todo lo posible por ocultar bajo severos y modestos trajes a medida.

Charlie había visto a la verdadera Addison, una joven con la inteligencia y la fuerza necesarias para triunfar en la vida. No tardó mucho en convertirse en su mentor.

Al principio le había costado confiar en él y en el interés que parecía tener en ella. Pero, cuando lo conoció mejor, se dio cuenta de que la quería como a una hija. Y ella lo había querido como el padre que había tenido y perdido después.

Y, cuando Charlie había enfermado, lo había querido aún más porque él la había necesitado, y le había parecido una sensación maravillosa sentirse necesitada.

Nunca había habido nada inapropiado entre ellos. Su relación había sido solo de amistad y le parecía obsceno que algunas personas pudieran imaginarse otra cosa. Pero se había dado cuenta de que a las revistas del corazón y las páginas web de cotilleos no les interesaba la verdad. Sobre todo cuando la ficción era mucho más jugosa. Le había pasado en Manhattan y también en ese pueblo de Texas, Wilde's Crossing.

Había tratado de llevar una vida muy discreta desde que llegara a Wilde's Crossing, pero no le había servido de nada. Sentía que la gente la observaba cada vez que aparecía en público.

Y había sabido que esa noche le iba a pasar lo mismo, aunque los hermanos Wilde le habían asegurado que no debía preocuparse.

Le había dicho a Travis Wilde que la gente la iba a mirar con curiosidad y él le había asegurado que no iba a ser así. Pero, al final, el que había estado equivocado había sido Travis.

La gente la había mirado desde que llegara a la fiesta, pero a lo mejor se lo merecía. Se había puesto un traje de chaqueta y falda. Pero, después de mirarse en el espejo de la casa del viejo Chambers, se había dado cuenta de que era demasiado formal, demasiado neoyorquino. Después se había puesto una camisa, pantalones vaqueros y botas, pero le había dado la impresión de que parecía una neoyorquina vestida de vaquera para una fiesta de disfraces.

No dejaba de sorprenderse a sí misma cuando pensaba en el rancho de Charlie, que había heredado ella, por el nombre de su antiguo dueño, tal y como lo llamaban todos los demás.

–¡Ni hablar! –había exclamado al verse de esa guisa.

El sonido de su voz había conseguido asustar a un ratón que escapó corriendo de la habitación. Creía que era una suerte que no le dieran miedo los ratones, los insectos ni la serpientes, como la que había visto unos días antes en el porche de la vieja casa.

No tenía miedo de nada.

Era así como había conseguido salir de un barrio pobre para terminar instalándose en la zona más exclusiva de Manhattan.

Se puso entonces un vestido de seda negro diseñado por Diane von

Furstenberg. Era muy elegante sin dejar por ello de ser sexy. Tenía un profundo escote y la tela se aferraba a sus curvas. Había completado su atuendo con unos zapatos negros de Manolo Blahnik.

Se había mirado de nuevo en el espejo con la cabeza bien alta.

Sabía que la gente había empezado a hablar de ella en Wilde's Crossing antes incluso de su llegada. Recordó la reacción de los hermanos Wilde cuando se lo preguntó directamente. Los dos se habían sonrojado.

Había sido chocante ver a dos hombres adultos ruborizados por su culpa, pero Addison no estaba interesada en ellos. Lo único que tenía claro era que estaba harta de que la gente hablara de ella.

Se había imaginado que esta noche, llevara lo que llevara, la gente iba a mirarla, así que había decidido darles motivos de sobra para que lo hicieran. En Nueva York, su atuendo no habría llamado la atención a nadie, pero allí todo era distinto.

Había dado por hecho que la mayoría de las mujeres iría a la fiesta con pantalones vaqueros o con vestidos floreados. No había tardado en descubrir que había acertado.

Dejó su copa de vino vacía en la bandeja de un camarero que pasó en ese momento a su lado y tomó otra más.

Había acertado con la ropa de las invitadas a esa fiesta y también con la actitud de la gente de ese pueblo. Eran sobre todo las mujeres las que le estaban haciendo la vida imposible, llenas de prejuicios hacia ella.

Como la que estaba mirándola en esos momentos. Llevaba un vestido con volantes, demasiado pintalabios y el pelo cardado. No entendía por qué les gustaba tanto a las tejanas ese tipo de peinado. Era como si no supieran que solo le quedaba bien a Dolly Parton. A nadie más.

Addison le dedicó a la mujer una sonrisa maliciosa y esta se sonrojó, apartando rápidamente la mirada.

«Sí, yo también estoy encantada de conocerte», pensó con frialdad.

No entendía por qué había ido a esa fiesta.

Recordó entonces por qué lo había hecho, porque Travis y Caleb Wilde se lo habían pedido y ella siempre cumplía sus promesas.

Y vuelta a empezar.

Se lo habían pedido y, en un momento de debilidad poco común en ella, les había dicho que iría, que asistiría a la fiesta de bienvenida para su hermano. Le habían asegurado que iba a ser solo una pequeña reunión.

–Solo estaremos la familia y un par de amigos –le había dicho Caleb.

–Bueno, tal vez unos pocos más –había añadido Travis.

Hizo una mueca al recordar la conversación.

Debería haberse imaginado que al final la pequeña reunión se iba a convertir en una gran fiesta. Le daba la impresión de que había centenares de amigos y familiares en el gran salón del rancho El Sueño.

No pudo esconder una sonrisa irónica al pensar en el nombre. Creía que era demasiado presuntuoso para un rancho formado por doscientas mil hectáreas de matorrales, pastizales, huertas, caminos polvorientos y pozos de petróleo. Pero una de las cosas que había descubierto durante el tiempo que llevaba allí era que los texanos tenían facilidad para bautizar sus ranchos con nombres poéticos. Aunque el duro trabajo que realizaran en ellos tuviera más que ver con el sudor que con la lírica.

Incluso Charlie, que no había tenido nada que ver con Texas, sino que había nacido y crecido en el este de Estados Unidos como ella, se había dejado llevar de alguna manera por esa actitud tan poética a la que eran tan dados los locales. Pero no habían conseguido inculcarle ese amor por el trabajo físico. No se imaginaba a Charlie sudando. Lo más parecido al trabajo físico que había hecho su amigo se había limitado a llevar de un lado a otro su maletín.

Suspiró al recordarlo. Pensaba que, si hubiera sido un hombre un poco más activo y hubiera volado hasta allí para ver el rancho que le había comprado a Chambers, se habría dado cuenta de que tenía poco que ver con las maravillosas fotografías que le había mostrado la agencia inmobiliaria y que no era más que un montón de hectáreas llenas de polvo y edificaciones en mal estado. Creía que, de haberlo hecho, no lo habría comprado.

Pero lo había hecho, casi a ciegas, solo una semana antes de morir.

Su pérdida había sido muy dolorosa para ella. Pocos días después, había recibido la sorprendente noticia de que Charlie le había dejado el rancho a ella.

Durante algún tiempo, no había hecho nada al respecto. Pero, después, había decido ir a verlo.

Había juntado todos los días de vacaciones que no había usado durante los dos últimos años y volado hasta Texas para visitarlo.

Lo que se había encontrado allí no era lo que había esperado después de ver viejas películas de John Wayne en la televisión. No era así como se esperaba que fuera un rancho.

El del viejo Chambers estaba formado por miles de hectáreas de matorrales y varias construcciones que parecían estar a punto de derrumbarse. Ese rancho tenía su propia fauna salvaje, media docena de caballos y poco más.

Por eso había contratado a los hermanos Wilde para que la asesoraran y…

–Señorita, ¿cómo puede estar bebiendo vino tinto cuando hay

champán? –le preguntó alguien interrumpiendo sus pensamientos.

Se giró para ver a un hombre con un gran sombrero que no dejaba de sonreírle. Vio que llevaba dos grandes copas de champán en sus manos.

«Dios mío, otra vez no», pensó con cansancio.

–Soy Jimbo Fawcett –se presentó el hombre–. Del rancho Fawcett.

Le parecía increíble que alguien pudiera resumir su pedigrí en esas seis palabras. Ya se le habían presentado esa noche otros tipos muy parecidos a ese. Sabía que, si no lo detenía, se iba a pasar el resto de la noche escuchando cómo le decía con cierta modestia, pero no mucha, después de todo, se trataba de Texas, lo increíblemente afortunada que debía sentirse al haber sido la elegida entre la manada de mujeres presentes en la fiesta.

Ese sombrero de vaquero era lo único que lo diferenciaba de los abogados de Nueva York y los magnates de Wall Street. Estaba acostumbrada a tratar con hombres así.

–Me alegro mucho –repuso ella.

–Y usted debe de ser Addie McDowell, ¿no es así?

–Addison McDowell –lo corrigió.

–Bueno, aquí no nos gusta ser tan formales, señorita.

Solo llevaba treinta segundos hablando con él y ya estaba harta.

–Señor Fawcett…

–Jimbo.

–Señor Fawcett –insistió ella con una gran sonrisa–. Sé que está a punto de decirme que sabe que soy nueva en Wilde's Crossing y que es una pena que no nos hayamos visto antes.

Vio que Fawcett abría sorprendido los ojos.

–Y yo entonces tendría que decirle que sí, es verdad, soy una recién llegada. Pero que no nos hayamos conocido antes no tiene nada que ver con la suerte, sino con el hecho de que no estoy interesada en conocer a nadie. Supongo que también tendría que explicarle que prefiero el vino tinto. Seguro que es un tipo estupendo, pero no me interesa probar el champán ni ninguna otra cosa que pueda ofrecerme. ¿Lo ha entendido?

Fawcett abrió la boca.

Se apiadó entonces del hombre y le dio unas palmaditas en el brazo.

–Gracias de todos modos –añadió antes de darle la espalda y abrirse paso entre la multitud.

No se detuvo hasta encontrar un hueco vacío contra una de las paredes, al lado de un gran piano de cola.

Suspiró y miró el reloj. Esperaba que no tardara ya mucho en llegar el héroe local. Pensaba quedarse cinco minutos más y, si aún no había…

–Algo me dice que no te lo estás pasando bien.

Addison se giró hacia la voz, lista para contestar de mala manera a quien se atrevía a interrumpir sus pensamientos, pero entrecerró los ojos al ver de quién se trataba. Era un hombre alto y atractivo, un hombre al que ya conocía.

–Travis Wilde –le dijo–. Me debes una.

–Bueno, eso me confirma lo que ya pensaba, no te estás divirtiendo.

Caleb Wilde se acercó a ellos en ese momento.

–Si creías que no se lo estaba pasando bien es porque es así, ¿verdad, Addison? –le preguntó el recién llegado.

–Bueno, teniendo en cuenta que me he pasado los últimos meses rechazando invitaciones para unirme al club de campo, la asociación de granjeros, el grupo de costura…

–¿Tampoco te has unido al grupo de costura? –le preguntó Travis fingiendo asombro.

–No –insistió Addison–. Me dijisteis que llegaría sobre las ocho.

–¿Te refieres a Jacob? –le preguntó Caleb–. Sí. Eso pensábamos.

–Ya son las ocho y media y aún no ha llegado el misterioso invitado –se quejó ella.

–Jake no es misterioso –replicó Travis rápidamente–. Y llegará pronto. Sé paciente.

Addison hizo una mueca. Durante esos últimos meses, había sentido que su paciencia iba cada vez a menos.

–Necesitas un experto que analice con detenimiento el rancho de Chambers para ver si tiene sentido arreglarlo un poco antes de sacarlo al mercado o no. Ya sabes que en la situación económica actual…

Addison levantó la mano para detenerlo.

–Lo sé, he escuchado ese mismo discurso un montón de veces.

–Es que es verdad. Las recomendaciones de Jake podrían suponerte cientos de miles de dólares de diferencia.

No podía permitirse el lujo de no hacer caso a los hermanos Wilde. Después de todo, tenía una hipoteca que pagar por su piso en Manhattan y también los préstamos que había pedido para pagarse los estudios.

Además, el rancho había sido importante para Charlie. De otro modo, no se lo habría dejado a ella. Sentía la obligación de hacer lo correcto con esa propiedad, aunque solo fuera por respeto a la memoria de su amigo.

–Espera diez minutos más –le pidió Caleb–. Entonces, ya estará aquí, ¿de acuerdo?

–Eso espero –repuso Addison suavizando sus cortantes palabras con una sonrisa.

Podía permitirse aguantar en esa fiesta diez minutos más. Por una parte, le gustaban tanto Caleb, su abogado, como Travis, su consultor financiero. Por otra parte, sentía cierta curiosidad.

Cada vez estaba más segura de que los hermanos Wilde no le habían contado todo lo que había que contar sobre el misterioso Jacob.

Sabía que estaba, o había estado, en el Ejército. Y también le habían dicho que había resultado herido y que era una especie de héroe. Eso no se lo habían dicho sus hermanos, sino un solitario vaquero que trabajaba en su rancho a tiempo parcial.

Caleb y Travis se habían limitado a decirle que le convenía hacerle caso, que Jacob podía ayudarla a evaluar sus tierras y propiedades.

–Si vendes sin su consejo, lo lamentarás –le habían dicho.

–¿No podría encontrar a otra persona que lo hiciera? –les había preguntado ella.

Los hermanos intercambiaron entonces una mirada tan breve que no la habría notado si no hubiera estado mirándolos desde el otro lado de su escritorio en la habitación que había estado usando como despacho en el rancho del viejo Chambers.

–¿Qué es lo que no me estáis contando? –les había preguntado ella entonces.

–Nada –le había dicho Caleb.

–Nada en absoluto –había añadido Travis.

–Hay algo que no me estáis diciendo y quiero saber lo que es –les dijo con calma.

Los hermanos volvieron entonces a mirarse a los ojos. Después, Travis se aclaró la garganta.

–Jake es el hombre que necesitas. De verdad, Addison.

Addison había sentido la tentación de decirles que ella no necesitaba a ningún hombre. Tenía una carrera por la que había trabajado muy duro y eso era suficiente, pero sabía que había malinterpretado las palabras de Travis.

–Es el mejor que hay.

–¿Pero…?

Travis se había encogido de hombros antes de contestarle.

–Pero no tiene idea de quedarse por aquí –reconoció él.

–Ahí está el famoso acento y esa sonrisa. Supongo que los hermanos Wilde estáis acostumbrados a conseguir lo que queráis desplegando esos encantos.

Travis y Caleb se habían reído al escucharla.

–Bueno… Hasta ahora ha funcionado con todas las mujeres en esta parte de Texas.

–No me extraña –había respondido ella–. Pero yo no soy de esta parte de Texas. De hecho, no soy de Texas –les había recordado–. Y no me compares con el resto de las mujeres, recuerda que ahora mismo soy vuestra jefa.

–Eres nuestra clienta –la había corregido Travis dejando arrastrar las palabras con su acento texano.

Los hermanos habían sonreído y ella también. Seguía sorprendiéndole que se sintiera lo suficientemente cómoda con ellos como para bromear de manera tan relajada con ellos.

–Y como eres nuestra clienta y tenemos sobre todo en cuenta tus intereses… –había comenzado Travis.

–Contádmelo todo o pongo mañana mismo a la venta el rancho.

Los hermanos intercambiaron una larga mirada y Caleb suspiró.

–Jake ha estado en el Ejército.

–¿Y?

–Resultó herido y… Bueno, ha sufrido mucho y no sabe si quiere quedarse en El Sueño o irse a algún otro sitio. Y… –añadió Caleb.

–Y necesita una razón sólida para quedarse –terminó Travis de manera directa–. Conoce tus tierras casi tan bien como las nuestras. Es inteligente, pragmático y sabe más que nadie de caballos y ranchos.

–Te podemos prometer que no te vas a arrepentir de trabajar con él –le aseguró Caleb–. ¿Te has arrepentido de tratar con nosotros?

Suspiró al recordar esa conversación y se llevó la copa a los labios para beber un poco más de vino. No, la verdad era que no se arrepentía de haberlos contratado. No solo había llegado a la conclusión de que le gustaban mucho los hermanos Wilde, sino que además sabía que podía confiar en ellos.

Travis había sido su asesor financiero casi desde que llegara a Wilde's Crossing y Caleb había sido su abogado durante esos últimos meses. Decidió nada más poner un pie allí que no tenía sentido usar los servicios de profesionales neoyorquinos.

El caso era que había aprendido a seguir los consejos legales de un Wilde y el asesoramiento financiero de otro.

Supuso que tenía sentido aceptar los consejos sobre el rancho de un tercer hermano.

Por eso estaba allí esa noche.

Travis le había dado la bienvenida cuando llegó y le había presentado a algunas personas. Entre ellas, a sus tres hermanas. Le dio la impresión de que nadie les había dicho que la relación que tenía con sus hermanos era estrictamente profesional.

Habían sido agradables y simpáticas, pero le había parecido que la estudiaban con cierta suspicacia.

Le habían entrado ganas de decirles que no se preocuparan, que no tenía intención de acostarse con ninguno de sus hermanos. Eran atractivos y le caían muy bien, pero lo último que quería era tener algo con nadie, por muy guapo, sexy o rico que fuera ese hombre.

Y tampoco tenía la intención de seguir esperando al héroe en honor del cual estaban celebrando esa fiesta. Le habían dicho que había resultado herido durante el ejercicio de sus funciones, pero estaba segura de que no habría sido para tanto.

Jacob Wilde era el hijo de un hombre famoso. Todos los hermanos habían crecido entre algodones y muy mimados. Las chicas como ella, que habían vivido en barrios empobrecidos, sabían muy bien cómo eran esos tipos. Por eso no entendía por qué seguía allí de pie, esperando a un hombre, que sabía que no le iba a caer bien…

–¿Jake?

–¡Oh! ¡Dios mío, Jake!

Las exclamaciones la distrajeron y olvidó qué había estado pensando.

Alguien había abierto la puerta de entrada unos minutos antes y vio que todos los hermanos Wilde estaban tratando de salir a la vez.

Las hermanas chillaban y saltaban con entusiasmo. Vio que Caleb y Travis reían entusiasmados. Los cinco salieron al porche mientras el resto de los invitados los seguía para no perderse ni un detalle del reencuentro.

Addison suspiró con resignación. Había tomado la decisión de irse de la fiesta demasiado tarde. Estaba atrapada allí, al menos hasta que consiguiera saludar al héroe y protagonista de la noche. Aunque quizás estuviera tan distraído con el resto de la gente que podría salir de allí sin que nadie se diera cuenta.

Pero entonces entró Jacob Wilde en el salón y se quedó sin respiración.

Había esperado que fuera guapo, como lo eran sus hermanos.

Pero no era guapo, era… No tenía palabras para describirlo.

Era alto, ancho de hombros y musculoso. Desprendía fuerza por los cuatro costados. Vio que llevaba puesto el uniforme, cubierto con condecoraciones de todo tipo. Su pelo era oscuro, del color de la medianoche.

Y su cara parecía esculpida. Pero esculpida por un escultor con un cruel sentido del humor. El rostro de Jacob Wilde era perfecto... Excepto por el parche negro que llevaba sobre un ojo y la gran cicatriz que se extendía por su mejilla.

Capítulo 3

JAKE se quedó paralizado en la puerta.

La euforia que había sentido al ver a sus hermanos desapareció rápidamente.

Les había dicho que no quería una fiesta ni ver a más gente, solo a la familia. Ya se habría imaginado que, a pesar de su petición, iban a organizar algo, pero esa fiesta…

Se le hizo un nudo en el estómago.

Desde donde estaba, le dio la impresión de que habían conseguido juntar a todos los vecinos del condado en ese salón.

De manera instintiva, dio un paso atrás, pero sus hermanas se lanzaron hacia él, abrazándolo.

–¡Estás aquí! –le dijo Emma sin poder contener su alegría.

–¡Jake, estás aquí de verdad! –agregó Jaimie.

–¡En casa! –intervino también Lissa.

Decidió dejarse llevar y rodearlas con sus brazos. No podía hacer otra cosa.

Mientras tanto, Caleb le dio un cariñoso golpe en la espalda y Travis apretó su hombro.

Al verse así, y a pesar de todo, Jake no pudo evitar sonreír.

–¿Es esto un comité de bienvenida o estáis intentando matarme? –le dijo.

Se rieron con él. Sus hermanas estaban tan emocionadas que no dejaban de llorar y sus hermanos le dedicaron una sonrisa de oreja a oreja.

Durante unos segundos, fue como si nada hubiera cambiado, como si todos volvieran a ser niños y el mundo estuviera lleno de un sinfín de posibilidades.

Pero entonces Caleb se aclaró la garganta y rompió el hechizo.

–El general te envía un saludo.

Jake miró a su alrededor.

–¿No está aquí?

–No –repuso Travis algo incómodo–. Me pidió que te lo dijera y que lo siente mucho, pero tenía una reunión de la OTAN en Londres.

Sus palabras lo hicieron volver a la cruda y dura realidad.

–Por supuesto –susurró Jake–. Lo entiendo.

Se quedaron unos segundos en silencio.

–Todo el mundo está esperando para saludarte –le dijo Jaimie en

voz baja.

Jake sonrió de nuevo.

–Ya lo veo…

–Siento que haya tanta gente –le susurró Caleb casi al oído.

–Sí –añadió Travis–. Este no era el plan, te lo prometo.

–Pero se corrió la voz… –le explicó Lissa–. Y todo el mundo quería darte la bienvenida.

–No te importa, ¿verdad? –le preguntó Emma.

–No, por supuesto que no –mintió Jake.

–Bueno, chicas, ya estaréis con él después –les dijo Caleb–. Lo que necesita ahora es una cerveza bien fría, ¿verdad, Jake?

Lo que necesitaba era irse de allí cuanto antes. Sobre todo porque sabía lo que iba a suceder cuando entrara del todo al salón, donde había más luz y la gente podría ver su rostro. Pero trató de no pensar en ello, no quería añadir cobardía a sus otros defectos.

–A no ser que nuestro hermano pequeño prefiera champán –intervino Travis–. O vino.

Jake miró a sus hermanos. Le estaban ofreciendo la posibilidad de agarrarse al pasado, de fingir que no había pasado el tiempo.

–El champán es para las chicas y el vino, para los flojos –repuso Jake.

Las palabras salieron sin esfuerzo de su boca. Era lo que siempre habían dicho sus hermanos y él.

–Pero la cerveza… –comenzó Travis con solemnidad.

–Es para los hombres de verdad –terminó Caleb.

Jake podía sentir cómo se iba esfumando poco a poco la tensión que su cuerpo había estado acumulando ese día.

Llevaban años repitiendo esas palabras, casi desde su adolescencia. Entonces había tenido gracia, pero todo había cambiado demasiado desde entonces. Ellos habían cambiado mucho, habían crecido y viajado por todo el mundo. Durante esos años, sus gustos se habían vuelto más sofisticados. De hecho, Travis tenía una bodega en su casa y usaban ese hecho para tomarle el pelo siempre que podían.

Aun así, le apetecía mucho tomarse una cerveza fría con ellos. Les dedicó una sonrisa y entró al salón con ellos.

–No… –murmuró Jake.

Durante unos segundos, se le había olvidado que lo esperaban una multitud y muchas luces.

No tardó en sentir la reacción de la gente. Muchos se quedaron sin aliento, otros se llevaron las manos a la boca. Oyó cómo susurraban.

Vio que sus hermanos también podían notar cómo había cambiado el ambiente. Oyó a Travis maldecir entre dientes.

Era como si se hubiera detenido el tiempo.

–No pasa nada –les mintió de nuevo Jake.

Si alguna vez estaban justificadas las mentiras, creía que era en momentos como ese.

Se vio de repente rodeado por un montón de invitados.

No tardó en reconocer las caras de vecinos, otros ganaderos de la zona, sus esposas. Estaban también la pareja que tenía la ferretería, el farmacéutico del pueblo, el dueño del supermercado local, el dentista, los profesores que había tenido en el instituto, su entrenador y los chicos con los que había jugado en el equipo de fútbol.

La mayoría de los invitados habían conseguido recuperarse de la sorpresa de ver cómo estaba. Los hombres le ofrecieron sus manos para saludarle y las mujeres, sus mejillas.

Y todo el mundo le decía lo mismo, pero con distintas palabras. Todos le aseguraban que se alegraban mucho de tenerlo de nuevo allí, en Wilde's Crossing.

–Es maravilloso estar aquí –respondía él.

Era la respuesta que esperaban todos. Otra mentira más. Pero ¿qué iba a decir? No podía contarles lo duro que era para él estar allí ni cuánto deseaba volver a irse. Sentía que esa ya no era su casa, le parecía que había perdido para siempre su lugar el mundo.

–Será mejor que sigas en movimiento –murmuró Travis.

Jake asintió con la cabeza. Solo tenía que concentrarse, seguir andando y saludando…

Se quedó de repente inmóvil al ver a una mujer. No sabía quién era.

Estaba en la parte de atrás del salón, cerca del piano de Emma.

Nunca la había visto.

Creía que, de haberlo hecho, se habría acordado de ella.

Era alta y esbelta. Llevaba su pelo oscuro recogido y tenía un rostro ovalado y perfecto. Estaba contemplando divertida la escena que se desarrollaba frente a sus ojos.

Casi todos los presentes llevaban ropa vaquera o vestidos de flores. Ella, en cambio, destacaba entre ellos con su sexy vestido negro.

La gente se movió a su alrededor y la perdió de vista.

–¿Estás listo para esto? –le preguntó Travis.

–¿Listo para...? –repuso Jake.

–Para el siguiente grupo de gente –respondió Travis mientras le hacía un gesto hacia la multitud que llenaba el salón.

–Tienes muchos admiradores que quieren saludarte –añadió Caleb.

Jake forzó una carcajada, sabía que era lo que esperaban de él.

–Claro.

Volvía a mentir a sus hermanos en menos de cinco minutos. Era todo un récord, incluso para él.

–Entonces, a por ellos –le susurró Caleb–. Cuanto antes termines, antes podremos conseguir esas ansiadas cervezas.

No tenía fuerzas para volver a reír sin ganas y se limitó a sonreír.

Después, respiró hondo y dejó que sus hermanos lo guiaran.

No tardó en verse rodeado por decenas de personas. Los saludó uno a uno, sonriendo y aguantando los abrazos, tratando de ignorar las lágrimas en los ojos de algunas mujeres.

No dejaba de repetir las mismas cosas, asegurándoles que estaba encantado de volver a casa y de volver a verlos a todos.

Unos minutos más tarde, por fin consiguió atravesar el salón y llegar con Travis y Caleb a la mesa que habían colocado al fondo. Había bandejas con costillas y alitas de pollo a un extremo de la mesa. Al otro, pequeños sándwiches y platos con verduras asadas.

–Comida de verdad y comida para las chicas –le dijo Caleb señalando los primeros platos y los últimos.

Esa vez, Jake rio de verdad.

–Y aquí, por fin, lo que hemos estado esperando –añadió Travis sacando tres botellas de cerveza de un gran cubo lleno de hielo.

Jake tomó una, le dio las gracias y se llevó la botella a los labios.

–¡Espera! –exclamó Caleb antes de que bebiera.

Tocó, a modo de brindis, la botella de Travis y, después, la de Jake.

–Por tenerte de nuevo en casa, hermano –les dijo Caleb en voz baja.

Sabía que no era el momento de decirles que no pensaba quedarse allí. Asintió con la cabeza y bebió un buen trago.

La cerveza estaba fría y amarga. Pensó que tal vez fuera lo que necesitaba para atajar el fuerte dolor que sentía tras el ojo. Todos los médicos le habían dicho que debía aprender a relajarse, que el estrés empeoraba el dolor. Era mucho más fácil aconsejarlo que hacerlo, sobre todo en una situación como en la que estaba en esos momentos.

–Te hemos echado mucho de menos –le dijo Travis.

–Lo sé. Yo también –repuso Jake.

–Sin ti, nada era igual por aquí –agregó Caleb sin poder ocultar la emoción en su voz–. Aquí es donde tienes que estar, Jacob. Este es tu sitio.

No le costó adivinar hacia dónde iba la conversación.

–Bueno, la verdad es que… –comenzó Jake.

Pero Travis lo interrumpió sacudiendo la cabeza.

–Ya, ya lo sabemos, no vas a quedarte. Pero al menos estás aquí esta noche y vamos a celebrarlo, ¿de acuerdo?

Le pareció buena idea, una noche de celebración no iba a cambiar nada, era mejor no hablar del tema. Además, tenía que reconocer que, en esos momentos, se sentía muy bien allí, con su familia.

–De acuerdo –les dijo Jake con una sonrisa y chocando de nuevo su botella de cerveza con las de sus hermanos–. Un brindis por los Indómitos Wilde.

El viejo apodo con el que los habían conocido en el condado consiguió que los tres sonrieran.

Bill Sullivan, el dueño de la tienda de piensos, se les acercó en ese momento.

–Jake, ¡cuánto me alegra verte de nuevo! –le dijo el hombre mientras le daba una afectuosa palmada en la espalda.

Se giró hacia él para sonreírle y darle las gracias. Llevaba toda la noche repitiendo las mismas palabras.

Y fue entonces cuando la vio de nuevo.

Desde allí podía verla mejor y tuvo más tiempo para saborear la vista.

Su pelo era del color del café y tenía mucho brillo. Se lo había recogido en la nuca con algo que no podía distinguir desde allí, supuso que con horquillas o pequeñas peinetas. Le gustó mucho su estilo, si se podía llamar así. Le pareció sencillo, pero muy elegante.

Sin poder evitarlo, se la imaginó peinándose para esa fiesta, cepillándose ese exuberante cabello para hacerse el recogido, con los brazos en alto y sus pechos elevados. Tentándolo con sus pezones, listos para la lengua de un hombre, para el calor de su boca...

–¿Jake?

Sintió que despertaba su entrepierna.

Y esa cara…

Tenía unos rasgos perfectos y una piel clara y tersa. Se fijó en sus ojos grises. En realidad, parecían más plateados que grises. La nariz, pequeña y recta, sobre una boca tentadora, perfecta para cosas en las que prefería no pensar en esos momentos...

–¿Jake?

Una ardiente oleada de lujuria lo recorrió de arriba abajo. Fue tan fuerte e inesperada que le sorprendió. Hacía mucho tiempo que no sentía algo así.

Mucho tiempo.

–Jake, ¿sigues aquí con nosotros?

Las palabras de Travis lo devolvieron a la realidad. Se volvió hacia su hermano y vio que le estaba ofreciendo un plato de comida. No tenía apetito, pero tomó el plato y forzó una sonrisa.

–Justo lo que necesitaba –mintió una vez más–. Gracias.

Travis y Caleb comenzaron a comer y él también lo hizo. Aunque no conseguía saborear nada de lo que se metía en la boca.

Lo que quería era darse la vuelta y seguir observando a la mujer de los ojos plateados.

Sabía que era ridículo, que no tenía sentido hacerlo. Estaba convencido de que esa sensación de lujuria o deseo que le había parecido sentir no había sido más que un espejismo.

Lo cierto era que también había cambiado en ese sentido. Ya no le interesaba el sexo, ni siquiera pensaba en ello.

Igual que le había pasado con el ojo, también su deseo sexual había

desaparecido.

Además, no se le olvidaba el aspecto que tenía. El de un hombre que tenía por cara lo que parecía una terrorífica máscara de Halloween.

–Y Lissa me dijo que no se me ocurriera hacer una barbacoa. De esa manera en la que te lo dice, ya sabes, como si fuera yo el que me hubiera vuelto loco al sugerirlo y no ella.

Travis se echó a reír cuando terminó su comentario y Jake hizo lo mismo, pero no sabía de qué estaba hablando. No podía quitarse a esa mujer de la cabeza.

Y tuvo de repente la sensación de que ella lo estaba observando.

Miró disimuladamente por encima del hombro y se quedó un instante sin respiración.

Tal y como había adivinado, ella lo miraba. Y no lo hacía con curiosidad ni con desagrado., sino con interés.

Y estaba sola.

Estaba seguro de que habría ido a la fiesta sola. Le costaba creer que un hombre hubiera ido a ese evento con una mujer como ella y no estuviera constantemente a su lado.

Además de esa soledad física, le daba la impresión de que estaba sola en un sentido mucho más amplio de la palabra. Parecía separada de todo y de todos, no era como los demás...

Sentía que tenía una conexión con él.

Se dio cuenta de que se le aceleraba el corazón y, una vez más, su deseo despertó con urgencia. Era una locura.

No tenía sentido que le pasara algo así y menos aún allí, en ese salón lleno de gente. Después de tanto tiempo, lo último que necesitaba era que su libido despertara en ese momento y no pudiera controlar una erección. Ya era el centro de atención por culpa de sus cicatrices y no necesitaba nada más.

Había tratado de superar esa falta de deseo después de que sanaran sus heridas. A pesar de su aspecto, había habido mujeres que le habían dejado muy claro que estaban interesadas. Entre ellas, un par de enfermeras, terapeutas y una bella doctora. No sabía si les habría atraído por lástima o por curiosidad. Una de ellas había llegado a susurrarle al oído que el parche que llevaba en el ojo lo hacía aún más atractivo.

El caso era que se había encontrado con mujeres interesadas, pero él no había sentido nada por ellas. Durante meses, se había comportado como un monje. No se había excitado ni había tenido pensamientos o sueños eróticos. Nada.

Recordó la conversación que había tenido hacía unas semanas con su psiquiatra. El hombre debía de haberse dado cuenta de que aún no estaba del todo recuperado.

–Bueno, háblame de tu vida sexual. ¿Qué tal? –le había preguntado

el psiquiatra de repente.

Jake había recurrido al humor para tratar de poner fin a la conversación.

–Ya eres un poco mayor para preguntarme por el sexo, ¿por qué no lo descubres por ti mismo?

Pero no consiguió que desistiera.

–Todo tarda un tiempo en volver a funcionar con normalidad –le había dicho el doctor–. Y no hablo solo del aspecto físico, sino del emocional. Una experiencia tan traumática como la que has vivido cuesta superarla, capitán, pero eres joven y sano. Date tiempo y ya verás cómo antes de que lo que esperas vuelve tu deseo sexual.

–Claro… –le había dicho Jake.

Pero, durante esas últimas semanas, nada había cambiado.

A lo mejor había estado demasiado ocupado pensando en qué hacer con su futuro, qué hacer con su pasado, cómo conseguir que pasaran más deprisa los largos días y las noches aún más largas.

Siempre había tenido mucho éxito con las mujeres. Pero, fuera cual fuera la razón, el sexo se había convertido de repente en algo que apenas tenía importancia en su vida.

No habían regresado el deseo ni la lujuria. No se había acostado con nadie desde que resultara herido. De hecho, ni siquiera había querido acostarse con nadie…

Hasta ese momento.

Respiró hondo y trató de apartar la mirada y dejar de observar a esa morena de los ojos de plata, pero no pudo hacerlo. No cuando ella aún lo miraba.

Le sorprendió no ver en sus ojos ni en su cara la misma expresión compasiva que le habían dedicado el resto de las invitadas esa noche.

Esa mujer se limitaba a mirarlo, a estudiarlo con una firmeza que le resultó inquietante.

Apretó los dientes, cada vez estaba más tenso.

Y no consiguió relajarse cuando vio que ella le sonreía. La vio después moviendo los labios, diciéndole «hola» desde el otro lado del salón.

Levantó hacia él su copa de vino en lo que parecía casi una invitación.

–Se llama Addison –le dijo Caleb en voz baja–. Addison McDowell.

–¿Qué? –preguntó frunciendo el ceño mientras miraba a su hermano.

–Te hablo de la mujer a la que estabas mirando.

–No estaba mirando a nadie.

Caleb levantó una ceja.

–Sí, claro, lo que tú digas. Pero, por si acaso querías saberlo…

–Ya te he dicho que no estaba mirándola.

–De acuerdo, me he equivocado –le dijo Caleb con calma–. Solo quería…
–¿Qué está haciendo esa mujer en Wilde’s Crossing? –le preguntó de repente Jake.
Vio que Caleb y Travis se miraban antes de contestar.
–Es la propietaria del rancho de Chambers –le dijo Travis.
Jake frunció el ceño.
–¿Qué quieres decir? ¿Cómo que es la dueña del rancho de Chambers? Él siempre dijo que nunca lo vendería. El general intentó comprárselo varias veces, ¿no lo recuerdas? Y…
–Y Chambers rechazó sus ofertas, lo sé. Pero murió tal y como cabría esperar, trabajando hasta el último momento y con el mismo humor de perros de siempre. Fue entonces cuando nos enteramos de que sus propiedades estaban hipotecadas. El general se enteró y le dijo a su abogado que iniciara los trámites para comprar el rancho, pero el banco ya le había entregado el rancho al nuevo propietario.
–¿A ella?
–No, a un millonario de Nueva York de cierta edad.
Sin saber por qué, no le gustó oírlo y apretó los dientes.
–Entonces, ella es la esposa del millonario, ¿no? –preguntó Jake.
–El hombre murió poco después de hacerse con el rancho –le contestó Travis–. Y ella lo heredó.
–Es su viuda, ¿no?
–No.
–¿Su hija? –preguntó Jake entonces.
–No, eran amigos.
Jake miró de nuevo a la mujer. Ella seguía mirándolo.
–Debían de ser muy buenos amigos… –murmuró con ironía.
–Escucha, Jake, no es…
–No tiene aspecto de ganadera.
Travis se echó a reír al oírlo.
–Eso sí que es un eufemismo –le dijo su hermano.
–Y tampoco ayuda el hecho de que el rancho del viejo Chambers sea un auténtico desastre –intervino también Caleb.
–Bueno, siempre lo fue.
–¿Recuerdas que trabajaste allí un par de veranos? Tenías un montón de ideas sobre cómo mejorarlo –le dijo Caleb a Jake.
–Sí, lo recuerdo. Pero Chambers no quería escuchar las ideas de nadie.
–Addison sí te haría caso.
Jake miró a Caleb con suspicacia.
–¿Addison? ¿Es así como la llamas?
–Bueno, somos amigos.
Jake se llevó la cerveza a los labios y bebió un largo trago. Sin saber

por qué, le dio la impresión de que su sabor se había vuelto aún más amargo.

–Supongo que una mujer con ese aspecto debe de tener un montón de «amigos».

–Es exactamente lo que te he dicho, una amiga –insistió Caleb.

–Lo que tú digas –repuso Jake.

–¡No te pases de listo, Jacob! –le advirtió Caleb.

–El caso es que tú podrías ayudarla –intervino Travis rápidamente.

Jake estuvo a punto de echarse a reír al oír su sugerencia. Ni siquiera podía ayudarse a sí mismo. No creía que pudiera hacerlo con otra persona.

–Podrías echar un vistazo al estado en el que están las tierras, la casa y las otras edificaciones…

–Travis, no puedo hacerlo. Me voy mañana –le dijo Jake.

–Ya nos imaginamos que querrías irte pronto. Bueno, no pasa nada. Mira el estado en el que está el rancho y te vas la semana que viene en vez de mañana. Es un trabajo.

–¿Así llamas lo que tienes con ella? ¿Trabajo?

No sabía por qué le estaba hablando así a su hermano. De un modo u otro, no era asunto suyo ni debía importarle la relación que Travis pudiera tener con una mujer a la que ni siquiera conocía.

Vio que Travis lo miraba con los ojos entrecerrados y le apretó cariñosamente el hombro.

–Lo siento –se disculpó con una sonrisa–. Supongo que no estoy acostumbrado a hablar con gente normal. He pasado demasiado tiempo tratando solo con otros pacientes del hospital y el personal médico.

–Respondiendo a tu pregunta, sí. La relación que tengo con ella es de trabajo. Addison es mi clienta y también la de Caleb. Yo soy su asesor financiero y él, su abogado. Es una mujer muy inteligente y fuerte. También es abogada, como Caleb, pero trabaja en Nueva York. Yo en tu lugar no la subestimaría.

Estaba de acuerdo con su hermano. Creía que ningún hombre debía subestimar a una mujer capaz de dejarlo sin respiración con una sola mirada.

–Por eso no te preocupes, no lo haré –respondió Jake–. Pero, como te he dicho, no me voy a quedar, así que no le ofrezcas mis servicios a…

–Bueno, ya lo hemos hecho. Además, ¿por qué no íbamos a hacerlo? Le dijimos que eres el hombre que necesita y creo que casi está completamente convencida de ello.

Jake no escuchaba a su hermano. Se había quedado ensimismado mirando de nuevo a esa mujer. Mientras lo hacía, vio que llevaba la copa de vino a la boca, bebía un trago y se pasaba después la lengua

por los labios.

No pudo evitar que un suave gemido escapara de su garganta.

–¿Jake? ¿Estás bien?

–Sí, estoy bien –le respondió a Caleb sin dejar de mirarla.

–¿Has oído lo que te he dicho? Casi hemos conseguido convencerla.

–¿Convencerla de qué?

–De que eres el hombre que necesita.

–¿Que soy el…? –comenzó Jake sin entender.

Caleb suspiró algo frustrado.

–¿Ves cómo te está mirando? Seguro que se ha imaginado que te estamos hablando de ella –le dijo Caleb entre risas–. Le dijimos que tendría que desplegar sus encantos, ofrecerte algo especial para convencerte de que…

–Caleb, no –susurró Travis mientras observaba el gesto de Jake.

–¿Algo especial? –repitió Jake muy serio.

–Sí. Y sé que lo hará. Es una mujer con muchos recursos, Jake. Si decide que quiere conseguir tu atención, estoy seguro de que…

–¡Maldita sea, Caleb! –gruñó Travis contrariado–. ¿Quieres callarte de una vez?

–Espera, Travis, un minuto, ¿qué es lo que te pasa? Estoy tratando de explicarle a Jake que solo se trata de un trabajo, que es lo único que le importa a Addison y que…

Pero no terminó su frase al ver que Jake ya no lo escuchaba y se abría paso entre la gente. Estaba muy enfadado.

–¿Jake? –susurró Travis–. ¡Jake! –lo llamó.

Capítulo 4

ADDISON se había ido de casa con solo nueve años de edad. Y ya lo había hecho antes.

No había tenido ninguna razón especial para hacerlo, solo la esperanza de encontrar otro sitio donde vivir, un lugar donde la gente leyera libros en vez de estar todo el día frente al televisor viendo telenovelas, donde su madre no se pasara las horas poniéndose rulos en el pelo ni pintándose las uñas.

Aquella vez, en lugar de dirigirse hacia la autopista, había atravesado el bosque en dirección a las montañas. Recordaba muy bien la sensación de tener ramas golpeándole la cara y zarzas que se enganchaban a sus pantalones vaqueros. Pero, algún tiempo después, había conseguido llegar a un claro, donde se encontró cara a cara con un puma. El animal había echado hacia atrás sus orejas y le había gruñido.

No se le había olvidado la sensación de estar frente a él. Había tenido el corazón a mil por hora. Ya entonces había sabido mucho de pumas. Eran felinos rápidos e impredecibles. Además de muy hermosos e inteligentes…

Pero también extremadamente peligrosos.

Recordaba haber sentido la adrenalina bombeando por todo su cuerpo. El instinto le decía que corriera. Pero, afortunadamente, había usado su cabeza. Había sabido que no podía echar a correr y mostrarle así su debilidad. Eso habría sido su perdición.

Así que, aunque estaba aterrorizada, se había mantenido firme y en su sitio. Y, aunque fuera un cliché, había sentido entonces que el tiempo se detenía.

Creía que no había otra manera de describir ese momento cuando el depredador y la presa se encontraban cara a cara.

Habían pasado casi veinte años desde entonces, pero lo recordó justo en ese momento. No se movió de su sitio y, después de un tiempo que se le hizo eterno, el puma perdió interés y se alejó de ella.

En ese momento, era Jacob Wilde el que iba hacia ella y parecía tan peligroso como ese puma.

Hasta hacía unos minutos, la había estado observando con una intensidad que le había resultado desconcertante. Sus hermanos habían estado hablando con él y no le había costado imaginar que le habían estado explicando quién era ella y qué hacía allí.

Había esperado a que sucediera algo. Había supuesto que Travis y Caleb se acercarían con su hermano para presentárselo o que al menos él la saludara desde donde se encontraba con una sonrisa o un gesto.

Había tenido que esperar tanto que la situación había conseguido desconcertarla. No podía evitarlo, estaba molesta.

Era como si Jacob Wilde estuviera esperando a que ella diera el primer paso.

Así que al final decidió hacerlo. Le había sonreído y levantado hacia él su copa a modo de saludo. Había hecho todo lo que había podido para transmitirle el mensaje. Quería decirle que ella era Addison, que sabía que él era Jake y que, aunque lo más probable era que no llegaran a trabajar juntos, debían al menos saludarse para que sus hermanos se quedaran tranquilos.

Pero entonces todo había cambiado de repente. Había visto cómo se transformaba su rostro, cómo apretaba los labios y se tensaba todo su cuerpo. La miraba con fuego en los ojos. Conocía muy bien esa mirada, transmitía pura sexualidad y no le gustaba nada que los hombres la miraran así. Desgraciadamente, siempre lo habían hecho, desde que empezó a desarrollarse siendo solo una adolescente.

Recordaba perfectamente las palabras de su madre. Había tratado de transmitirle la idea de que era algo positivo que los chicos se fijaran en ella. Pero a ella nunca le había gustado, ni siquiera entonces. Había tenido muy claro desde el principio que quería triunfar en la vida por su inteligencia, no por su aspecto físico.

Por eso había odiado siempre que los hombres la miraran de esa manera.

Pero tenía que reconocer que estaba sintiendo algo distinto esa vez. Ese desconocido la miraba como un hombre hambriento miraría un jugoso bistec y no podía evitarlo, estaba consiguiendo que le temblaran las rodillas. Estaba nerviosa y sentía que le faltaba el aliento.

Había tratado de tranquilizarse tomando otro sorbo de vino, pero todo había cambiado de repente.

Vio que sus hermanos le decían algo y Jacob Wilde se volvía hacia ellos con el ceño fruncido. Hablaron rápidamente entre los hermanos, parecía muy enfadado.

Se había girado de nuevo para ir directo hacia ella. Y entonces recordó cómo había sido estar frente a aquel puma y cómo se había sentido cuando se miró en esos ojos salvajes…

Pero él no era un puma ni ella una niña asustada. No iba a dejar que la intimidara.

Era como si todo estuviera sucediendo a cámara lenta. Jacob iba hacia ella y sus hermanos lo seguían de cerca.

–¡Jake! –lo llamó Caleb–. ¡Jake, espera un segundo!

–¡Maldita sea, Jake! –intervino Travis–. Vas a cometer un grave error.

Algunos invitados se giraron hacia ellos con interés. Era lo último que necesitaba Addison, ser la protagonista de una escena como esa cuando se había pasado las últimas semanas haciendo todo lo posible por pasar desapercibida y evitar todo tipo de eventos públicos.

Decidió dar un paso atrás y evitar enfrentarse con ese puma. No quería que nadie la intimidara, pero había llegado a la conclusión de que ese hombre estaba loco y no le iba a permitir que…

Demasiado tarde.

Notó la mano de ese hombre, fuerte y sólida, agarrando su muñeca.

–¿Va a algún sitio? –le preguntó Jake en voz baja.

El corazón de Addison comenzó a latir con más fuerza aún. Era difícil hablar con calma, pero lo hizo.

–Suélteme.

–¿Por qué? Mis hermanos me han dicho que estaba deseando conocerme.

–Nada más lejos de la realidad –repuso ella mirándolo a los ojos–. ¿Está sordo? Le he dicho…

–¿Sordo además de ciego? –la interrumpió Jake Wilde con una breve sonrisa–. No, señorita McDowell. Solo tengo una discapacidad. Dos a la vez sería demasiado –le dijo con sarcasmo.

Hizo una mueca al oír sus palabras. Creía que ese tipo no estaba bien de la cabeza, pero no había tenido la intención de insultarlo.

–Le puedo asegurar que no quería decir…

–¿También me va a asegurar que no le dijo a mis hermanos que quería conocerme? –le preguntó él fuera de sí.

–Jake… –le dijo Travis a su hermano a modo de advertencia.

Addison vio entonces que los hermanos de Jacob Wilde estaban justo detrás de él y uno a cada lado. Parecían listos para agarrarlo y apartarlo de ella.

La idea debería haber hecho que se sintiera más tranquila, pero no lo consiguió. Los tres hermanos Wilde eran grandes, fuertes y musculosos, pero estaba segura de que la furia que apenas podía contener Jake le daría la ventaja que necesitaba para librarse de ellos si eso era lo que quería.

Decidió hablarle con más calma para ver si así conseguía que entrara en razón.

–Les dije a sus hermanos que dejaría que me lo presentaran –le dijo ella–. Me pareció que era muy importante para ellos.

–No, usted quería conocerme –repuso Jake con frialdad–. Y cuando le dijeron que sabían que yo no iba a estar interesado en tenerla como clienta…

–¿Clienta? –repitió ella entrecerrando los ojos–. Lo que querían sus

hermanos era que yo le diera trabajo.

–Eso es mentira.

Cada vez le costaba más mantener calma.

–No lo es. Solo les faltó pedírmelo de rodillas, quería que le diera una razón para quedarse aquí durante algunas semanas.

–Sí, claro –replicó Jake–. Por eso estaba mirándome como lo hizo.

No entendía de lo que le estaba hablando.

–Escuche, creo que ha habido un malentendido y…

–Me refiero a su mirada, la sonrisa, la manera en la que se ha pasado la lengua por sus sexys labios después de tomar un trago de vino…

Abrió atónita la boca. No podía creerlo.

–¡Ha perdido la cabeza! –exclamó ella.

–¡Dios mío, Jake! No sabes de lo que estás hablando –le dijo Caleb enfadado.

Pero Jake no le hizo caso a su hermano.

–¿Es la primera vez que no le funcionan sus armas de seducción o ya le había pasado antes? –le preguntó Jake.

Addison lo miró fijamente. Las cicatrices que tenía bajo el parche del ojo tenían muy mal aspecto y no pudo evitar sentir una punzada de compasión. Sus heridas visibles eran brutales y pensó que quizás fueran aún peores las que llevaba por dentro. Se preguntó si su comportamiento sería consecuencia de todo por lo que debía de haber pasado.

Recordó que se había sacrificado por su país y por gente como ella. Pensó que quizás la guerra le hubiera dejado algún…

–No lo haga –le dijo Jake de repente.

–¿Qué?

–No me mire así –le dijo apretando con más fuerza su muñeca–. No necesitaba que tratara de seducirme, pero tampoco necesito su compasión.

–¿Seducción? ¿Cree que estaba tratando de…?

No podía creerlo. Addison miró a sus hermanos por encima del hombro de Jake Wilde.

–Apartad al loco de vuestro hermano de mí –les pidió entre dientes–. ¡Y rápido!

–Jacob –le dijo Travis–. Vamos a salir afuera, ¿de acuerdo? Creo que nos vendrá bien que nos dé un poco el aire…

–Jake –agregó Caleb con más ímpetu–. ¡Suelta ahora mismo a la señorita!

Pero no respondió.

Después de quedarse mirándola durante lo que le pareció una eternidad, por fin la soltó.

Quería ver si sus dedos le habían dejado marca en la muñeca, pero

no pensaba darle esa satisfacción.
–Quiero asegurarme de que me ha entendido, señorita McDowell –le dijo Jake–. Puede intentarlo una y mil veces, pero no voy a ayudarla a valorar el estado en el que se encuentra el rancho de Chambers.
–Ya no es el rancho de Chambers. Es mi rancho. Y, para que lo sepa, preferiría que esas tierras se echaran a perder totalmente antes de permitir que ponga un pie en mi propiedad.
Jake le dedicó una fría sonrisa.
–Si es suyo es porque se las arregló para engatusar a un hombre viejo y enfermo y lograr que se lo comprara.
Addison lo miró sin poder controlar su ira.
–Es… Es un hombre horrible.
–¿Por qué? ¿Porque a mí no va a poder convencerme como hizo con ese pobre hombre?
Travis y Caleb gimieron al oír las palabras de su hermano. Ella los fulminó con la mirada.
–Vaya… –comenzó con calma y frialdad–. Veo que habéis tenido una conversación de lo más interesante sobre mí.
–Addison, si lo que estás insinuando es que… –se defendió Travis.
–Lo que estoy insinuando es que preferiría seguir el consejo de la primera vaca que me encuentre antes de aceptar los consejos del descerebrado y ególatra que tienes por hermano, Travis –le espetó Addison.
–Escuche una cosa, señorita… –comenzó Jake.
–¡No! –lo interrumpió ella–. ¡Escuche usted! –agregó dando un paso hacia él y poniendo los brazos en jarras–. Sus hermanos han pasado horas tratando de convencerme de que debía seguir sus consejos. Me dijeron que era un genio, alguien brillante que estaba en comunión con la tierra, la hierba y los caballos…
–Jake, no era nuestra intención… –murmuró Caleb rápidamente mirando a su hermano.
–Dijeron que le bastaría con echar una mirada a mi rancho para saber qué había que hacer –prosiguió ella sin escuchar a nadie más.
–¿Y? –le preguntó Jake.
–Y aunque no creía necesario contratar a alguien que me dijera lo que cualquier tonto puede ver, pensé darle una oportunidad porque creía que podía confiar en ellos –le explicó ella.
–Y puedes hacerlo, Addison –le contestó Travis–. Nosotros nunca…
–Fui tan ingenua como para creer que sus hermanos eran mis amigos y decidí darle cinco minutos de mi tiempo a Jake Wilde, el mago de los ranchos.
A pesar de que estaba furioso, a Jake le entraron ganas de echarse a reír.
–¡Qué generoso por su parte! –gruñó él con ironía.

–Addison, Jake, los dos estáis…

–Por eso vine a esta fiesta en honor al héroe –continuó Addison ignorando las palabras de Caleb–. He tenido que soportar que intenten ligar conmigo todos los vaqueros del condado y aguantar cómo me miran las mujeres, que deben de pensar que mi único objetivo en la vida es robarles a sus queridos maridos.

Vio de reojo que Travis y Caleb parecían muy incómodos con la situación.

–Y esperé pacientemente a que llegara el gran momento de la noche.

–¿A qué se refiere? –le preguntó Jake.

–A usted, la llegada del capitán. Esperé y esperé. Cuando por fin apareció, tuve que esperar aún más hasta que alguien me lo presentara.

–¿Podríamos ir a hablar de esto a otro sitio? –le pidió Travis mirando a su alrededor–. Todo el mundo nos está…

–Vi que estabais los tres allí, al lado de la mesa de la comida y bebiendo cerveza –siguió ella–. La cerveza me parece una bebida asquerosa. Pero, bueno, ¿qué otra cosa iba a esperar de unos texanos? Después de todo, no son conocidos por sus gustos refinados.

Esa mujer estaba consiguiendo sacarlo de quicio. Pero Jake tenía que reconocer que estaba fascinado. Era bella, dura y no se cansaba de insultarlos, como si nada de lo que había pasado fuera culpa suya. Por mucho que le desagradara, admiraba las agallas que estaba demostrando.

–El caso es que os vi bebiendo cerveza, mirándome y hablando de mí –continuó Addison golpeándolo con el dedo índice en el pecho para dar más énfasis a sus palabras–. Cuando me cansé de que usted, capitán, me mirara fijamente como si estuviera hipnotizado...

–¡Eso no es cierto! –protestó Jake sintiendo que se ruborizaba.

–¡Claro que lo es! No me quitaba los ojos de encima. Cuando me cansé de esperar a que viniera a saludarme o a que sus hermanos hicieran las oportunas presentaciones, decidí tomar la iniciativa y saludarlo desde donde estaba. Porque yo tengo buenos modales y me pareció lo más educado.

Jake frunció el ceño. Pensó durante un segundo que quizás hubiera interpretado mal sus gestos.

–¡Incluso le sonreí!

Era verdad, Addison le había sonreído. Pero después se había llevado la copa a los labios para tomar un lento trago de vino...

–¿Y qué hizo usted? ¡Nada!

Caleb carraspeó nervioso.

–Addison, tranquilízate y podemos…

–Estoy tranquila –le contestó a Caleb con frialdad–. Muy tranquila.

Por cierto, Travis y tú estáis despedidos.

–¿Por qué va a despedirlos? Es conmigo con quien está enfadada.

–Compartís el mismo ADN y esa es razón suficiente para mí. Ya no puedo confiar en ellos.

–¡Genial! –exclamó Jake con sarcasmo.

–Sí, a mí también me lo parece –repuso ella.

–Si mis hermanos ya no trabajan para usted, puedo por fin decirle de verdad lo que pienso.

Addison soltó una carcajada al oír sus palabras.

Él estaba cada vez más enfadado.

–¿Ese rancho del que es propietaria? Vale exactamente lo que ha pagado por él –le dijo Jake con una cruel sonrisa–. Claro, que a lo mejor piensa que lo que le dio a ese pobre hombre, el que le dejó el rancho a modo de herencia, para conseguir sacarle los cuartos valga más que lo que consiguió.

Addison no pudo contenerse y le dio una fuerte bofetada. Se quedó ensimismada mirando la huella de su mano en la mejilla de ese hombre.

Notó que todos los invitados contenían la respiración.

–No me extraña que sus hermanos quieran tenerlo cerca y controlado –le dijo fuera de sí–. No está preparado para tratar con la gente normal.

La expresión atónita en el rostro de Jake le dejó muy claro que acababa de conseguir exactamente lo que quería. Decidió no echar a perder el momento quedándose allí.

Se dio media vuelta y se enfrentó a la multitud.

–Apártense. Déjenme pasar –les dijo.

El grupo de invitados se abrió ante ella como el mar Rojo ante Moisés.

Avanzó con paso firme hacia la puerta, pero se detuvo a medio camino y se volvió una vez más hacia él.

–Y es además un ser egoísta, imbécil y despreciable –le espetó.

Los invitados volvieron a quedarse sin aliento durante un segundo. Después, comenzaron a susurrar. Supuso que estarían encantados de tener algo de lo que hablar. Sabía que acababa de darles tema de conversación para unos cuantos años.

Pero no le importaba. Pensaba irse de Wilde's Crossing y del estado de Texas en cuanto pudiera.

Al menos en Manhattan sabía quiénes eran sus enemigos y cómo enfrentarse a ellos. No pensaba dejar que la engañaran un par de hermanos que parecían salidos de una vieja película de John Wayne ni un hombre tan trágicamente atractivo que había conseguido dejarla sin aliento.

Alguien se interpuso en su camino antes de que pudiera llegar a la

puerta. Vio que era una de las hermanas Wilde, no recordaba su nombre.

–Señorita McDowell. Por favor…

–Tiene mi más sentido pésame –replicó antes de pasar a su lado sin querer quedarse a escucharla.

Abrió la puerta y salió a la noche.

Travis y Caleb se quedaron mirando cómo se iba Addison.

Después se miraron entre sí, agarraron a Jake por los codos y lo llevaron así hasta sacarlo al patio de la casa.

–Eres… –comenzó Caleb–. ¡Eres un maldito idiota!

–¿Yo? Vosotros sois los que os habéis comportado como idiotas –gruñó Jake–. ¿Creíais que una mujer como esa podría usar sus artimañas para mantenerme aquí?

–¿Sus artimañas? –repitió Travis mirando a Caleb–. Cree que convencimos a Addison para que usara todas sus artimañas... ¡Nadie usa artimañas para engañar a nadie, Jake! No estamos en el siglo XIX. Y, aunque fuera capaz de algo así, ¿de verdad crees que le pediríamos que las usara contigo?

–Mirad, lo entiendo. Queréis que me quede aquí algún tiempo y esa mujer está muy bien…

–Es nuestra amiga –lo interrumpió Caleb casi ofendido–. O al menos lo era hasta que perdiste los papeles cuando te diste cuenta de que no estaba intentando ligar contigo.

Jake sintió que enrojecía.

–¿Qué dices? ¿Por qué iba a querer que lo hiciera?

Sus hermanos se echaron a reír al mismo tiempo.

–De acuerdo, es verdad. Es atractiva, pero sé que estaba intentando seducirme para conseguir que trabajara para ella.

–¿Qué? ¿Cómo puedes creer algo así? Es absurdo.

Jake pensó en lo que acababa de decirles y se dio cuenta de que no tenía mucho sentido. Sintió que se le hacía un nudo en el estómago.

–Bueno, a lo mejor mi reacción ha sido un poco exagerada, pero…

–No, Jake. Te voy a decir exactamente lo que ha pasado. Querías creer que ella estaba tratando de ligar contigo y, cuando viste que no era así, estabas demasiado enfadado para reconocer que eso era lo que querías, así que decidiste acusarla de estar intentando seducirte.

–Eso no tiene ningún sentido –repuso Jake.

–Tiene más sentido que lo que has hecho tú –le dijo Travis.

–Lo que pasa es que estáis enfadados conmigo porque os ha salido el tiro por la culata.

–¡Maldita sea, Jake! –exclamó Caleb–. Addison tiene razón. Eres un imbécil y un egoísta.

Abrió la boca para protestar, pero volvió a cerrarla.

Sus hermanos tenían bastante genio y él también. No era la primera vez que discutían. Pero nunca lo habían hecho así. Nunca con tanta intensidad. Y quizás estuvieran siendo además más sinceros que nunca.

Se preguntó si tendrían razón.

–Le debemos una disculpa –le dijo Travis a Caleb mientras este asentía con la cabeza.

–Desde luego. Lo que no sé es si la aceptará.

–Vamos –murmuró Travis.

Jake levantó la mano al ver que sus hermanos parecían hablar en serio.

–Esperad un momento –les dijo–. Entonces… Entonces, ¿de verdad no se trataba de una trampa?

Vio que Travis y Caleb lo miraban con incredulidad en sus ojos.

–Bueno, puede que me pasara. A lo mejor interpreté mal…

Travis resopló con impaciencia.

–¡Dios mío, esa mujer tenía razón! –dijo Jake pasándose las manos por el pelo–. He perdido la cabeza. Es que hacía mucho tiempo… Hacía mucho que no… –agregó sacudiendo la cabeza–. No sois vosotros los que tenéis que disculparos, sino yo.

–Pero no va a querer hablar contigo.

–Lo hará –repuso Jake.

–No, no va a hacerlo. No la conoces, es muy dura.

Jake miró a sus hermanos.

–Confiad en mí –les dijo–. Yo también puedo serlo. Conseguiré que hable conmigo.

–Yo no estaría tan seguro –contestó Caleb.

Jake sonrió.

–Os apuesto diez dólares a que no solo aceptará mis disculpas, sino que conseguiré que vaya a cenar conmigo mañana por la noche.

–Veinte dólares –repuso Travis con seguridad–. Trato hecho.

Los tres hermanos sonrieron. Después, Jake fue hacia un lado de la casa. Pero se detuvo y volvió hasta donde estaban sus hermanos.

–Dejé mi coche al lado del arroyo –les dijo.

–¿Qué? ¿Por qué…? –comenzó Travis.

–Lo hizo y ya está –lo interrumpió Caleb.

–De acuerdo –murmuró Travis de mala gana sacándose unas llaves del bolsillo y tirándoselas a Jake–. Es el todoterreno negro que hay aparcado frente a la entrada.

–Recordadlo, me he apostado veinte dólares –les dijo Jake mientras se alejaba de ellos.

–Sí, sí, claro –murmuraron riendo sus hermanos–. Mucho ruido y pocas nueces.

Era una de las expresiones que habían usado con más frecuencia entre ellos. Siempre les había gustado bromear.

Pero se quedó muy serio al pensar que aquella frase tan recurrente ya no era una broma, era su triste verdad. Sus hermanos no podían saberlo, pero él sí.

Creía que esa era la verdadera razón por la que había reaccionado como lo había hecho. Después de casi dos años, por fin su cuerpo había respondido ante una mujer, pero no había tardado en descubrir que ella no estaba interesada.

El caso era que le debía una disculpa. En cuanto a lo de pedirle que cenara con él…

Jake llegó al todoterreno de su hermano y lo puso en marcha. Creía que esa parte era mejor olvidarla. Prefería perder la apuesta, pagar a sus hermanos y no volver a hablar de lo que había pasado esa noche.

Capítulo 5

LAS nubes tapaban por completo la luna y las estrellas, haciendo que la carretera estuviera más oscura que nunca.

Addison había salido antes de la casa de su familia, pero Jake conducía deprisa, tanto como le permitía la carretera y la poca visibilidad. Veía de vez en cuando brillar delante de él las luces traseras del coche de Addison, pero después desaparecían cada vez que tomaba una curva.

Se dio cuenta de que también ella estaba conduciendo deprisa. Quizás demasiado, sobre todo para alguien que no debía estar acostumbrada a los caminos de tierra. Suponía que en Nueva York se movía siempre en taxis y limusinas.

Le sorprendió que condujera tan bien, pero no era la primera vez que esa mujer conseguía sorprenderlo. Tenía que reconocer que nunca había visto tanta ira en una mujer ni tanto fuego.

Frunció el ceño al recordar que había sido su propia estupidez la que había hecho que Addison reaccionara como lo había hecho.

–Maldita sea… –murmuró al rememorar la discusión que habían tenido.

Sabía que no le iba a resultar fácil disculparse con ella. Era duro tener que mirar a una mujer a los ojos y reconocer que se había portado como un verdadero idiota. O, mejor aún, como lo que ella le había dicho, un ser egoísta, imbécil y despreciable.

No tenía excusa para justificar su comportamiento.

En realidad tenía un pretexto, la verdad, pero eso no podía decírselo.

No podía confesarle que la había deseado en cuanto la vio por primera vez y que su cuerpo había reaccionado con fuerza. Había llegado a aceptar que nunca iba a volver a sentir deseo por una mujer y lo que le había ocurrido esa noche le había sorprendido y asustado.

Y se había sentido después destrozado cuando pensó que ella se había limitado a jugar con él. Pero no podía admitir nada de eso.

Aceleró al ver que estaba perdiéndola de vista. Pisó con tanta fuerza el pedal que el coche salió disparado hacia adelante. Logró ver entonces las luces traseras del coche de Addison.

–Wilde, esa mujer tiene razón –se dijo entre dientes–. Eres un imbécil.

Pensó que quizás tuviera suerte, que a lo mejor le iba a bastar con

pedirle perdón y admitir que había estado equivocado.

Pero no le parecía probable.

Esperaba que ella se riera en su cara y le dijera, con palabras muy explícitas, qué podía hacer con esas palabras de disculpa.

Apretó con fuerza el volante. Sabía que no iba a ser agradable.

Podía imaginar su rostro mientras él trataba torpemente de disculparse. Sabía que sus mejillas estarían encendidas y que sus ojos iban a brillar como la plata fundida. Addison iba a fulminarlo con esa mirada mientras levantaba orgullosa la cara hacia él.

Su rostro iba a reflejar toda la ira que sentía.

Y, aun así, sabía que iba a parecerle más sexy que nunca.

Le bastaba con pensar en ello para sentir que aumentaba la temperatura en el coche. Era lo último que necesitaba en esos momentos. Tenía que concentrarse en cómo acercarse a ella y qué decirle. Pensó en ello mientras recorría el camino, pero no se le ocurrió nada, iba a tener que improvisar.

Lo único que tenía claro era que Addison no se lo iba a poner fácil.

Siempre le habían atraído los desafíos. A excepción de un par de duras enfermeras que le habían hecho la vida imposible en el hospital, nunca se había encontrado con una mujer que se enfrentara a él como lo había hecho Addison esa noche. Estaba acostumbrado a conseguir siempre lo que quería de las mujeres.

Creía que era así con todos los hombres que tenían dinero, cierto estatus social y atractivo físico. Algo con lo que siempre habían contado tanto sus hermanos como él.

Para empezar, provenía de una familia adinerada. Además del dinero de su padre, su madre les había dejado a cada uno un generoso fondo fiduciario.

Al principio, Jake había tenido su dinero parado en el banco. Pero después se había dado cuenta de que era mucho más inteligente dejar que Travis lo invirtiera. Sonrió al recordar cómo se lo había pedido. Había ido a hablar con él la noche antes de su primera misión en el extranjero y le había entregado un cheque.

Travis, que entonces estaba empezando su propia firma financiera, había mirado el cheque con sorpresa y después a Jake.

–¿Quieres dejarme a cargo de todo esto? –le preguntó Travis.

–Así es.

–¿Lo quieres en fondos arriesgados o conservadores?

Jake se había limitado a sonreír y no habían necesitado nada más para hacer el trato.

Y, durante mucho tiempo, casi se había olvidado de ello. Cuando se estaba jugando la vida cada día, apenas había tenido ocasión de pensar en el dinero. Tenía cosas más importantes en la cabeza.

Pero, cuando regresó a casa de permiso y Travis le entregó su

primer informe de resultados, fue entonces Jake el que lo miró sorprendido.

Travis había conseguido triplicar su dinero. De eso hacía ya bastante tiempo y suponía que, a pesar de la dura crisis, aún tendría más en su cuenta.

En cuanto al estatus social, era después de todo el hijo de un general. Pero, en Texas, ser el hijo del dueño de El Sueño era aún más importante.

Además, Jake no había tardado mucho en forjarse su lugar en la sociedad por sus propios medios. A los dieciséis años, había sido la estrella de su equipo de fútbol. A los dieciocho, las universidades más importantes del país le ofrecieron becas y, a los diecinueve, tenía visitas de cazatalentos que ya lo consideraban para equipos profesionales.

A los veinte dejó la universidad y el fútbol para alistarse en el Ejército. No tardó mucho más en verse en el campo de batalla.

En cuanto a su aspecto, también en eso había tenido suerte. Como sus hermanos, era alto y fuerte. Tenía un bulto en la nariz por culpa del golpe que le había dado un defensa durante un partido, pero ni siquiera ese defecto le había quitado atractivo. Aun así, había tenido mucho éxito con las mujeres.

Apretó con fuerza el volante.

Todavía tenía dinero y estatus social. Su apariencia había empeorado mucho, pero ya no le importaba demasiado.

Sabía que la gente se sentía incómoda al ver sus heridas. Le había pasado esa noche. La gente evitaba mirarlo a la cara y, cuando lo hacía, podía ver compasión en sus ojos.

Eso era lo que peor llevaba.

Aún le sorprendía ver su reflejo en el espejo cada mañana, pero no porque fuera un hombre vanidoso, sino porque esas heridas le recordaban constantemente su fracaso.

–Tiene que dejar de pensar de esa manera, capitán –le había dicho uno de sus psiquiatras–. Póngase una prótesis ocular y deje que la gente vea cómo es de verdad.

No había entendido nunca por qué ese hombre pensaba que un ojo artificial iba a hacer que la gente lo viera tal y como era. Le parecía que no tenía sentido.

–¿No se ha parado pensar que tu actitud contrarresta la medalla con la que ha sido galardonado? –le había dicho el mismo psiquiatra.

Le había parecido un comentario tan estúpido que había decidido ignorarlo.

No sabía siquiera por qué estaba pensando en eso en ese momento…

–¡Dios mío! –exclamó pisando el freno.

Una cierva y su cría estaban en medio del camino, a cinco o seis metros del coche. Trató de calmarse y recuperar el aliento mientras se fijaba en los grandes ojos de los animales, mirándolo con inocencia.

–Vamos –les dijo con impaciencia–. ¡Fuera del camino!

Los animales permanecieron inmóviles durante unos segundos más. Después, la madre se movió y los dos se perdieron entre la maleza.

Jake se puso de nuevo en marcha.

Se dio cuenta de que había sido una suerte que hubiera podido frenar a tiempo. Tenía que recordar que un montón de animales cruzaban ese camino, sobre todo por la noche. Había estado demasiado ensimismado pensando en otras cosas.

Había perdido de vista las luces traseras de Addison McDowell, pero eso no iba a ser un problema. Sabía que se dirigía al rancho de Chambers y conocía ese camino de memoria.

Unos minutos más tarde, las ruedas del todoterreno golpearon ese bache que le resultaba tan familiar, el que marcaba el inicio de las tierras de Chambers.

Redujo la velocidad y vio que la puerta de entrada no estaba cerrada. No se le pasó por alto que se encontraba en muy malas condiciones y que tenía un par de bisagras rotas.

Se metió por el camino de grava que iba hasta la casa. Seguía sin ver las luces del otro coche.

No sabía qué debía hacer si Addison McDowell ya había llegado a la casa. Supuso que podía aparcar y llamar a su puerta, pero temía su reacción. También podía limitarse a quedarse en el coche y avisarla con el claxon.

Lo cegó de repente una intensa luz en su parabrisas. Maldijo entre dientes mientras se cubría la cara con el brazo. Por segunda vez en cuestión de minutos, tuvo que frenar de golpe.

No entendía lo que estaba pasando. Podían ser los faros de un coche o una potente linterna. Fuera lo que fuera, no podía ver nada más, solo esa luz cegadora.

Abrió con cautela la puerta.

–¿Señorita McDowell? –la llamó.

Nada. Solo oscuridad, silencio y esa luz.

–¿Addison? ¿Son esos sus faros? Apáguelos, por favor.

Tampoco entonces obtuvo una respuesta. Dio un paso hacia la izquierda. La luz más brillante no se movió, pero otra luz la siguió.

Se dio cuenta de que eran los faros del coche y una linterna, pero seguía sin ver nada.

–¡Eh! ¿No me ha oído? –gritó entonces–. Apague las luces.

Como seguía sin responderlo, se alejó un poco más del coche. La luz de la linterna lo siguió de nuevo. No pudo evitar estremecerse al verse en esa situación, no le gustaba sentir que era una diana ni estar a

merced de alguien a quien ni siquiera podía ver. Ya le había pasado demasiadas veces durante sus años en el Ejército.

–Aparte esa luz de mi cara –le ordenó con firmeza–. Ahora mismo.

Se despertó en él de repente su instinto de supervivencia, uno que había desarrollado a miles de kilómetros de allí. Era como si ya no estuviera en Texas.

Se dejó caer al suelo y rodó, no hacia el todoterreno, que era lo que el enemigo podía predecir, sino hacia el otro lado, donde solo había matorrales y oscuridad.

Estaba completamente concentrado en ese haz de luz. Sintió que disminuía su ritmo cardíaco y desaparecían los sonidos de la noche. Solo podía oír la respiración de su enemigo.

El haz de luz se movió. Fue hacia su coche para buscar después en el suelo a su alrededor. Estaba buscándolo.

Rodó de nuevo. Estaba ya a varios metros de la carretera y se preparó para esperar. Siempre había que esperar a que llegara el momento perfecto, siempre surgía una oportunidad si uno estaba listo.

–¡Quiero verlo! –gritó de repente una voz.

Era la de Addison McDowell y esa voz consiguió devolverlo a la realidad. No estaba en un lugar remoto de Afganistán, sino en Texas. Y la persona con la linterna no era el enemigo, sino una mujer que estaba probablemente asustada al ver que un coche la había seguido hasta su casa.

Soltó de golpe el aire que había estado conteniendo.

–¡Addison! Soy Jake Wilde, no se preo…

El haz de luz invadió la carretera, la camioneta, los matorrales... Iba a encontrarlo muy pronto y se puso lentamente en pie.

–¿Addison? Escuche, sé que está enfadada…

–Lo único que tiene que saber es que tengo un arma y que sé cómo usarla.

Se quedó sin respiración. No podía creerlo, le parecía imposible.

Pero recordó entonces que esa era la casa de Chambers. El anciano había tenido al menos una docena de armas entre pistolas, rifles y escopetas. Había sido el peor tipo de cazador, el típico que disparaba a todo lo que se movía.

Cada vez estaba más nervioso.

–Addison, no voy a hacerle daño.

–Voy a empezar a contar, capitán. Cuando llegue a cinco, será mejor que lo vea de pie y con las manos en alto.

–¿No me ha oído? Deje el arma. Si se dispara accidentalmente…

–Dispararle no sería un accidente…

–¡Maldita sea!

–Uno –comenzó a contar Addison–. Dos.

La luz se detuvo a pocos centímetros de su cabeza.

–Espere, escúcheme. Lo único que quiero es…

–Sé exactamente lo que quiere.

Le sorprendieron sus palabras, no había manera de malinterpretarlas. No podía decirle lo que estaba pensando. Sabía que era mejor no hacerlo.

–Se equivoca –le dijo rápidamente–. Yo no…

–Tres –continuó ella con firmeza.

Jake respiró profundamente, miró hacia la izquierda de la luz con la esperanza de que esta no lo cegara y corrió hacia donde pensaba que estaba Addison. La golpeó con fuerza, tal y como había planeado, para que los dos cayeran al suelo.

El impacto hizo que Addison soltara la linterna.

Estaba sobre ella. Addison tenía las piernas abiertas, los brazos en alto y le arañaba la cara para defenderse. Agarró sus muñecas gruñendo y trató de inmovilizarla.

Sintió que Addison subía la rodilla para golpearlo entre las piernas. No consiguió hacerle mucho daño, pero sí lo suficiente como para que se quedara un segundo sin aliento.

Se aplastó entonces con más firmeza contra su cuerpo para que no se moviera y sujetó con fuerza sus manos.

–Escúchame, maldita sea –susurró con dificulta–. No he venido a hacerte daño…

Pero ella no dejaba de luchar, golpeándolo como podía con la cabeza e incluso clavándole los dientes en el cuello.

–¡Por el amor de Dios, mujer! ¿Quieres hacer el favor de escucharme?

–Te voy a matar –replicó Addison sin aliento–. Juro que te…

–He venido para disculparme.

–Como me hagas esto, te juro que…

–Te repito que he venido para pedirte disculpas. ¡Maldita sea! ¡Para ya!

Pero Addison no dejó de gruñir, retorcerse y luchar con una gata salvaje...

Pero no se le pasó por alto que era una mujer. Cálida, llena de curvas y suave.

A pesar de que estaban peleando, sintió que su cuerpo despertaba de su largo letargo.

El pelo de Addison olía maravillosamente. No sabía lo suficiente de flores como para poder identificar el olor, pero le pareció una fragancia floral y delicada.

Podía sentir también su aliento. Era cálido y olía a vino. No pudo evitar pensar que su boca tendría un sabor delicioso y dulce.

No se le pasó por alto tampoco la suavidad de sus pechos. Toda ella era tan dulce y suave… Aunque era el momento menos oportuno para

pensar en esas cosas, su mente tenía vida propia y se imaginó cómo sería hundirse dentro de ella y sentir sus piernas abrazándolo.

En un instante, su cuerpo estaba completamente alerta y duro como una roca contra su pelvis.

Maldijo entre dientes, se apartó de ella y se puso deprisa en pie. De espaldas a ella y con las manos en las caderas, trató de recobrar el aliento.

Creía que Addison McDowell tenía derecho a insultarlo como lo había hecho y, aun así, se había quedado corta. No podría echarle en cara que le disparara si de verdad tenía un arma. Nunca se había sentido tan mal, capaz de excitarse mientras esa mujer, completamente aterrorizada, luchaba para apartarse de él.

Dio un largo suspiro y se volvió hacia ella.

Addison también se había puesto de pie y sostenía la linterna de nuevo en sus manos.

Vio que no había ningún arma.

Quería decirle algo, pero no sabía el qué. Al final, se aclaró la garganta antes de hablar.

–¿Estás…? ¿Estás bien?

Ella no respondió.

–Addison –insistió–. Dime que estás bien, por favor.

–¿Ya has terminado?

Hizo una mueca al notar odio y desprecio en su tono.

–Te juro que no era mi intención hacerte daño.

Oyó un sonido que le costó identificar. Esperaba que fuera un resoplido de incredulidad, pero temía que estuviera tratando de controlar sus lágrimas.

–Addison...

–Vete –le dijo ella con cansancio–. Vuelve a tu coche y…

–Vine a pedirte disculpas. Quería que supieras que todas las cosas que te dije en El Sueño eran solo… Eran…

–No quiero tus disculpas. No quiero nada, solo que te vayas de aquí.

Sabía que tenía derecho a estar enfadada, pero le molestaba que no le dejara hablar.

–Ha sido muy estúpido por tu parte decirme que tenías un arma cuando no era verdad –le dijo él.

–Bueno, no estoy de acuerdo. Dadas las circunstancias, creo que fue muy inteligente por mi parte –repuso ella con más firmeza y fuerza en su voz.

Una vez más, tuvo que reconocer que esa mujer tenía agallas.

–¿No se te pasó por la cabeza que yo podría tener conmigo un arma de verdad?

–¿Por qué iba a pensarlo? –le preguntó Addison.

Jake se encogió de hombros.

–¿Has olvidado dónde estamos? ¡Esto es Texas!
Afortunadamente, Addison se echó a reír y sintió que él respiraba un poco mejor.
–¿Seguro que no te has hecho daño? –le preguntó Jake.
–Solo ha resultado herido mi orgullo. Tomé un curso de taekwondo hace unos años, cuando me mudé a Nueva York. El instructor me dijo que me serviría para defenderme si alguien trataba de atacarme. Pero acabo de descubrir que no puedo con un vaquero.
Volvía a ser la mujer fuerte que se había enfrentado a él en la fiesta. Sentía admiración por ella. Era dura y tenía mucha seguridad.
–Hacía años que nadie me llamaba vaquero.
–A lo mejor por eso no he podido contigo. Está claro que eres algo más.
Jake se echó a reír, pero no duró mucho. Tenía que encontrar las palabras adecuadas para explicarle lo que le había sucedido mientras estaba encima de ella.
–Lo que pasó… Lo que me pasó cuando estaba sujetándote…
Se detuvo de nuevo. Addison no dijo nada, pero él se sonrojó.
–Solo quiero que sepas que… Que lo que pasó no fue… No era mi intención...
–¿Pasó algo? –preguntó Addison con frialdad–. No sé de qué me hablas. No noté nada.
Eso no se lo había esperado. Era un golpe muy bajo, pero supuso que se lo merecía.
–Bueno, si estás segura de que estás bien…
–Estoy bien.
–¿Quieres que me quede contigo hasta que entres en la casa? –le sugirió él.
Addison se echó a reír y él volvió a ruborizarse.
–No sé cómo es en Nueva York, pero aquí, cuando alguien se disculpa contigo, la gente lo acepta.
–También es así en Nueva York, pero no cuando el que se disculpa es un imbécil.
Apretó los dientes. Al menos lo había intentado. No estaba dispuesto a seguir allí arrastrándose para que lo perdonara. Se apartó de ella y fue hacia el todoterreno de su hermano.
–¡Capitán! –lo llamó Addison.
Jake se volvió hacia ella.
–La próxima vez que decidas hacerme una visita, recuerda que hay una docena de armas de verdad en la casa.
–Yo también tengo un consejo para ti –le dijo con frialdad–. No amenaces a un hombre con un arma de fuego, sea real o no, si no estás preparada para enfrentarte a las consecuencias.
–No quiero consejos de alguien como tú, capitán Wilde. Eres

desagradable, tienes mal genio y eres tan engreído que...

Jake se acercó a ella.

–¿Yo soy engreído? ¿Cómo explicas tú el vestido que elegiste para la fiesta de esta noche?

Addison parpadeó sorprendida.

–¿Cómo?

–Un vestido negro de seda, corto, con un escote vertiginoso y zapatos de tacón de aguja.

Le parecía increíble que le estuviera diciendo esas cosas. Sabía que debía de sonar como un auténtico imbécil, pero no podía controlar sus palabras.

–Podrías haberte limitado a aparecer con un cartel colgado del cuello que dijera «Hola, gente de Wilde's Crossing, ¿han visto alguna vez a alguien como yo?»

Addison lo fulminó con la mirada.

–¿Has terminado?

No, no había terminado. Aún tenía mucho que decir.

–Me comporté como un maldito imbécil en la fiesta.

–Si crees que te voy a llevar la contraria, puedes esperar sentado.

–Pero lo que hiciste tú aquí fue mucho peor.

–¿Peor? Lo único que he hecho ha sido defenderme –protestó Addison.

–Podría haberte matado.

Addison se estremeció al oír sus palabras. Eran duras y frías.

–No me malinterpretes. Estabas asustada. Viste mi camioneta siguiéndote por esa carretera desierta y oscura... Es normal, lo entiendo. Pero lo de colocar el coche para cegarme con los faros fue suficiente. Cuando vistes que era yo, podrías…

–Por eso lo hice, porque vi que eras tú –lo interrumpió con voz temblorosa–. Un hombre que quería… Que iba a…

Se estremeció de nuevo. Hacía mucho aire y había refrescado. Había salido con tanta prisa de El Sueño que había olvidado allí su chaqueta.

–No soy esa clase de hombre –le dijo Jake con rotundidad–. A pesar de esta cara.

–¡Maldita sea! –exclamó enfadada–. ¿Crees que ese es el problema? ¿Tu cara? ¿Sientes lástima de ti mismo? –agregó en un tono burlón.

Vio que Jake daba un paso más hacia ella, parecía muy enfadado.

–¿Quién diablos te crees que eres?

–Una mujer que no tiene miedo a decirte la verdad, a diferencia de tus compasivas hermanas y el resto de las invitadas –replicó ella levantando la cabeza orgullosa–. Ya es hora de que crezcas, capitán. Sí, te hirieron y tienes cicatrices. Y, como es lógico, la gente reacciona al verlas. ¿Y qué?

–Te estás pasando de la raya –le avisó Jake.

–No estoy de acuerdo. Está claro que, por algún motivo, tienes demasiados complejos.

–No me conoces –le dijo él.

–Tú tampoco me conoces a mí, pero eso no te impidió juzgarme. Y estoy muy harta y cansada de los prejuicios de la gente.

Jake se quedó mirándola unos segundos. Después, asintió con la cabeza.

–Tienes razón –le dijo entonces en voz baja–. ¿Quieres saber qué es lo que de verdad pasó esta noche? Te deseé desde que te vi por primera vez –le confesó–. Hacía siglos que no deseaba a una mujer. Pero me bastó con verte para que todo eso cambiara. Me dijeron entonces mis hermanos que en realidad no me estabas mirando a mí, Jacob Wilde, sino al hombre que te habían recomendado para que te ayudara con el rancho y me sentí… No sé lo que sentí.

–Vi cómo me mirabas y me dije a mí misma que solo estaba tratando de atraer tu atención para que pudiéramos hablar de trabajo, pero… Pero…

Jake maldijo entre dientes y se le acercó.

O quizás fuera ella la que se acercara a él.

No podía estar segura. Y no importaba.

Lo único importante fue que, un instante después, estaba entre los brazos de ese hombre.

Capítulo 6

NO había tiempo para tratar de entender lo que estaba sucediendo.

Era un momento de magia y solo un tonto se pararía a analizarlo.

Jake era un montón de cosas, pero no era tonto. En ese instante, era un hombre con una bella mujer entre sus brazos y solo podía pensar en lo cálida que era su boca contra la de él.

Addison susurró algo contra sus labios. Se preguntó si le estaría pidiendo que se detuviera.

Pero no, no era eso.

Dio gracias al cielo porque lo último que quería en ese momento era dejar de besarla. Creía que eso lo habría matado.

De hecho, quería más. Necesitaba mucho más.

Y ella se lo dio, sus labios se separaron ansiosamente para que pudiera saborear su cálida y dulce boca. Cuando sus lenguas se encontraron, Addison gimió y el sonido lo atravesó de arriba abajo. La abrazó con más fuerza aún y la linterna que ella había estado sosteniendo cayó al suelo. Addison rodeó su cuello con los brazos y el beso se hizo aún más profundo.

Podía sentir cómo temblaba entre sus brazos.

Siguieron besándose; era como si el tiempo se hubiera detenido. La luna y las estrellas giraban a su alrededor. Eran el centro del universo.

Pero ese beso no era suficiente.

Jake dio unos tambaleantes pasos hacia atrás hasta apoyarse en el coche. La abrazó con más fuerza aún y Addison se aferró a él.

Movió las caderas contra ella y se estremeció cuando esa mujer gimió de puro deseo al sentir su erección.

Su cuerpo respondió con fuerza al oírlo. Estaba fuera de sí. Le daba la impresión de que nunca había estado tan excitado y temía perder el control.

–Addison –susurró a modo de advertencia–. Addison...

Ella le mordió entonces el labio sin dejar de moverse contra él. Cuando oyó cómo susurraba su nombre con la voz ronca y cargada de deseo, Jake perdió la poca cordura que aún lo mantenía a raya.

La levantó del suelo con un brazo en su trasero y la otra mano bajo su falda. Fue increíble sentir que rodeaba sus caderas con las piernas.

Buscó su calor y no tardó en encontrarlo. Esa cálida humedad que sabía que era para él, solo para él. Comenzó a acariciarla sobre su ropa interior y Addison no pudo ahogar un grito.

–Por favor –susurró entre gemidos–. Jacob… Jacob, por favor…

No había tiempo para pensar en lo que estaba haciendo. Se limitó a agarrar la leve prenda de seda que lo separaba de ella y se la arrancó.

Sintió que Addison se quedaba sin aliento. Por fin podía sentirla contra sus dedos. Se deleitó en su calor húmedo, en sus rizos suaves y en los delicados pliegues que formaban el centro de su feminidad.

La acarició y ella comenzó a jadear y gemir casi al instante. La intensidad de su respuesta estuvo a punto de deshacerlo por completo.

No podía esperar más. Rápidamente, se desabrochó los pantalones. Unos segundos después estaba dentro de ella.

Se quedó sin respiración al sentirla a su alrededor. Era puro terciopelo.

Intentó ir despacio, esperar, aguantar… Quería alargar el momento.

Pero Addison lo besó mientras comenzaba a moverse contra él, separándose unos centímetros para volver a caer sobre él. Lo hizo una y otra vez, cada vez con gemidos más intensos. Cuando sintió que temblaba entre sus brazos, no aguantó más y gritaron a la vez bajo ese cielo estrellado.

Jake sintió que su pulso se iba ralentizando poco a poco y también el de Addison.

Fue entonces consciente de dónde estaban y de los sonidos de la noche a su alrededor.

También empezaba a recuperar su sentido común y trataba de averiguar qué era lo que acababa de pasar.

Había estado con muchas mujeres, al menos hasta hacía año y medio, cuanto resultó herido. Suponía que se había acostado con más que la mayoría de los hombres.

Y siempre le había gustado el sexo. Le atraían los sabores, texturas y formas del cuerpo femenino. Había tenido encuentros apasionados y breves.

Pero lo de esa noche…

No había vivido nada igual.

Pensó que quizás tuviera que ver con el periodo de abstinencia que había tenido, pero estaba seguro de que había algo más.

No era la primera vez que pasaba una larga temporada sin sexo, como durante las largas misiones de combate, y no tenía ninguna explicación para entender lo que acababa de suceder. Había perdido el control por completo.

Había sido rápido y muy intenso.

Y se quedó sin aliento al darse cuenta de que ni siquiera habían usado protección.

Aun así, solo podía pensar en hacerle de nuevo el amor. Quería

hacerlo poco a poco, con tiempo para hacer todas las cosas que no habían hecho esa primera vez. Deseaba desnudarla lentamente, saborearla, besar sus pechos, lamer sus pezones...

–Bájame –le susurró Addison de repente.

Le pareció que le hablaba con frialdad, como si no hubiera pasado nada. Y, aunque aún no había recuperado del todo la cordura, se dio cuenta de que no era una buena señal.

–Espera un momento, lo que ha pasado… –comenzó él.

–¿No me has oído? Bájame.

Asintió con la cabeza e hizo lo que le pedía. Trató de pensar en qué podía decirle, pero no se le ocurría nada.

–¿Estás bien? –le preguntó al final.

Addison no respondió y no le extrañó que no lo hiciera. No entendía cómo podía haberle hecho una pregunta tan tonta.

Pero le habría encantado saber qué estaría pensando Addison. No podía verle la cara en medio de la oscuridad. Estaba despeinada y no lo miraba a los ojos.

–Oye –le susurró tocándole la barbilla para que lo mirara–. ¿Addy?

Consiguió por fin una reacción, pero no era la que había esperado. Parecía molesta.

–Mi nombre es Addison.

Una vez más, vio que su actitud no era buena señal. Estaba claro que se arrepentía de lo que acababa de pasar.

–Escucha, solo quería preguntarte si…

–Ya sé lo que me quieres preguntar –lo interrumpió Addison–. Estoy tomando la píldora, no te preocupes.

No pudo evitar sentirse aliviado, pero eso no era lo que había querido preguntarle. Solo había querido saber si estaba bien, si le había hecho daño. Quería que le dijera si se arrepentía o si, como le pasaba a él, deseaba volver a hacerlo.

Y, sobre todo, quería saber si Addison entendía lo que acababa de pasar porque él seguía sin comprenderlo.

–Bien, eso está bien –murmuró él midiendo sus palabras–. Pero no era eso lo que quería preguntarte. Solo quería decirte que…

No entendía lo que le estaba pasando. Nunca le costaba tanto expresarse. Se sentía como un adolescente con su primera novia. Se aclaró la garganta y lo intentó de nuevo.

–Sé que ha sido un poco rápido…

–Bueno, es un poco tarde para preocuparse por eso, ¿no? –repuso Addison apartándose de él.

Su comentario le dolió.

–¿Qué quieres decir con eso?

Addison se dio cuenta de que Jake le hablaba de repente con frialdad y no podía culparlo. Además, le había hecho una buena

pregunta, una que también se hacía ella.

Acababa de acostarse con un hombre al que apenas conocía, un hombre que la había acusado de tratar de seducirlo para tener una aventura con él o para que aceptara su oferta de trabajo. El caso era que había accedido a hacerlo y no podía tratar de echarle la culpa a Jake Wilde.

Se le hizo un nudo en la garganta.

No solo había participado voluntariamente en lo que acababan de compartir, sino que lo había hecho con entusiasmo. De hecho, no podía quitarse de la cabeza lo que había sucedido.

Aún tenía el sabor de ese hombre en los labios y con cada respiración que daba lo envolvía su masculino aroma.

Casi podía oír aún el eco de su propia voz, repitiendo febrilmente su nombre, pidiéndole que siguiera, rogándole que…

No podía creerlo.

Pensó en el aspecto que debían tener en esos momentos. Jake, de pie contra un coche en medio de la nada y ella, frente a él y sin poder ocultar lo que acababa de pasar.

Vio que su corbata estaba torcida y recordó entonces que ella ni siquiera llevaba ya sus braguitas. Se sentía tan humillada… Le costaba creer que ella, especialmente alguien como ella, pudiera haber hecho algo así. Había crecido con una madre que no le había enseñado nada bueno a la hora de relacionarse con los hombres. Su progenitora había creído que no tenía sentido estar solo con uno cuando había tantos disponibles.

Ella, en cambio… No era virgen. No era la primera vez que tenía relaciones sexuales.

Lo había hecho antes, pero pocas veces.

Muy pocas.

La verdad era que tomaba la píldora para regular su ciclo menstrual, no porque tuviera una vida sexual activa.

Había estado a punto de decírselo. Pero, afortunadamente, se había podido controlar.

Además, no sabía qué podría haberle contado. No podía decirle que ella no era así, que no era el tipo de chica que se acostaba con un hombre al que apenas conocía contra su coche y en mitad de la nada.

No podía decírselo porque era precisamente lo que acababa de hacer esa noche. Y, por muchas vueltas que le diera, no encontraba una explicación que la hiciera sentirse mejor.

–Mira, sé que te sientes mal… –le dijo Jake en un tono conciliador.

Addison levantó un segundo la cara para mirarlo. La luz de la luna destacaba sus masculinos rasgos en medio de la oscuridad. Después, se dio la vuelta. No quería tener que mirarlo.

La linterna yacía a sus pies, aún encendida. Se estremeció al ver que

iluminaba lo que quedaba de sus braguitas y un zapato.

No sabía dónde podría estar el otro.

Pero se dio cuenta de que no importaba.

Se agachó y también lo hizo él. Su mano se cerró sobre la de ella mientras ella tomaba la linterna. Consiguió apartarse de él, recoger la linterna y lo que quedaba de su ropa interior.

–¡Maldita sea! –exclamó Jake–. ¡Háblame!

Ella lo miró y vio que tenía los labios apretados en una fina línea. No sabía qué esperaba que le dijera. No iba a darle las gracias ni a hablar con él del tiempo.

–Escúchame bien, señorita, no voy a dejar que pretendas que no ha sucedido –insistió Jake.

–¿No vas a dejar que pretenda que no ha sucedido? –repitió enfadada–. Para que lo sepas, capitán. No puedes darme órdenes. ¡Lo que haga o deje de hacer no depende de ti!

Jake la agarró por la muñeca otra vez y se quedó sin aliento cuando la atrajo hacia su cuerpo.

–Creo que ya tenemos bastante confianza como para que sigas dirigiéndote a mí llamándome «capitán», ¿no te parece? Y, sí, tienes razón, puedes hacer lo que quieras. No es asunto mío.

–Me alegra que estemos de acuerdo –repuso ella con frialdad.

Sintió que apretaba su muñeca con más fuerza. Y tiró un poco más de ella. Ya apenas había espacio entre los dos.

–Pero no voy a permitir que me mires como si yo te hubiera obligado a hacerlo. Hicimos el amor –le dijo Jake sin rodeos–. ¿Por qué no puedes aceptarlo?

–No hemos hecho el amor –le espetó ella–. Solo ha sido sexo, nada más. Si no sabes distinguir una cosa de otra, siento lástima por ti.

No le gustó nada cómo cambió la expresión de su rostro. Ya había tenido que mirar hacia arriba con tacones para mirarlo a los ojos. Sin ellos, tenía que inclinar hacia atrás la cabeza para verlo. Hacía que se sintiera muy débil e impotente.

–No cometas nunca el error de sentir lástima por mí –le susurró Jake mientras soltaba su mano.

Se dio la vuelta y se metió en el coche.

–Y tienes razón, señorita McDowell. Solo ha sido sexo –agregó desde su asiento–. Y no ha sido nada del otro mundo.

Addison forzó una sonrisa.

–Al menos estamos de acuerdo en algo.

Estaba mintiendo, pero la mirada que le lanzó Jake le dejó muy claro que había conseguido una pequeña victoria. Y sabía que la necesitaba.

Fue hasta su propio coche con la cabeza bien alta. Seguía sin zapatos, pero no iba a dejar que él la viera buscando el que había

perdido.

Se estremeció al ver que Jake no ponía en marcha el vehículo. Podía sentir que la estaba observando. Quería encender el motor de su coche y salir de allí, pero no iba a hacerlo.

Después de todo, ese rancho era de su propiedad.

Pero al final, como Jake no hacía nada, Addison puso en marcha su coche y encendió sus luces. No estaba lejos de la casa, solo a unos doscientos metros.

Se preguntó si Jake tendría la intención de seguirla. A lo mejor pensaba que iba a poder acostarse con ella de nuevo.

Su corazón empezó a galopar en su pecho mientras imaginaba lo que sucedería si Jake iba tras ella. No quería ni pensar en cómo sería estar con él en una cama y no contra su coche. Desnudos los dos, piel con piel. Se estremeció al imaginar su cuerpo duro y musculoso bajo sus manos. No había conocido nunca a nadie como él. Era atractivo, orgulloso y muy complicado. Y salvaje.

Muy salvaje...

Cuando llegó a la casa, salió con algo de torpeza del coche y fue hasta el porche.

Estaba sola.

El todoterreno de Jake seguía en el mismo sitio. Tenía el motor en marcha, pero estaba inmóvil.

Se dio cuenta de que no iba a ir tras ella.

Pero no consiguió tranquilizarse hasta que entró en la casa y cerró la puerta. Cuando lo hizo, se apoyó en ella mientras trataba de recobrar el aliento.

Oyó entonces el motor de su coche. Pocos segundos después, dejó de oírlo.

Jacob Wilde se había ido y ella no podía dejar de temblar.

–¡Maldito seas! –susurró.

Se le llenaron de lágrimas los ojos. No eran lágrimas de dolor, nunca había sentido lástima de sí misma.

Lloraba porque, después de tanto tiempo, al final se había comportado como todo el mundo había esperado siempre que se comportara. Sintió que regresaba al barrio donde había crecido, donde todos sus vecinos creían que iba a convertirse en una mujer como lo había sido su madre. También se había sentido así después de la muerte de Charlie.

Creía que lo que había pasado con Jacob Wilde no tenía sentido. No pensaba que fuera buena idea acostarse con un hombre sin conocerlo. Era algo que sucedía cuando por fin decidía que esa persona le gustaba y se daba cuenta de que tenía cosas en común con ella. Algo que ocurría después de muchas citas, de salir a cenar, de ir al teatro, tras largos paseos…

Dejó su bolso y la linterna en una mesa.

Tenía que reconocer que no era una experta en esos temas. No conocía demasiado bien el protocolo a seguir en esos casos, pero sabía una cosa con certeza, no creía que fuera buena idea tener relaciones sexuales con un desconocido.

Ella no era así, no lo había hecho nunca. Tenía que reconocer que había sido excitante e increíble. Y también que, aunque hasta esa noche nunca había tenido un orgasmo, entre los brazos de ese hombre había conseguido tener dos en cuestión de minutos.

Cerró los ojos y suspiró. Habían sido tres. Recordó la maravillosa sensación de tenerlo dentro de ella. Había sido mágico.

Abrió los ojos de golpe.

–¿Te has vuelto loca? –se dijo enfadada consigo misma.

Creía que debía de estar perdiendo la cabeza. O quizás estuviera así por culpa del cansancio que había acumulado durante esas últimas semanas.

Perder a Charlie había sido muy doloroso y no le había ayudado nada tener que soportar los rumores de la gente. Después, cuando fue a Texas y vio que el rancho que le había dejado en herencia estaba hecho un desastre…

Creía que era normal que estuviera cansada.

Pero no podía seguir pensando en lo que acababa de suceder. Tenía que olvidarlo.

Y olvidar también a Jake Wilde y todo lo demás.

No podía pensar en esas cosas. Se dio cuenta de que debía irse de Wilde's Crossing y de Texas. Tenía que volver a Nueva York, donde vivía y donde todo le parecía que tenía mucho más sentido.

Ya no aguantaba más allí. No le importaba descubrir si ese rancho no valía nada o si le convenía invertir en mejoras antes de venderlo.

–Charlie… –murmuró mientras subía las escaleras hacia su dormitorio–. Perdóname, querido amigo, pero no me gusta nada este sitio.

Decidió que al día siguiente iba a llamar a un agente inmobiliario en cuanto se levantara.

Y entonces podría volver por fin a casa.

Capítulo 7

JAKE había dormido muy mal. Apenas había podido conciliar el sueño, pero eso no era una novedad para él. Se pasaba gran parte de las noches dando vueltas. Y, cuando por fin se dormía, solía tener pesadillas y se despertaba sudando y con el corazón a mil por hora.

Al menos los sueños que había tenido esa noche habían sido distintos. No podía dejar de pensar en ellos mientras se duchaba y dejaba que el agua relajara poco a poco sus músculos.

No habían sido pesadillas, no había tenido que enfrentarse a tiroteos, a artefactos explosivos ni a compañeros que morían porque él no había sido capaz de salvarlos.

Los sueños de esa noche los había llenado la piel de una mujer, el sabor de su boca, el olor de su cabello. Había soñado con Addison, recordando cómo había sido hacer el amor con ella...

Frunció el ceño, cerró el grifo y tomó una toalla para empezar a secarse.

No habían hecho el amor, solo había sido sexo. Así se lo había recordado ella y tenía que reconocer que era verdad. No había ninguna razón para disfrazar de romanticismo lo que no era más que una necesidad básica.

Aunque estaba de acuerdo con ella, su actitud le había molestado.

Lo que habían compartido había estado muy bien.

Envolvió sus caderas en la toalla y se miró en el espejo. No había estado muy bien, había sido increíble.

Pero no le había gustado cómo se había comportado Addison cuando todo había terminado, como si se arrepintiera de lo ocurrido, como si sintiera que él la había forzado a hacerlo.

–Y no fue así –murmuró mientras se enjabonaba la cara y buscaba su cuchilla.

Addison había respondido en todo momento con entusiasmo, dejándole muy claro que también lo deseaba. Se estremeció al recordar la forma en la que lo había rodeado con las piernas, sus gemidos, sus gritos de placer, su húmedo y cálido…

Se le fue la mano y se hizo un pequeño corte en la mejilla. Tenía que prestar más atención a lo que estaba haciendo.

Maldijo entre dientes, tomó un pedazo de papel higiénico y se secó la sangre con él.

No podía dejar de pensar en ella. Había sido increíble tenerla entre

sus brazos, besándolo, mordiéndole el labio…

–Maldita sea, Wilde –gruñó enfadado consigo mismo.

Lo único que estaba consiguiendo era excitarse.

No había tenido ni una erección desde que resultara herido, aunque los médicos le habían asegurado que todo estaba en orden. Pero le bastaba con recordar lo que había hecho con esa mujer, que ni siquiera le gustaba, para excitarse.

Creía que lo que necesitaba era ir a Dallas y acercarse a uno de esos bares para solteros que había en la ciudad. Sabía que allí no le costaría encontrar a alguna chica lo bastante borracha como para que no le importara el aspecto que tenía. O quizás encontrara alguna que se sintiera atraída por hombres desfigurados como él.

Se preguntó entonces si Addison McDowell sería una de esas mujeres.

De un modo u otro, ya no debía importarle.

Lo único que quería recordar de la noche anterior era el hecho de que sus hormonas volvían a funcionar. Ya le habían dicho que, tarde o temprano, su libido despertaría y creía que no había tenido nada que ver con ella. Addison se había limitado a estar en el lugar correcto en el momento adecuado.

Se lavó la cara, se secó y volvió a su dormitorio. Aún tenía su ropa en el armario y en la cómoda, donde la había dejado cuando se alistó en el Ejército. Se puso unos vaqueros desgastados y una camisa también de tela vaquera. Sonrió al volver a ponerse sus viejas botas de montar.

Ya no tenía por qué volver a ponerse su uniforme. Ya había terminado su tiempo en el Ejército y también su vida allí, en el rancho. Había amado los dos sitios y siempre se había imaginado que desarrollaría toda su carrera profesional en uno u otro ámbito.

Pero todo había cambiado y necesitaba un nuevo comienzo. No sabía dónde ni qué iba a hacer. No tenía ni idea, pero no iba a parar hasta encontrar las respuestas.

Había decidido la noche anterior no irse ese día, como había planeado en un principio. De todos modos, un día más o menos en el rancho no cambiaba nada y le apetecía pasar más tiempo con su familia.

Se pasó las manos por el pelo húmedo, metió la cartera y las llaves en los bolsillos del pantalón y se puso el parche sobre el ojo.

Miró por la ventana y vio que el cielo estaba gris. Iba a llover.

Respiró profundamente y salió del dormitorio en busca de café.

Todos sus hermanos estaban en la cocina.

Las chicas estaban cocinando. Le sorprendió mucho porque

normalmente era solo Lissa la que cocinaba mientras trataba de mantener a sus hermanas lejos de los fogones.

Esa mañana, sin embargo, Emma estaba preparando huevos revueltos, Lissa sacaba una bandeja con galletas del horno y Jaimie freía el beicon.

Travis y Caleb estaban sentados a la gran mesa de roble en el centro de la cocina, tomando café y leyendo el periódico.

Por un momento, se quedó observándolos desde el umbral de la puerta. Quería mucho a esas personas y ellos también lo querían a él, pero sentía que los había defraudado.

Eso era lo más duro.

Aún no lo sabían, pero lo había hecho. No entendía por qué no se había comprado otro billete a Los Ángeles, Nueva York o Seattle en cuanto se bajó el día anterior del avión. Creía que habría sido mucho mejor para todos.

–¡Eh! –exclamó Travis al verlo–. ¡Está vivo!

Caleb sonrió.

–Menuda noche, ¿no? –le dijo su hermano.

No supo qué contestar. Y sabía que era una estupidez. Lo que tenía que hacer era limitarse a sonreír y no decir nada.

Pero, por algún motivo, no pudo hacerlo.

Fue Emma la que, sin saberlo, lo rescató cuando se acercó a él con una humeante taza de café recién hecho. Le dio un abrazo y un beso en la mejilla mientras se lo entregaba.

–Siéntate, hermanito, y no les hagas caso a estos idiotas.

Emma siempre se había referido a él con ese diminutivo y eso que era cuatro años mayor que ella y bastante más alto.

–No te preocupes, nunca lo he hecho –repuso con una sonrisa.

Travis lo miró con interés.

–Bueno, Caleb y yo tenemos la esperanza de que al menos nos hicieras caso anoche.

Lissa colocó frente a él un plato con huevos y beicon y también le dio un beso.

–Come antes de que se enfríe –le sugirió su hermana–. ¿A qué se refieren?

Caleb lanzó una mirada a Travis antes de contestar.

–Bueno, Jake nos dijo que necesitaba un poco de aire fresco y le sugerimos que se diera una vuelta con el todoterreno de Travis.

Jaimie puso una fuente con galletas recién hechas en la mesa y besó a Jake en la cabeza. Después, se sentó junto a él.

–¿Una vuelta por dónde? –quiso saber Jaimie.

Jake miró la comida. Lo único que quería era una taza de café. Tenía la sensación de que la comida se le iba a atragantar, pero sabía que sus hermanas no le iban a dejar salir de la cocina hasta que

desayunara en condiciones. Sobre todo cuando era obvio que habían echado de allí a la señora López, el ama de llaves, para poder prepararle el desayuno ellas mismas.

–Lo creas o no, todo es comestible –le susurró Caleb bromeando.

Emma agarró una servilleta y se la tiró a la cabeza.

–¿Una vuelta por dónde? –preguntó de nuevo su hermana.

Jake se concentró en el plato y en jugar con el tenedor y los huevos.

–No sé, por ahí –repuso él.

–No sabíamos dónde te habías metido –le dijo Jaimie.

–Pensamos que a lo mejor estabas con esa mujer, Addison McDowell –agregó Lissa.

Jake miró a sus hermanos de reojo. Travis negó disimuladamente con la cabeza y Caleb hizo lo mismo.

–¿Por qué? –les preguntó Jake.

–Bueno, los dos desaparecisteis de repente –contestó Lissa.

–Y más o menos al mismo tiempo –añadió Emma.

–Ellen Boorman me dijo que esa mujer montó una escena y salió hecha una furia de casa –les contó Jaimie–. ¿Alguien sabe lo que pasó?

–No –contestaron Travis y Caleb a la vez.

–Ellen me dijo que discutió contigo y que te fuiste poco después. Pensamos que a lo mejor habrías ido tras ella.

Sus tres hermanas lo miraban fijamente y a Jake le dio un ataque de tos.

–Se me ha atravesado un trozo de galleta –susurró cuando por fin pudo hablar.

Emma se levantó, fue hasta el fregadero y regresó con un vaso de agua para él. Jake asintió con la cabeza y se bebió medio vaso.

–Bueno, ¿qué es lo que pasó? –le preguntó Emma.

–Nada –repuso Jake rápidamente.

–¿No vas a trabajar para ella?

Jake miró a sus dos hermanos con los ojos entrecerrados, pero estos bajaron las miradas, concentrados de repente en sus tazas de café.

–¿Quién te ha dicho que iba a trabajar para ella?

–No sé, lo he oído por ahí –repuso Lissa encogiéndose de hombros–. ¿Vas a hacerlo?

–No.

–¿Por qué?

–Porque no… –comenzó con incomodidad–. Porque…

No supo cómo continuar.

–Porque, cuando se ponga a trabajar aquí, no va a tener tiempo para nada más –dijo Jaimie.

Se quedaron todos en silencio.

–Jaimie… –susurró Caleb en un tono recriminatorio.

–¿Qué? ¿Qué es lo que he hecho? –repuso ella.
–¿A qué se refiere Jaimie? –preguntó Jake mirando a sus hermanos.
Travis suspiró.
–A tu trabajo… A tu trabajo a la cabeza de El Sueño –repuso su hermano con dificultad–. Tom Sloane se va a jubilar pronto.
–Lo sé –replicó Jake con el ceño fruncido–. ¿Qué tiene eso que ver conmigo?
–Bueno, el general piensa que…
–¿El general? –repitió lentamente Jake.
–Bueno, nosotros también pensamos que serías el mejor para ese puesto. Estamos los cinco de acuerdo y es lo que esperamos. Todos somos dueños a partes iguales del rancho y nos gustaría que estuvieras tú a cargo de él.
–Ya está listo todo el papeleo –le dijo Lissa.
Caleb y Travis gimieron al oír a su hermana.
–¿El papeleo? –preguntó Jake.
–Sí, los documentos legales. Había que hacer cambios que reflejaran que a partir de ahora serás tú quien esté a cargo.
Jake miró a sus hermanos.
–¿Decidisteis hacerlo aunque os dije que no voy a quedarme aquí? –les preguntó.
–Jake… –susurró Emma entristecida.
Pero sus hermanas la hicieron callar.
–Bueno, teníamos la esperanza de que cambiaras de opinión.
–¿No se os ocurrió preguntarme antes de hacerlo? –les preguntó enfadado.
Empujó hacia atrás la silla, dejó la servilleta en la mesa y se puso en pie.
–Gracias a los cinco por planificar mi vida –les espetó.
–No te pongas así, hombre. No estamos…
–Sí, lo estáis haciendo.
–Jake, El Sueño te necesita. Y tú necesitas este rancho.
Las palabras de su hermano fueron la puntilla.
–¿Qué soy para vosotros? ¿El hermano descarriado que necesita ser rehabilitado? –les dijo fuera de sí.
–No, Jake –susurró Travis–. Sabes que te queremos.
–Entonces, no actuéis como si fuerais mis psiquiatras, no necesito vuestra terapia –repuso.
Salió de la cocina y después de la casa ignorando las voces de sus hermanas llamándolo.
Tenía que alejarse antes de decirles algo que pudiera lamentar más tarde.

Su coche estaba donde lo había dejado la noche anterior y se metió dentro.

Estaba harto de esa situación. No tenía ni idea de lo que quería hacer con su vida, pero tenía una cosa muy clara, no iba a permitir que nadie tomara decisiones por él.

Arrancó el coche lamentando no haber salido de casa nada más amanecer.

Pero no había querido hacer daño a sus hermanas y temía que eso era exactamente lo que iba a hacer si se iba en ese momento, enfadado y sin despedirse.

Pensó en ir a hablar con Travis y Caleb y decirles que no se metieran en su vida, pero sabía que lo que le habían dicho era la verdad. Sus hermanos lo querían y estaban preocupados por él. Por eso se les había ocurrido pedirle que se encargara de llevar el rancho, pensando que así podrían convencerlo para que se quedara.

Su familia parecía estar convencida de que sufría depresión o un trastorno de estrés postraumático. Cuando, en realidad, el problema lo tenía él y solo él. La realidad era que había fracasado.

Empezó a llover cuando llegó a la carretera comarcal. Era lo que le faltaba, un día gris y lluvioso que hiciera juego con su estado de ánimo.

Se preguntó si sus hermanos le habrían dicho a Addison McDowell que necesitaba una razón para sentirse útil. A lo mejor le habían pedido que se apiadara de él.

Apretó los dientes al pensar en ello. No quería ni pensar que eso tuviera algo que ver con lo que había sucedido la noche anterior. Esa mera posibilidad hizo que se sintiera enfermo y furioso.

No sabía si había sido así y se dio cuenta de que solo había una manera de saber la verdad.

Se apartó a un lado de la carretera y dio un giro de ciento ochenta grados. Tenía que ir al rancho de Chambers.

Jake condujo tan rápidamente que llegó a la vieja casa de Chambers en la mitad del tiempo que habría tardado cualquier otro día.

Aún estaba furioso cuando detuvo el coche frente a la casa.

La lluvia caía con fuerza. Se bajó del coche y fue hacia la puerta. Llamó al timbre y esperó.

Silencio.

–Maldita sea –murmuró mientras golpeaba la puerta con su puño.

Nada.

Pero sabía que Addison estaba dentro.

Su coche seguía donde lo había dejado la noche anterior. Recordó lo deprisa que había salido Addison de él para entrar en casa, casi como

si le hubiera tenido miedo.

Se preguntó si estaría escondida en casa, ignorándolo, porque seguía aterrada.

Metió las manos en los bolsillos y suspiró.

Suponía que, de ser así, no podía echárselo en cara. Se había comportado como un loco la noche anterior. Y verlo allí esa mañana, golpeando con fuerza su puerta debía de ser demasiado para ella.

Pero, por otro lado, no entendía por qué se le había pasado por la cabeza que Addison hubiera podido acostarse con él solo por lástima.

Recordó entonces que ella se había dejado llevar por el deseo tanto como él.

Aunque no hubieran terminado muy bien las cosas entre ellos, creía que Addison no se merecía que él la acusara de haber estado con él por compasión.

Se dio media vuelta, bajó las escaleras del porche y se marchó.

Addison observó a Jake Wilde desde una ventana del piso superior. Suspiró cuando vio que se metía en el coche y se iba.

Lo último que quería era que tener que tratar con él esa mañana.

Estaba demasiado ocupada tratando de poner un poco de orden en ese desastre de casa.

Muy a su pesar, no iba a poder regresar ese mismo día a Nueva York. No había encontrado billete desde Dallas hasta finales de esa semana.

Pero trató de convencerse de que no era un problema. Después de todo, no estaba huyendo de Wilde's Crossing, solo quería volver a casa. Además, tenía mucho que hacer esos días. Iba a estar muy ocupada.

Respiró profundamente antes de comenzar con su siguiente tarea, vaciar el armario del pasillo en el segundo piso.

Sabía que no iba a ser divertido, pero había que hacerlo.

Durante esas semanas, había limpiado todas las habitaciones, la cocina y el cuarto de baño. Incluso había hecho algunos retoques, como pulir los suelos de madera, pintar las paredes y comprar algunos muebles y detalles que necesitaba el dormitorio principal, donde dormía ella.

El armario de su habitación sí lo había limpiado, pero ninguno más. Y ni siquiera había subido al desván.

Sabía que podía poner la casa a la venta tal y como estaba, pero pensaba que quizás hubiera algún tesoro interesante escondido en algún sitio. Había creído que sería divertido tratar de encontrar algo de valor, pero no estaba teniendo suerte.

Y tampoco se estaba divirtiendo demasiado.

Después de unos minutos de trabajo, suspiró y se sentó con las piernas cruzadas en el suelo.

Lo más probable era que solo encontrara arañas y polvo. Aun así, tenía que estar ocupada para no pensar en lo que había pasado la noche anterior.

Pero de nada le había servido. No podía quitarse a ese hombre de la cabeza. Jake Wilde.

–¿Cómo puede ser tan arrogante? –se dijo en voz alta.

Además de arrogante, era un hombre muy audaz. No entendía cómo podía tener la cara de aparecer por allí esa mañana. No sabía a qué habría ido.

No se le ocurría ningún motivo, a no ser que quisiera tratar de convencerla para repetir lo de la noche anterior.

Pero no creía que ese fuera el caso. Lo había visto demasiado enfadado en el porche como para que hubiera ido a verla con la intención de seducirla.

Le parecía increíble que pudiera estar enfadado cuando era ella la que…

Se quedó inmóvil cuando oyó de repente algo.

Le pareció el motor de un coche.

Frunció el ceño, se levantó y fue hasta la ventana más cercana para mirar entre las cortinas.

Era el coche de Jake Wilde.

Había vuelto.

Tenía que reconocer que era al menos un hombre persistente.

Jake volvió a tocar el timbre y llamó también con los nudillos. Como nadie le respondió, tocó de nuevo el timbre.

Un par de minutos más tarde, oyó una ventana en el piso superior. Dio un paso atrás, levantó la vista y vio a Addison entre unas viejas cortinas de encaje.

Respiró profundamente y se aclaró la garganta.

–Señorita McDowell…

Se detuvo antes de seguir. Le pareció una formalidad innecesaria. Después de todo, se había acostado con ella. Bueno, en realidad no se habían acostado, sino que lo habían hecho de pie y contra el coche de su hermano. Pero sabía que era mejor no pensar en esas cosas, no cuando tenía que hablar con ella.

–Addison –añadió un poco más relajado–. Buenos…

–Tienes diez segundos para darte la vuelta y salir de mis tierras, capitán –lo interrumpió ella–. Si no lo haces, llamaré a la policía.

Vio que no le iba a servir de nada tratar de ser agradable.

–Tranquilízate, ¿de acuerdo? No necesitas a la policía.

–Ya decidiré yo lo que necesito. Y creo que debería llamar a la policía, al FBI, a la Guardia Nacional… Quizás también a la caballería.

–Escucha, Addison. Solo quería hablar contigo.

–No puedes decirme nada que quiera escuchar.

–Pero eso no puedes saberlo hasta que te lo diga –protestó él.

–Cuando estaba en la universidad, fui a una clase sobre dialéctica platónica. No vas a conseguir que participe en esta discusión cuando no quiero hacerlo.

Jake levantó una ceja.

–Yo fui a una clase sobre negociación de contratos. ¿Estamos en paz?

Podía ser muy rápido y tenía sentido del humor, pero se dio cuenta de que no iba a conseguir nada con Addison.

–El caso es que no tenemos nada de lo que hablar –le dijo ella.

–¿Ni siquiera sobre lo que pasó anoche? Tenemos que hablar de eso.

–Ya lo hicimos.

Addison tenía razón, habían hablado de ello. Y la excusa que se había dado a sí mismo para ir a verla esa mañana tampoco podía utilizarla.

Había conseguido tranquilizarse y no estaba allí para echarle nada en cara.

La verdad era que estaba en su casa porque quería verla, no había otro motivo.

Se le pasó por la cabeza decirle la verdad.

–¿Capitán?

Jake asintió con la cabeza y miró hacia arriba.

–Aún estoy aquí.

–Acabo de demostrarte que esta visita no tiene sentido. Así que haznos un favor a los dos y vete.

–Supongo que debería.

–¿Solo lo supones?

–Si fuera listo, eso es exactamente lo que haría –le confesó él–. Pero no lo soy. Si lo fuera, anoche habría hecho lo correcto.

–¿No te he dicho que no quiero hablar de…? –le preguntó ella enfadada.

Addison cada vez estaba más nerviosa.

–Y te habría dicho que no me arrepentía de haber hecho el amor contigo…

–Adiós, capitán –lo interrumpió ella.

–Porque… –continuó Jake rápidamente antes de que ella pudiera cerrar la ventana–. Porque la verdad es que te deseaba más de lo que he deseado nunca a una mujer. Y lo que hicimos...

Jake le dedicó entonces una sonrisa lenta e íntima que hizo que se estremeciera.

–Lo que hicimos fue fantástico –concluyó él.

Se quedó mirando al hombre que la observaba desde el porche. No sabía qué decir ante una confesión tan sincera como la que acababa de hacerle Jake.

Una confesión valiente e increíblemente sexy.

Ese hombre era un rompecabezas, conseguía confundirla por completo. Le bastaba con mirarlo para que se sintiera así.

Ese día no llevaba uniforme, sino que iba vestido como siempre se había imaginado a los texanos, con camisa y vaqueros desgastados. Se fijó en sus botas de montar y en ese parche en el ojo, ocultando al mundo lo que la guerra le había hecho.

Tenía una belleza masculina que la dejaba sin palabras. En ese momento, le estaba costando recordar lo mucho que lo despreciaba.

Jake era una combinación letal de arrogancia y vulnerabilidad.

Nunca había conocido a un hombre como Jake. En cuanto al sexo con él…

No podía seguir mintiéndose a sí misma. Había sido fantástico.

Había tenido otras parejas, pero lo de la noche anterior no podía compararse con sus experiencias previas. En cuanto la tomó entre sus brazos sintió que… Le costaba entender lo que había sentido. Creía que trataba de echarle a él la culpa de lo ocurrido para no tener que aceptar la verdad.

Había sido increíble sentirlo dentro de ella, dejar que sus cuerpos y sus bocas se unieran.

Sacudió la cabeza, no podía seguir pensando en esas cosas.

Vio que Jake seguía mirándola, pero había bajado las escaleras del porche y retrocedido un par de pasos. Podía verlo mejor que antes y se dio cuenta de que sujetaba un ramo de flores en la mano.

–Bueno, si no quieres hablar conmigo, supongo que me lo merezco –le dijo Jake mientras dejaba el ramo en el porche.

Se metió después las manos en los bolsillos traseros y fue hacia su coche. Sin saber por qué, experimentó una intensa sensación de pérdida. Le parecía ridículo, pero eso era lo que sentía.

Jake se había disculpado y ella se había negado a aceptar su disculpa. Creía que no tenían nada más de lo que hablar. Pero…

–¡Espera!

La suave voz de Addison lo detuvo en seco. Jake se volvió y la vio en la puerta abierta.

La miró de arriba abajo.

Ese día no llevaba un sofisticado vestido ni tacones de aguja, sino unas mallas y una sudadera que le quedaba demasiado grande. Vio que estaba descalza y que llevaba el pelo suelto.

Sintió que algo se retorcía en su interior. Aunque había estado muy guapa en la fiesta, le parecía aún más bella en esos momentos.

Verla así le hizo desear poder empezar de cero con ella, aunque sabía que no iban a tener más que ese día.

–Estaba a punto de hacerme un café. ¿Te apetece uno, capitán? –le ofreció ella.

Addison se estremeció al ver cómo la miraba Jake. Fueron solo unos segundos, pero se le hizo eterno.

–Llámame «Jake», por favor –repuso él con voz ronca–. Me encantaría tomar un café. Gracias.

Volvió a recoger el ramo que había dejado en el porche. Ella dio un paso atrás al ver que subía las escaleras y, cuando lo tuvo enfrente, sintió que se le aceleraba el pulso.

–No será gran cosa –le dijo ella con nerviosismo–. Me refiero al café. Encontré una vieja cafetera en la cocina, pero parece tan anticuada como… Como el resto de la…

–Addison.

Se quedó sin aliento al oír cómo pronunciaba su nombre y cómo la miraba. Le estaba diciendo con los ojos todo lo que Addison necesitaba saber. Entre otras cosas, acababa de dejarle muy claro que el café era lo último en lo que estaba pensando en esos momentos.

Tampoco era el café lo que ella tenía en mente.

–Jacob –susurró ella.

Fue hacia sus brazos y él dejó caer las flores para abrazarla.

Capítulo 8

JAKE cerró la puerta tras él de una patada.

La casa estaba oscura y fresca. El silencio lo llenaba todo y también un olor en el aire que Jake no tardó en reconocer, era el perfume de Addison, el mismo aroma floral que no había sido capaz de identificar la noche anterior.

–Addison –susurró.

Ella se volvió para mirarlo y vio deseo en sus ojos. Se estremeció y lo dominó una oleada de algo muy primitivo y posesivo.

–Tienes que estar segura –le dijo mientras acariciaba su pelo–. Porque una vez que empecemos…

Addison se acercó a él y lo besó.

–Hazme el amor, Jacob –le susurró ella.

No pudo contener un gemido al oír sus palabras. La atrajo con fuerza contra su cuerpo y reclamó su boca con un beso profundo y posesivo.

En cuestión de segundos, sintió que lo dominaba por completo el mismo deseo que le había hecho perder el control la noche anterior. Podía sentir la sangre corriendo por sus venas. La necesidad que tenía de estar con ella era todo lo que le importaba en esos momentos.

O quizás fuera más aún. No era esa necesidad lo más importante, sino ella. Deseaba algo más que su cuerpo. La deseaba a ella, solo a ella.

Tenía que estar en su cama, abrazar su cuerpo desnudo y ver cómo se extendía su pelo oscuro sobre la almohada.

Y quería también que ella necesitara sus caricias y estuviera tan desesperada como lo estaba él.

Apretó los dientes, sabía que iba a tener que luchar para mantener el control.

–Agárrate a mí –le susurró mientras la tomaba en sus brazos.

Addison envolvió los brazos alrededor de su cuello y enterró la cara contra su cuello. Podía sentir su corazón tronando contra el de él y su dulce aliento acariciando su piel.

Tenía las escaleras delante de él, sabía que solo tenía que aguantar unos minutos más. Creía que podría ser capaz de controlarse hasta entonces.

Solo había una puerta abierta en la planta de arriba y fue directo hacia allí. Conocía esa vieja casa, recordaba sus habitaciones grises y

las paredes oscuras, pero la habitación en la que entró era totalmente distinta… Se dio cuenta de que Addison la había transformado por completo. El suelo de madera estaba recién pulido, brillaba la antigua cama de bronce y había leña apilada en la chimenea de ladrillo. Las paredes blancas parecían recién pintadas. También había renovado las cortinas y la ropa de cama, todo en blanco. Y el aroma de las flores frescas flotaba en el aire.

Esa habitación era un reflejo de Addison: elegante, bella y sencilla.

No dejó que pusiera los pies en el suelo hasta que llegó a la cama y lo hizo lentamente para poder sentir sus suaves y deliciosas curvas y que ella pudiera también sentir lo excitado que estaba.

–No tengas miedo –le dijo en un susurro al ver que estaba temblando–. Hoy va a ser diferente, te lo prometo.

Addison lo miró a los ojos y se perdió en su mirada de plata líquida.

–No tengo miedo. No de ti, Jacob. Nunca de…

La besó antes de que pudiera terminar la frase y el beso no tardó en hacerse más intenso y profundo. Era increíble volver a sentir su exquisito sabor.

Addison rodeó su cuello con las manos y se apretó contra él. No pudo evitar gemir de placer.

Colocó las manos sobre sus pechos. E, incluso con la gruesa tela de la sudadera entre ellos, pudo sentir cómo se contraían sus pezones. Gimiendo, deslizó las manos por debajo de la prenda y se quedó sin aliento al darse cuenta de que no los separaba nada más. No llevaba sujetador bajo la sudadera, no había nada entre sus dedos callosos y la sedosa piel de esa mujer.

–Jacob –susurró Addison–. Jacob, por favor...

Esas simples palabras, tan llenas de necesidad, estuvieron a punto de hacerle perder el control por completo. Le levantó la sudadera y se inclinó hacia ella para atrapar sus deliciosos pezones entre los labios. Sabían a nata y a miel.

–Eres tan bella… –le dijo con voz ronca–. Tan bella…

Comenzó a acariciar sus pezones con los pulgares y Addison gimió. No podía dejar de observar su rostro mientras la tocaba, viendo cómo el placer oscurecía sus ojos.

Le quitó la sudadera y la tiró al suelo. Por fin podía ver sus pechos con más claridad. Eran firmes y perfectos para sus manos y su boca.

Los besó de nuevo, deleitándose con cada curva y cada valle, saboreando sus pezones de albaricoque. No se cansaba de su tacto sedoso ni de su delicado sabor, tampoco podía dejar de mirar su cara mientras la llevaba más y más cerca del clímax. Pero eso era solo el comienzo.

Addison comenzó a desabotonarle la camisa y la ayudó. Pero Jake perdió la paciencia y terminó por arrancar varios botones al

quitársela, que volaron por los aires.

Su camisa también acabó en el suelo y fue directo a sus brazos.

Piel contra piel. Calor contra el calor.

Sabía que no iba a aguantar mucho más.

Se apartó de ella para bajarle las mallas y se encontró con su ropa interior. Ese día no llevaba encaje, sino unas inocentes braguitas de algodón blanco con un pequeño lazo azul a cada lado, sobre sus caderas.

Se puso de rodillas y besó su vientre, su ombligo, los lacitos azules…

Bajó después las braguitas y agarró con firmeza sus caderas, atrayéndola contra su cara.

Sintió que Addison se quedaba sin aliento.

–Espera –susurró ella con voz temblorosa–. No creo que…

Comenzó a besarla íntimamente, sintiendo sus sedosos rizos oscuros contra los labios.

–Separa las piernas… –le pidió él.

Ella lo hizo, podía notar cómo temblaba todo su cuerpo. Y, cuando encontró pocos segundos después su parte más sensible con la boca y la lengua, Addison no pudo ahogar un intenso grito de placer.

Sabía a pasión y a mujer y no se cansaba de oír sus gemidos y gritos rompiendo el silencio de esa mañana.

Unos minutos más tarde, Jake se puso de pie, se quitó las botas y los pantalones vaqueros y se tumbó en la cama con ella. Enterró los dedos en su melena y la besó, no podía dejar de hacerlo, no se cansaba de su dulce boca.

Era increíble sentir sus suaves manos recorriendo su espalda, acariciando su torso. Addison tomó su cara entre las manos y levantó la cabeza para besarlo.

–Addison… –susurró mientras se arrodillaba entre sus muslos y agarraba sus caderas–. Mírame –le pidió.

Y ella lo hizo. Estuvo a punto de perder el control cuando se deslizó dentro de ella y la oyó gemir una vez más.

Estaba tan húmeda y caliente... Era una sensación maravillosa.

Addison gritó su nombre y él no podía dejar de temblar. Pero consiguió mantenerse inmóvil unos segundos, hasta sentir que estaba totalmente dentro de ella.

Después, retrocedió un poco, unos milímetros, solo lo suficiente para aumentar las sensaciones. Sentía un placer tan exquisito e intenso que no pudo evitar estremecerse.

Addison no dejaba de moverse, agarró sus manos y las sujetó por encima de su cabeza. Después, comenzó a moverse más y más rápido... Cada vez con más fuerza.

–Jacob... –gimió ella casi sin aliento.

Repitió su nombre una y otra vez y arqueó la espalda hacia él. Era increíble verla así entre sus brazos. Era como si se hubiera detenido el tiempo y solo existieran ellos dos.

Addison gritó poco después, estremeciéndose con la fuerza de un intenso orgasmo, gritando su nombre mientras sus piernas apretaban las caderas de Jake.

No tardó en alcanzar el clímax, sumergiéndose con ella en un arcoíris de color y luz.

Jake seguía tumbado encima de ella.

Su cuerpo era sólido y musculoso. Addison supuso que debía de pesar bastante más que ella. Sentía que estaba atrapada entre él y el colchón, pero era una sensación maravillosa.

Jake se movió y ella gimió suavemente a modo de protesta.

–Peso demasiado para ti –le susurró.

–No –repuso ella–. De verdad, no me importa.

Pero Jake se apartó de ella un par de minutos más tarde. La abrazó y la atrajo contra su cuerpo.

Suspiró feliz cuando la besó en los labios y vio que Jake sonreía. No podía dejar de pensar en lo que acababan de compartir. No había creído posible que pudiera disfrutar tanto con el sexo, pero no podía contárselo, no quería admitir ante Jake su ignorancia. Porque, aunque tenía cierta reputación, apenas tenía experiencia.

Solo había tenido tres amantes. El primero había sido virgen y había ocurrido cuando ya estaba en la universidad. Habían sido chicos agradables, pero el sexo con ellos no había sido nada especial. Pero lo que había tenido con Jacob... Eso no lo iba a olvidar nunca.

Lo de la noche anterior había sido memorable, pero lo que habían compartido en esa cama había sido incluso mejor. Sintió un escalofrío de placer al recordarlo.

Por un lado, ya había dejado de llover y la luz del día entraba a raudales por las ventanas. Podía ver a Jacob y él también podía verla a ella.

Por otro lado, la noche anterior había tratado de apartarse de él y volver a su casa en cuanto terminaron. Ese día, en cambio, quería quedarse como estaba para siempre. Tenía la cabeza apoyada en su fuerte hombro y Jake estaba acariciando su cuerpo. Se estremeció cuando rozó levemente sus pezones con los dedos y no pudo evitar sonrojarse. Podía sentir cómo aumentaba la temperatura en todo su cuerpo.

–¿Por qué no compartes conmigo lo que estás pensando? –le pidió él sonriendo.

–Ha sido… –comenzó carraspeando–. Ha estado bien.

–¿Bien? –repitió frunciendo el ceño e incorporándose sobre el codo para mirarla–. ¿Solo bien? Sabes cómo dañar el ego de los hombres, McDowell.

Le estaba tomando el pelo y le encantó que pudieran hablar así, de manera tan relajada, después de lo que habían hecho. No le había pasado nunca.

Jake sonrió y la hizo rodar hasta que quedó boca arriba. Agarró sus muñecas y se las sostuvo contra el colchón por encima de su cabeza.

–Admítelo –le ordenó Jake.

Era increíble tenerlo de nuevo sobre su cuerpo.

–¿El qué? –repuso ella sin aliento.

–Que ha estado mejor que bien.

–Bueno, puede ser… –susurró ella para provocarlo.

–No me lo puedo creer –le dijo Jake fingiendo estar muy ofendido.

Se movió un poco y ella estuvo a punto de gemir. Podía sentir cómo volvía a excitarse Jake, notaba la presión contra su vientre. Pensó en algo que decir, pero solo podía gemir.

Jake la besó y se movió hasta colocarse de nuevo entre sus muslos.

–Por favor –susurró ella sin poder aguantar esa dulce tortura.

–¿Por favor qué? –repitió él.

Pero no tardó en deslizarse dentro de ella y sintió que el tiempo se detenía en ese instante.

Esa vez, cuando terminaron y se apartó de ella, Jake los envolvió a los dos en el edredón, abrazándola contra su cuerpo y besando con ternura su sien.

–Duerme –le dijo Jake en voz baja.

Pero no podía hacerlo. Estaba acostada sobre su lado derecho y ella nunca se podía…

Cuando Addison se despertó, había sombras en la habitación y estaba encendida la chimenea.

Jake, vestido solo con sus pantalones, estaba de cuclillas junto a ella, avivando el fuego.

Addison se incorporó mientras sujetaba el edredón para cubrir su desnudez.

–Hola –le dijo Jake en voz baja al verla.

–¿Qué hora es? –preguntó ella.

–Casi las cinco.

Abrió los ojos sorprendida.

Jake se levantó y se quedó mirándolo. Era perfecto. Tenía la piel bronceada y unos músculos que sabía que había conseguido con el trabajo duro, no en el gimnasio. No se había abrochado el botón de la cintura y se le fueron los ojos a la línea de suave vello que desaparecía

un poco más abajo.

–No me digas que tenías planes… –le dijo Jake mientras se acercaba lentamente a ella–. ¿Quizás con una brocha y una lata de pintura?

Addison se echó a reír.

–¿Todavía huele?

–Un poco –respondió sentándose junto a ella.

Se inclinó y le dio un largo beso en los labios.

–¿Pintaste este dormitorio tú sola?

–Sí, soy toda una experta en pintura. ¡No sabes cuánto cobran los pintores en Nueva York!

–¡Una mujer ahorradora! –susurró Jake con dramatismo llevándose una mano al pecho–. Me acabas de robar el corazón.

–Una mujer ahorradora no, una mujer medio arruinada. Debo aún el préstamo que pedí para pagarme la universidad y también la hipoteca del piso.

–Según Caleb, todos los abogados sois ricos.

–Por ahora no soy más que una esclava, solo llevo dos años trabajando en Kalich, Kalich y Kalich.

Jake sonrió al oírlo.

–Un nombre muy original para un bufete de abogados –le dijo con ironía.

–Sobre todo cuando hace ya veinte años que murió el último abogado de la familia Kalich –repuso Addison.

Jake se rio, se inclinó hacia ella y la besó de nuevo. Esa vez, no pudo ahogar un suspiro mientras se dejaba llevar por su dulce beso.

–¿Entonces, fuiste a la ferretería a por la pintura?

–He tenido que comprar de todo. Pintura, los materiales para pulir el suelo, cortinas…

Vio que sacudía la cabeza.

–Si el viejo Chambers viera su casa se quedaría horrorizado.

–¿Horrorizado? ¡Pero si he limpiado y…!

–A Chambers le enorgullecía mantener el rancho hecho un desastre. Durante los veranos en los que estuve trabajando aquí, me ofrecí a hacer algunos arreglos, pero siempre se negó. Era bastante gruñón. Pero fue durante los últimos años cuando de verdad dejó que todo se echara a perder y entonces yo ya no estaba por aquí.

Le pareció una manera muy extraña de referirse al tiempo que había estado en la guerra. Era como si no le diera importancia a lo que había hecho.

–¿Cuánto tiempo estuviste fuera? –le preguntó ella en voz baja.

Vio que se tensaba su mandíbula.

–Demasiado tiempo –le dijo después de un minuto–. Y, a la vez, demasiado poco.

Jake se apartó de ella y se quedó sin aliento. Tenía varias cicatrices

en su hombro derecho. Sin pensar en lo que hacía, tocó suavemente su piel.

Pero Jake se echó hacia atrás, agarró su camisa del suelo, se la puso y se levantó a por sus pantalones.

–Lo siento, Jake. ¿Te he hecho daño?

–Estoy bien.

Se acercó a él, pero estaba muy tenso. El instinto le dijo que era mejor no tocarlo.

–No fue mi intención…

–No quiero hablar de eso –le dijo levantándose de la cama–. Eso es todo. Voy a hacer café.

–Jacob. Espera…

–Ya te he dicho que no quiero hablar de eso, ¿de acuerdo? Venga, vístete.

Le parecía increíble que se hubiera podido sentir tan cerca de él y que, en cuestión de minutos, todo hubiera cambiado.

Agarró el edredón y se tapó hasta la barbilla. Estaba completamente desnuda. Y sentía que no era solo su cuerpo el que estaba desnudo, sino también su alma y su corazón. En menos de veinticuatro horas, ese hombre había conseguido que se sintiera muy vulnerable, algo que había tratado de evitar siempre.

Supuso que había gemido o hecho algún otro sonido sin ser consciente de ello porque Jake se volvió de repente hacia ella con gesto de preocupación.

–¡Maldita sea! –le dijo con suavidad–. Cariño, lo siento.

Addison sacudió la cabeza sin mirarlo.

–No, no te preocupes. Está bien, lo entiendo. Es que…

Jake maldijo entre dientes, volvió a la cama y la abrazó con fuerza.

–No es culpa tuya. Soy yo, cariño. Es que no hablo de ello, de lo que pasó. No hablo de ese tema con nadie.

–Lo entiendo –le dijo mientras asentía con la cabeza.

Jake estuvo a punto de echarse a reír. Le había dicho que lo entendía, pero era imposible. No había tenido que pasar por ello.

–Yo volaba Blackhawks –le dijo Jake–. ¿Sabes lo que son?

–Helicópteros, ¿no?

–Sí. Son enormes y transportan cualquier cosa que se necesite en el campo de batalla. Tanto tropas como material. Cualquier cosa –le contó con voz mucho más áspera–. También vuelan del campo de batalla a las bases. Se encargan de las evacuaciones médicas, de proporcionar cobertura y de tratar de salvar a hombres que están más cerca de la muerte que de la vida.

–Jacob, no sigas –susurró ella colocando los dedos suavemente sobre su boca–. No tienes que…

–A veces las cosas no salen bien. A veces tienes suerte y a veces, no.

Después de un tiempo, empiezas a llevar la cuenta de los que has podido salvar y los que no.

–Debe de ser horrible. No me imagino lo duro que es ver que mueren tus compañeros, no saber qué os va a pasar…

–Sí. Pero, como te he dicho, llevaba la cuenta. Y mientras el saldo fuera positivo, podía mantener la cordura –le dijo Jake deteniéndose unos segundos–. Pero entonces… –continuó en voz baja–. Entonces, un día...

Vio que se estremecía.

–No puedo hablar de ello. Déjalo estar.

–Como quieras –repuso ella.

Jake la miró fijamente y se quedaron unos segundos en silencio. Después, se acercó a ella y la abrazó con ternura.

Pasaron así mucho tiempo, hasta que se fue extinguiendo el fuego de la chimenea y solo quedaron ya las cenizas.

Oyó que Jake suspiraba.

–Lo que te he dicho es más de lo que le he dicho a nadie –le confesó en voz baja.

En realidad no le había contado apenas nada, pero lo entendía. Jake le había permitido ver más allá de sus heridas, le había dejado atisbar su dolor.

–Bueno… –comenzó Jake.

Le dio la impresión de que estaba tratando de cambiar de tema y aligerar la tensión.

–Es tarde y no hemos comido en todo el día –continuó él–. Así que te voy a confesar algo.

Se incorporó en la cama al oírlo y abrió mucho los ojos.

–¡Te conviertes en un hombre lobo a medianoche! –exclamó ella fingiendo terror.

Jake se echó a reír.

–Sé cocinar.

Addison se llevó la mano al pecho con dramatismo, como lo había hecho él antes.

–Me acabas de robar el corazón.

–Dime qué quieres de desayuno. Bueno, o comida o merienda. No sé qué tenemos que comer a estas horas –le dijo Jake–. Iré a la cocina y te lo prepararé.

–Me encantaría comer tortitas.

–¿No preferirías los famosos huevos revueltos con cebolla de Jake Wilde? ¿O el delicioso sándwich de queso frito del mismo chef? –le preguntó sonriendo–. Es que lo que quería confesarte es que sé cocinar, pero solo esas dos cosas.

No pudo evitar echarse a reír.

–Está bien, me toca –repuso ella–. Yo también te confesaré algo.

«Eres maravilloso», pensó.

Pero no podía confesarle lo que pensaba de él, le faltaba valor. Además, quería decirle algo que le hiciera reír.

–Mi verdadero nombre no es Addison.

–¿No? –repuso con el ceño fruncido–. ¿Entonces? ¿Cómo es que te lo has cambiado?

–Si te dijera cuál es mi verdadero nombre, entenderías por qué me lo cambié.

–¿Qué es eso de «si te dijera», McDowell? Se supone que ibas a confesarme algo.

–Mis labios están sellados.

–¿Ah, sí? –replicó Jake con una sonrisa muy masculina y sexy.

La empujó sobre la cama y la besó en la boca.

–Bueno, supongo que tendré que encontrar la manera de romper ese sello…

Se dejó llevar. No iba a protestar cuando Jake estaba besándola como lo hacía. Después, sonrió y rodeó su cuello con los brazos.

–Muy bien, ha funcionado. Acércate para que te pueda susurrar mi secreto al oído.

Estaba a punto de hacerlo cuando se puso seria. Nadie sabía su verdadero nombre y no entendía por qué había decidido decírselo a él.

–No tienes que decírmelo –le dijo Jake de repente–. He adivinado cuál es. Te llamas Rumpelstiltskin.

Sus palabras la deshicieron por completo y rio a carcajadas.

–Mi verdadero nombre es Adoré –le confesó entonces.

Pero Jake no se rio al oírlo.

–Adoré… –susurró mientras la abrazaba–. Es un nombre muy bonito, cariño. Casi tanto como tú.

–¿Eso crees? –le preguntó sonrojándose y sin poder ocultar una sonrisa.

–Lo que creo es que la comida puede esperar –respondió con picardía.

–¿Qué voy a hacer contigo, Jacob Wilde?

Jake bajó la cabeza y le lamió uno de sus pezones. La risa de Addison se convirtió en un gemido de placer.

–Si no se te ocurre nada, te daré algunas sugerencias –le susurró Jake.

Y eso fue exactamente lo que hizo.

Capítulo 9

ADDISON se quedó inmóvil en la cocina mirando el viejo reloj de la pared.

–¿Medianoche? –dijo–. ¡No pueden ser las doce de la noche!

Jake la miraba desde la puerta con los brazos cruzados, apoyado relajadamente en su marco.

No se cansaba de mirarla. Aunque llevaba una bata tan larga que le llegaba a los pies, no olvidaba lo que escondía debajo y solo podía pensar en volver a la cama con ella. Pero era tarde y los dos estaban muertos de hambre. Necesitaba comer algo para poder mantener su nivel de energía. La noche no había terminado todavía.

–¿Qué hora tienes tú? –le preguntó Addison.

–Son las doce de la noche.

–No lo entiendo, ¿cómo puede…? –comenzó sonrojándose.

Le encantaba que fuera así. Después de horas en sus brazos, se ruborizaba como una colegiala, pero transmitía a la vez fortaleza y seguridad. Esa mujer era un reto apasionante, el tipo de mujer con la que cualquier hombre querría tener un futuro.

Frunció el ceño. No entendía lo que le estaba pasando. Después de todo, sabía que solo se trataba de sexo y nada más.

–Tienes razón –le dijo él–. ¿Qué hemos hecho para que se nos pasaran tan rápidamente las horas?

Addison se sonrojó más aún. No pudo contenerse, fue hacia ella y la tomó en brazos.

–Pero o comemos algo o nos encontrarán muertos en el suelo de linóleo de esta vieja casa.

–No te gusta el linóleo, ¿verdad? –repuso ella sonriendo–. A mí tampoco. No he podido olvidar el suelo de la cocina de la casa donde crecí. Era de linóleo rosa. ¿Te lo imaginas? Todo era rosa. Las paredes, las alfombras, el baño… Pero me vengué. Ahora todo es blanco en mi piso de Nueva York.

–Eso explica cómo has redecorado el dormitorio del viejo Chambers –repuso él.

–No es del viejo Chambers, es mi dormitorio –le dijo Addison en voz baja.

–Es verdad, perdona. Tienes toda la razón. Es tu dormitorio… –susurró con picardía.

Addison rodeó el cuello de Jake con sus brazos. Podía sentir bajo

sus dedos el comienzo de una cicatriz. Quería besarla, pero sabía que a Jake no le iba a gustar. No habían vuelto a hablar del tema, pero le había quedado muy claro cuánto sufría. Su dolor no tenía nada que ver con esas cicatrices, estaba dentro de él y se sentía impotente. Le habría encantado poder ayudarlo, pero no sabía cómo hacerlo.

–Bueno, ¿qué te parece si comemos algo rápido para poder volver a esa habitación cuanto antes?

–Me parece una idea estupenda, capitán. ¿Qué te apetece?

Jake respondió con una sexy sonrisa y ella no pudo evitar sonrojarse de nuevo. La abrazó con más fuerza y la besó.

–Hablo en serio, Jacob.

–Yo también –repuso él besándola una vez más.

El beso se prolongó durante unos minutos. Después, se apartó de él y fue a la nevera.

–A ver… Tengo un poco de queso... –le comentó mientras miraba el interior del frigorífico.

–Estupendo, haré unos sándwiches de queso fritos.

Se dio la vuelta y lo miró atónita.

–¿Fritos? Es una broma, ¿no?

–No, se trata de una receta de la familia.

–No me lo creo.

–Bueno, está bien, es una receta de los Indómitos Wilde.

–¿Caleb, Travis y tú? ¿Sois los Indómitos Wilde? –preguntó riendo.

–Así nos llamaban en el pueblo. En cuanto a las recetas, ya sabes que en el sur nos gusta freírlo todo. Los sándwiches son la especialidad de Travis. La mía son los perritos calientes fritos.

–Me da miedo preguntarte por la receta de Caleb.

–Lo suyo es el postre. Él prepara los típicos sándwiches de chocolate y malvaviscos tostados al fuego. No los freímos después, pero los malvaviscos los tuesta hasta que quedan casi negros.

–La verdad es que nunca los he probado, ni quemados ni sin quemar.

–¿Qué? ¿Nunca te sentaste con tu familia alrededor del fuego para tostar malvaviscos?

–No.

–Pues me temo que te has perdido mucho, cariño.

–Charlie solía decirme lo mismo.

Sabía que mencionar ese nombre iba a ser un punto de inflexión, pero necesitaba saber qué pensaba Jake de Charlie y lo que la gente rumoreaba sobre ellos dos.

–Charlie… –repitió Jake.

Su tono no le dejó claro si sentía curiosidad por saber por qué un millonario le había dejado un enorme rancho en Texas o si había algo más. Podían ser celos, pero no lo creía posible.

–¿Así es como lo llamabas? ¿Charlie?
Addison cerró la puerta de la nevera y se volvió hacia él.
–Charles Hilton –dijo ella con cautela, pero con una mirada desafiante.
Jake se dio cuenta de que estaba hablando como un hombre celoso y sabía que no tenía derecho a sentirse así.
–Era mi amigo. Ya te lo había dicho, ¿no lo recuerdas?
–Sí, sí. No quería decir que…
–No tienes que hacerlo. Te he entendido perfectamente –repuso ella con frialdad.
–Addison, cariño. No estás siendo justa. Solo quería decir…
Frunció el ceño. No entendía lo que le estaba pasando ni por qué se estaba justificando. Solo hacía dos días que la conocía, pero tenía que ser sincero consigo mismo, necesitaba saber si Addison aún sentía algo por ese hombre.
–Solo quería saber si lo querías, si…
–¿No me has oído? Era mi amigo. Dios mío, Jake, eres como todos los demás. Te limitas a creer lo que quieres creer y…
Jake maldijo entre dientes, la tomó entre sus brazos y la besó. Pero esa vez no fue un beso suave ni tierno, sino uno exigente y posesivo. Pero al mismo tiempo tan dulce que ella no tardó en responder de la misma manera. Sus labios se separaron y sus lenguas se encontraron, haciendo que el beso se hiciera cada vez más profundo y erótico. Addison rodeó su cuello con los brazos, totalmente entregada a él y a las sensaciones.
–Lo siento, Adoré –le dijo–. Te creo. E incluso si tu relación hubiera sido distinta…
–Lo quería, pero como a un padre. Y él me quería como a una hija –lo interrumpió ella.
–Me alegro. Porque no soportaría la idea de que su fantasma te pudiera visitar en esta casa.
Se quedaron en silencio unos segundos y Addison se echó a reír.
–Jacob, eso ni siquiera tiene sentido.
Pero para él sí lo tenía. Le parecía increíble que la hubiera conocido solo el día anterior. Sabía que no tenía ningún derecho sobre ella. De hecho, no quería tenerlo. Ni sobre ella ni sobre ninguna otra persona.
–Supongo que tienes razón –le dijo para cambiar de tema–. ¿Cómo era?
–Te habría gustado. Era un hombre con los pies en la tierra.
–¿Era tu jefe?
–No, un compañero y un abogado excelente. Nunca podré estar a su altura.
–No seas modesta, seguro que eres muy buena.
Addison le sonrió.

–Si lo soy, se lo debo a Charlie. Fue mi mentor y solía decirle que era también mi héroe.

–Los héroes no existen –le dijo él–. Solo en los cuentos.

–Tú eres un héroe –repuso Addison acariciando su cara.

–No, en absoluto. Me limité a hacer lo que me ordenaban.

–Bueno, a veces en eso consiste el heroísmo.

–Eso no es así.

–No estoy de acuerdo –le dijo Addison con algo de incertidumbre–. Mi padre era bombero.

–Bueno, en ese caso está claro. Los bomberos sí son héroes.

–Murió durante un incendio cuando solo tenía seis años. Era muy valiente. Lo quería mucho –le dijo Addison con emoción–. Era un héroe. Pero tú también. Has salvado vidas, Jake.

No pudo evitar que se tensara todo su cuerpo.

–Deberías saber mejor que nadie que uno no debería creerse todo lo que dice la gente.

–Pero Jacob…

Se apartó de ella y fue al frigorífico.

–Vamos a comer algo –le dijo.

Addison no podía ver la cara de Jake, pero podía imaginar su gesto. Se dio cuenta de que había dicho algo que había conseguido hacerle daño. Y ese hombre le importaba demasiado como para presionarlo con más preguntas.

–Es verdad –le dijo con más energía mientras iba también a la nevera–. A ver... Tengo yogur, requesón, pan integral, tomates, algo de tofu...

Le extrañó que no dijera nada. Suponía que ni siquiera la estaba escuchando.

–Vamos a preparar el tofu –siguió ella alegremente–. Lo podemos mezclar con muesli y preparar también tostadas integrales con requesón…

Jake la agarró y la hizo girar hacia él.

–Perfecto, los grupos de alimentos básicos para una perfecta nutrición –repuso él.

Ya no estaba tenso ni serio. Le pareció que asomaba una sonrisa en sus labios. Sabía que no había nada como nombrar el tofu para que un hombre reaccionara.

–Te invito a cenar –le dijo de repente Jake con una sonrisa de verdad–. A cenar, desayunar o lo que sea.

–¿A estas horas? Si estamos en medio de la nada…

–No me mires así, Adoré. ¿Acaso crees que Wilde’s Crossing no está a la altura de Nueva York?

Se echó a reír y Jake también lo hizo.

–¿No me crees? ¿Quieres que nos apostemos algo? –le preguntó él.

–De acuerdo, cincuenta céntimos. Pero no vale que me lleves a un McDonald's ni nada parecido.

–¿Cincuenta céntimos? Eso no es serio –repitió riendo Jake–. Preferiría subir la apuesta para que sea más interesante. Si gano, cambiamos el requesón por nata montada.

–¿Para tomar con el muesli? –le preguntó ella como si no entendiera–. No sé...

–No, para tomar con tu cuerpo –repuso Jake con deseo en su voz–. Sobre tu boca, tu pecho, tus muslos…

Addison se puso de puntillas y le dio un rápido beso en los labios.

–Trato hecho –susurró–. Pero solo si dejas un poco de nata montada para que use contigo.

Jake no pudo ahogar un gemido. Pero, antes de que pudiera empujarla contra la nevera y demostrarle que no necesitan nada ni nada más, Addison se apartó de él y salió de la cocina, contoneando las caderas a propósito para provocarlo.

Se rio al verlo, pero se quedó serio de repente. Lo llenó una sensación que no había tenido nunca. La deseaba más que a nadie, pero quería más. Algo más que estar en su cama. Quería a esa mujer en su corazón y en su vida...

Sabía que no tenía derecho a pensar de ese modo, que no era posible, pero…

–Vamos, ponte la camisa –le dijo Addison desde la puerta–. ¿Qué te pasa? –añadió al verlo serio.

–Nada.

–¿Seguro? Puedo prepararte unos huevos revueltos si no te apetece…

No tardó ni dos segundos en ir hacia ella, tomarla en sus brazos y besarla apasionadamente. Fue un beso tan profundo e intenso que Addison dejó caer al suelo el jersey que había estado sujetando en su mano para poder agarrarse a él.

Tenía la sensación de que Jake no estaba bien. Le pasaba algo y esperaba que le contara por qué estaba así para que ella pudiera ayudarlo.

Y quería ayudarlo porque acababa de darse cuenta de que se estaba enamorando de él.

Cuando fue a ponerse la camisa para salir, Jake recordó que no podía hacerlo.

–No tiene botones –le dijo como si estuviera enfadado–. Si me ven en el pueblo con una camisa sin botones, sabrán que me los arrancaste tú.

Addison no pudo evitar sonrojarse al oír sus palabras.

Afortunadamente, encontraron en un armario la ropa que había usado Jake durante sus veranos trabajando en el rancho de Chambers. Había un par de camisas que no estaban mal y se puso una azul. Le quedaba algo pequeña, pero eso no era un problema.

Lo que le preocupaba de verdad era entender qué le estaba pasando a él.

Se metieron en el coche y condujo por los caminos como un poseso. Siempre conducía rápido, pero esa noche necesitaba esa sensación de velocidad para olvidar lo que le había pasado en la cocina. Habían estado riendo y bromeando tranquilamente cuando, de repente, sintió que quería más con ella, que el sexo, aunque fantástico, no era suficiente.

Miró a Addison de reojo. No sabía por qué, pero esa mujer le había hecho recordar muchas cosas durante las horas que había pasado con ella, como cuando no pudo evitar regresar a aquella fatídica noche, cuando perdió a esos hombres.

«¿Hombres? No eran hombres. Solo chicos de dieciocho, veinte años», se dijo con angustia. Creía que habían muerto porque él había llegado demasiado tarde. No podía pensar en otra cosa.

–¿Jacob? –susurró Addison tocándole el brazo.

Su voz y el contacto lo devolvieron a la realidad y recordó dónde estaba. Y con quién estaba.

Addison era una mujer que no sabía nada de él, pero alguien que lo veía como un héroe.

–Jacob, vas muy rápido.

Miró el velocímetro y redujo hasta una velocidad razonable.

–¿Te pasa algo? –le preguntó ella.

–No –replicó rápidamente–. Estoy bien.

Quería decírselo, le habría encantado aliviar con ella su conciencia, confesarle que no merecía las medallas ni los elogios. Pero no podía hacerlo. No quería arriesgarse a que Addison lo mirara como se miraba él en el espejo cada mañana, con decepción e incluso con asco.

No tardaron en llegar a Angie, el restaurante al que tantas veces había ido, el que siempre había estado abierto, de día y de noche. Aparcó frente a él y apagó el motor.

–¿Ves? ¿Qué te dije? Angie no está cerrado. Pero no vas a encontrar tofu en su carta.

Vio que Addison lo miraba con una pregunta en sus ojos de plata. La abrazó con ternura.

–Deja de preocuparte por mí –le dijo en voz baja–. Estoy bien.

Pero se dio cuenta de que ella no le creía. Podía verlo en su cara.

–Cariño, solo necesito lo que me has dado, de verdad –susurró con emoción en su voz–. Este día. Esta noche. Y, más que nada, te necesito a ti.

Era la verdad. No sabía qué implicaciones tendría lo que acababa de decirle, pero era la verdad. Y le asustaba más de lo que le había asustado nunca nada.

Capítulo 10

ERA un restaurante cálido y lleno de luz. Y estaba tan lleno como lo habría estado a esas horas cualquier local en Times Square.

Una mujer regordeta levantó la vista al oírlos entrar. Sus ojos se abrieron mucho y fue corriendo hacia Jake con un grito de alegría. Él la levantó del suelo y dio una vuelta con ella como si no pesara nada.

Después, Jake hizo las presentaciones y Angie miró a Addison de arriba abajo. Luego, asintió con un gesto de aprobación y los acompañó a una de las mesas.

–No necesito ver la carta, Angie. He estado soñando con uno de tus desayunos durante meses –le dijo Jake a la mujer–. Huevos fritos con beicon, patatas fritas, gachas y mucho café.

–¿Y usted, señorita? ¿Quiere lo mismo?

–No está en la carta, pero ¿podría servirme un huevo escalfado sobre una tostada integral? La tostada sin mantequilla, por favor.

–¿Y? –le preguntó la camarera.

–Eso es todo. Bueno, también café. Con sacarina, por favor.

–Muy bien –repuso Angie–. Un desayuno normal para Jake y, para la señorita, un huevo escalfado, una tostada y gachas.

–No, no quiero gachas, gracias.

–Y gachas –repitió Angie alejándose de su mesa.

–No. Espere, no quiero…

–No te molestes, Adoré –le dijo Jake con paciencia–. Esto es el sur de Estados Unidos y por aquí servimos gachas para acompañar cualquier cosa. No como hacen en el norte.

–Lo dices como si fuéramos unos bárbaros, Jake. ¿Tengo que recordarte que yo también soy del norte?

–Sí. Estoy intentando olvidarlo –le dijo él.

Fingiendo sentirse muy ofendida, le sacó la lengua.

–¿Estás tratando de provocarme? –le preguntó Jake bajando la voz.

–¿Está funcionando? –repuso ella sonriendo.

–¿Quieres averiguarlo? –le dijo Jake agarrando su mano.

–¡Jake, compórtate! –le regañó ella.

–Lo haré si tú te comes tus gachas. ¿Quién sabe? A lo mejor te gustan.

–Confía en mí, capitán,…

–Teniente –la corrigió Jake dejando de sonreír.

–¡Ah, pensé que…!

–Me dieron esa promoción de capitán automáticamente, con la medalla…

Vio que se quedaba muy serio. Quería preguntarle qué le pasaba, pero no quería presionarlo.

–Fui teniente durante mucho tiempo. Así me llamaban mis hombres y es así como me siento por dentro, ¿lo entiendes? A eso me refiero.

–Supongo que te alegrará estar de vuelta –le dijo ella.

–Por un lado, sí. Por otro, no –repuso Jake entrelazando los dedos con los de ella.

–No es fácil volver a casa después de todo lo que has visto, ¿verdad?

–No. Descubrí que el mundo no tenía nada que ver con lo que me había imaginado que era.

–Eso nos pasa a todos hasta que somos adultos, ¿no?

Jake sabía que Addison tenía razón, pero para él había sido algo mucho más profundo. Después de criarse oyendo historias de héroes y guerreros, había sido muy duro ver la realidad.

–Supongo que sí –le dijo él para cambiar de tema–. Háblame de tu padre. Sería muy duro para ti y para tu madre.

–Fue horrible. Lo quería tanto… Él me entendía. No me gustaban las muñecas y esas cosas, sino los libros y las ciencias –le contó Addison con tristeza en sus ojos–. Siempre me dijo que debía ser fuerte e independiente para poder llegar a ser lo que quisiera.

–Un buen consejo –le dijo en voz baja–. Parece que era un buen hombre.

–Sí, lo era. Murió cuando entró en una casa en llamas para salvar a un niño pequeño que se había quedado atrapado. Por desgracia, el techo se derrumbó sobre los dos.

–Lo siento mucho, cariño. No debería haberte…

–Recuerdo que la madre del niño vino a vernos para decirnos que el heroísmo de mi padre había significado mucho para ella. Aunque había perdido a su hijo –continuó Addison–. Pasó lo mismo con los policías y bomberos que murieron en los atentados de Nueva York. Murieron como unos héroes.

Sabía que tenía razón. Estaba de acuerdo. Eran hombres que habían hecho lo que tenían que hacer a pesar de las circunstancias. Pero creía que, si un hombre quería hacer lo que tenía que hacer y después no lo hacía, no podía ser considerado un héroe.

–Todo cambio tras su muerte. Mi madre no pudo superarlo y las cosas fueron de mal en peor. Perdimos la casa y mi madre cambió por completo –le dijo en voz baja–. Mi padre fue un héroe, pero yo habría preferido que hubiera vuelto a casa con nosotras, ¿me entiendes?

La entendía perfectamente. Creía que el heroísmo era algo que solo veían los demás, lo importante era volver a casa. Lo había sabido desde el principio, pero no había podido conseguir que sus hombres lo

lograran.

–Aquí está todo –anunció Angie poniendo dos enormes platos de comida frente a ellos.

Addison miró el suyo. Tenía dos huevos fritos, beicon, salchichas, pan blanco y gachas.

–La cocinera me ha dicho que no sabe escalfar los huevos –le explicó Angie–. Y resulta que no nos queda pan integral, pero no le he puesto patatas fritas. Me imaginé que sería una de esas locas de la comida saludable o algo así.

–Algo así –susurró Addison sin dejar de mirar la comida.

–Pruebe las gachas, señorita, le ayudarán a poner un poco de carne en sus huesos. A los texanos les gustan que sus mujeres tengan donde agarrar. ¿Verdad, Jake?

–Verdad –repuso él conteniendo la risa.

Cuando volvieron a quedarse solos, Addison lo fulminó con la mirada, pero Jake era la viva imagen de la inocencia.

Se quedaron así unos segundos. Después, encantada con la mirada desafiante que le estaba dedicando su amante, pensó que le merecía la pena engordar un par de kilos y darle la satisfacción de ver que probaba las famosas gachas.

–Vas a pagar por esto, Jacob Wilde –le dijo mientras se llevaba el tenedor a la boca.

–Eso espero –repuso Jake levantando las cejas.

Lo miró amenazadoramente, pero no pudo aguantarse y se echó a reír.

–Yo también –le confesó ella.

Fue en ese momento cuando Jake se dio cuenta de que a pesar de todo, a pesar de la cruda realidad de su vida, esa inteligente, sexy y sofisticada abogada que había conseguido tanto a pesar de su dura infancia, empezaba a importarle más de lo que quería admitir.

Era algo que le asustaba mucho, pero no podía dejar de sentirlo.

Volvieron a casa con las ventanillas bajadas y la radio puesta. Jake iba cantando y ella tarareaba un tema de música country. Era la primera vez que escuchaba ese tipo de música, pero le gustó. Las letras eran honestas y reales. Como Jacob, un hombre que había nacido entre algodones, pero que no presumía de ello. Un guerrero que podía llegar a ser muy tierno.

Pero tenía también un lado oscuro que no mantenía escondido, un lado que tenía que ver con lo que había vivido en la guerra.

Travis y Caleb apenas le habían hablado de lo que le había pasado, solo le habían dicho que no se consideraba un héroe. Había creído que era modestia, pero empezaba a ver que era algo más.

–Addison.

Se volvió hacia él al oír su voz.

Había estado tan absorta en sus pensamientos que no se había dado cuenta de que ya habían llegado al rancho y Jake había apagado el motor del coche. Sintió que se le hinchaba el corazón al ver cómo la miraba.

–Mi Adoré –susurró en voz baja.

Dejó de pensar y se fue directa a sus brazos.

Jake se despertó al sentir que la luz rosada del amanecer comenzaba a llenar el dormitorio. Vio que Addison estaba acurrucada contra él y profundamente dormida. Se quedó ensimismado observando su belleza, su honestidad, su esencia. Nunca había conocido a una mujer como ella.

Era directa, no jugaba con él ni trataba de adularlo. Sabía que él le hacía feliz y sentía lo mismo con ella. No había esperado volver a sentirse así.

Besó suavemente su hombro desnudo. Después se levantó sin hacer ruido, se puso los pantalones e hizo una mueca al darse cuenta de que, aunque se habían duchado un par de veces, no se había cambiado de ropa desde que llegara a su casa el…

Levantó las cejas sorprendido. Había perdido la noción del tiempo. No sabía si era domingo o lunes. Pero eso no era importante.

Addison le había dicho que se iba al final de esa semana, pero prefería no pensar en eso.

Tampoco se le olvidaba que su familia podía estar preocupada, preguntándose dónde estaría.

Salió al porche, sacó el teléfono móvil y marcó el número de El Sueño. Era temprano, pero supuso que Lissa, que era muy madrugadora, ya estaría en pie. Y no se equivocó.

–Hola –le dijo a su hermana–. Soy yo. Solo quería deciros que sigo vivo.

–Bueno, eso ya lo imaginábamos. De otro modo, nos habrían llamado del hospital o de la comisaría.

–Lissa, lo siento.

–No pasa nada. Eres un adulto, Jake. No esperábamos que nos llamaras para decirnos dónde estabas. Dices que estás bien, pero está claro que no lo suficiente como para quedarte aquí, que es tu casa.

Suspiró al oírla. Sabía que lo merecía, pero no estaba de humor para esa conversación.

–¿Están Travis o Caleb por ahí? –le preguntó Jake.

–Travis ha ido a Dallas y Caleb tenía una reunión en Austin. Emma y Jaimie tampoco están, volaron de regreso a Nueva York. Y yo me

voy de aquí dentro de media hora.

Jake se pasó una mano por el pelo.

–¿Nadie se ha quedado a esperarme?

–Te hemos estado esperando durante casi dos años, Jake. Te queremos, pero...

–Sí, lo sé.

–¿Seguro? –le preguntó su hermana.

Se quedó en silencio y fue Lissa la que volvió a hablar.

–Llamó el general. Dijo que le habría gustado estar aquí para verte.

–Sí, eso ya lo he escuchado antes.

–Como todos los demás, Jake –repuso Lissa suspirando–. Pero me dio la impresión de que esta vez lo decía en serio.

–Ya, pero lo conoces tan bien como yo –le dijo Jake con frialdad.

–Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Estás decidido a irte?

Se quedó en silencio y pensó en Addison, durmiendo en el dormitorio.

–No tengo nada decidido.

–Bueno, llámanos de vez en cuando para contarnos, ¿de acuerdo? Y, Jake, aunque te has portado como un idiota, te quiero y eres mi hermano favorito.

Sabía que solo trataba de hacerle reír y le dio esa satisfacción a su hermana.

–Lo siento, Lissa, pero no nos engañas. Descubrimos que nos lo decías a todos hace años.

–Me lo temía –repuso riendo–. Pero te prometo que, cuando se lo digo a uno de mis hermanos, se lo digo en serio. Ven a verme a California, ¿de acuerdo?

–Por supuesto. Mi hermana, la chef de las estrellas.

–En realidad, solo soy la tonta que tiene que limpiar el desastre que deja el chef de las estrellas.

Se rieron a la vez y se despidieron cariñosamente. Después, guardó de nuevo su teléfono.

Se dio cuenta de que no le había preguntado a Lissa qué iba a pasar con El Sueño. No sabía quién iba a dirigirlo si no lo hacía él. No era una pequeña granja familiar, sino un enorme rancho que necesitaba a alguien que supiera de caballos, de cultivos, de minas, de pozos de petróleo... La lista era interminable.

El Sueño siempre había estado bien dirigido, pero él siempre había tenido muchas ideas para mejorar las cosas, hacerlo más productivo y expandirse. Sabía que esa era su oportunidad.

Y eso también le daría un motivo para quedarse en Wilde's Crossing y ver qué pasaba con la relación que había iniciado con Addison, si podía considerarse siquiera como tal.

Sabía que era una locura, que no podían tener futuro, que era

imposible.

Creía que no podía tener una relación normal con nadie.

Pero una voz en su interior le hizo creer que quizás no estuviera ya tan mal como había pensado. Para empezar, estaba contemplando la idea de quedarse allí y trabajar en El Sueño.

Pero no sabía qué podía decirle. Se imaginó a sí mismo pidiéndole que se quedara allí, que no volviera a Nueva York, diciéndole que no sabía qué podía ofrecerle ni sabía qué iba a pasar al día siguiente, pero que no soportaba la idea de vivir sin ella.

Se dio cuenta de que no podía hacerlo, no tenía sentido y lo único que tenía claro en su vida era que no tenía nada claro. A veces sentía que ya ni siquiera se conocía él mismo.

Recordó entonces que durante esos dos últimos días no había tenido la pesadilla que siempre tenía, pero no sabía qué significaba eso. Estaba seguro de que, tarde o temprano, volvería a tenerla, siempre lo hacía.

No podía librarse del helicóptero Blackhawk volando entre las montañas. Tampoco de las llamas, la explosión, el humo y los gritos de sus hombres en la distancia. Y todo porque él no había estado donde sabía que debería haber estado.

Sintió que lo rodeaban desde atrás unos brazos y se dio la vuelta con los puños apretados, listo para atacar. Pero se encontró con el rostro sorprendido y pálido de Addison.

–Lo siento, Jacob. No era mi intención asustarte...

–No, no. Perdóname tú. No sé por qué…

Pero sí lo sabía. Las pesadillas, ese tipo de reacciones tan violentas y los cambios de humor se habían convertido en parte de él. Se quedó mirándola y se dio cuenta de que su Adoré se merecía a un hombre mejor, no podía ser él.

Pero, aun así, abrió los brazos y suspiró aliviado cuando fue hacia él. La atrajo hacia su torso y hundió la cara en su pelo. Cuando Addison levantó la cara hacia él, la besó y la besó hasta que nada más importaba en el mundo, solo ellos dos.

Poco a poco, el humor de Jake fue mejorando y fueron juntos hasta el pueblo. Durante el trayecto, Addison estaba algo inquieta. Sabía que la gente iba a reconocer el coche de Jake.

Y así fue. Un par de vecinos se quedaron mirándolos mientras aparcaban frente al supermercado. Para colmo de males, Jake la abrazó en cuanto salió del coche y no la soltó hasta entrar en la tienda.

–¡Jacob! –exclamó avergonzada–. ¿Qué va a decir la gente?

–Me da igual –respondió él.

Volvió a abrazarla cuando estaban en el supermercado y le dio un beso en la punta de la nariz.

Alguien aplaudió y ella no pudo evitar sonrojarse. Pero se dio cuenta de que Jake tenía razón. No debía importarle lo que dijera la gente, estaba decidida a dejar de preocuparse por eso.

Pero no era así como había crecido. Tras la muerte de su padre, su madre perdió la cabeza y su casa prefabricada de color rosa era el hazmerreír de la barriada. Creció deseando que nadie hablara de ellas y poder pasar siempre desapercibida. De hecho, cuando se fue de casa para ir a la universidad, solo volvió para asistir al funeral de su madre. Y entonces, nadie la había reconocido. Había aprendido a no destacar, a ser una más.

Ese anonimato había sido su armadura, hasta que conoció a Charlie y la gente comenzó a chismorrear. Pero lo había soportado todo porque ese hombre había sido muy importante para ella.

Sabía que la gente de Wilde's Crossing iba a hablar de ella y de Jake, su amante.

No pudo evitar estremecerse.

–¿Qué te pasa, cariño? –le preguntó Jake con ternura.

–Nada –mintió ella concentrándose en una lechuga como si le fuera la vida en ello.

No confiaba en sí misma ni en lo que pudiera llegar a decirle si la presionaba. Acababa de darse cuenta de que ese hombre no era solo su amante.

De manera inesperada, se había convertido en su amor.

Compraron bistecs, ingredientes para una ensalada, pan, queso y vino. Después, fueron a una tienda de ropa donde Jake se compró unos pantalones vaqueros y camisas para poder cambiarse.

Y, aunque Addison protestó, le compró un par de botas vaqueras.

–Es la ley –le dijo solemnemente Jake–. Al menos en Texas. Si eres dueño de un rancho, tienes que tener al menos un par de botas.

Ya era media tarde cuando regresaron al rancho. Jake pensaba aprovechar para echar un vistazo a la propiedad antes de que anocheciera. Le sugirió a Addison que recorrieran el rancho a caballo y ella le dijo que sabía montar, pero, cuando llegaron a las cuadras, vio que miraba los caballos con terror.

–¿Seguro que sabes montar? –le preguntó con escepticismo.

–Ya te he dicho que sí.

–¿Cuándo fue la última vez que te subiste a un caballo?

Addison se mordió el labio y él estuvo a punto de olvidarse por completo de los caballos.

–Bueno, ya hace algún tiempo de eso –repuso encogiéndose de

hombros–. Un par de años…

–¿Seguro?

Addison levantó la cabeza y lo miró desafiante.

–Hubo una feria en el pueblo un verano que ofrecía paseos en poni y…

No necesitó oír más. No sabía montar. Sonrió y le prometió que algún día le enseñaría a hacerlo.

Addison también sonrió. Era la primera vez que uno de los dos mencionaba la posibilidad de un futuro compartido.

El viejo Chambers tenía una vieja camioneta y Jake le echó un vistazo, llenó el depósito y, después de arreglar un par de cosas, consiguió ponerla en marcha.

Pasaron un par de horas conduciendo y examinando el rancho. No podía dejar de mirar a Addison, estaba encantada con las vistas, con los ciervos que les observaban desde lejos, con las flores silvestres, con el arroyo…

Jake fue tomando nota de todo lo que había que hacer. Había que reparar vallas, allanar caminos, mejorar cultivos y muchas cosas más.

Estaba en mal estado, pero esas tierras escondían todo tipo de promesas. Siempre y cuando se ocupara de ellas un hombre que supiera lo que había que hacer.

Un hombre como él...

Sabía que era una locura, ni siquiera había decidido aún si quería quedarse en Wilde's Crossing, pero se sintió tan bien allí con su Adoré...

Jake detuvo la vieja camioneta, dio un giro de ciento ochenta grados y se dirigió a la casa.

–¿Volvemos ya? –le preguntó Addison.

Él se limitó a asentir con la cabeza.

–Te necesito –le dijo después.

Y supo que nunca había sido tan sincero. Porque, era verdad, la necesitaba y sentía paz en su corazón cuando estaba con ella.

Quería estar así siempre.

Hicieron el amor en cuanto llegaron a la casa y después se ducharon juntos.

Addison se quedó en el baño unos minutos más, secándose el pelo. Cuando regresó a la habitación, Jake ya se había puesto sus pantalones vaqueros nuevos y una de las camisas que habían comprado en el pueblo.

Se volvió hacia ella sonriendo y vio entonces que no se había puesto el parche.

Era la primera vez que lo veía sin él. No se lo había quitado ni en la

cama ni en la ducha. Era parte de él, Addison casi se había olvidado de que existía. Y lo mismo debía de haberle pasado a él. Se quedó inmóvil al ver su reflejo en el espejo del tocador.

Maldijo entre dientes y se cubrió con la mano la cuenca del ojo. Fue corriendo a su lado y le agarró la muñeca con una fuerza que le sorprendió a ella misma.

–¡No! ¡No te atrevas! –le dijo entre dientes–. ¿Me oyes, Jacob? ¡No te atrevas a disculparte, a taparte el ojo o a hacer cualquier otra cosa! Limítate a mirarme y escuchar. No importa. Es tu ojo y son tus heridas –añadió tomando la mano de Jake entre las suyas–. Nada de eso importa, solo importas tú, que conseguiste sobrevivir y volver a casa, y solo importa que yo… Que yo…

Addison no pudo terminar de hablar, estaba llorando. Y Jake tardó algún tiempo en darse cuenta de que él también estaba llorando.

Capítulo 11

ADDISON hizo café y lo sacaron al porche trasero.

Ella se sentó en un viejo sillón de mimbre y él en un sofá igual de viejo. Hablaron durante unos minutos del rancho y de la bella puesta de sol. Después, Jake se aclaró la garganta.

–Adoré –comenzó con aparente nerviosismo–, tengo que hablar contigo.

Ella sintió que se le detenía el corazón durante un segundo.

–Puedes hablar conmigo de lo que quieras, Jacob –le dijo en voz baja.

–Ven y siéntate a mi lado –le pidió él mientras le tendía la mano.

La aceptó y se sentó en el sofá.

–Quiero dejar algunas cosas claras –le dijo Jake–. No soy ningún héroe.

Ella se mordió el labio. Decidió guardar silencio hasta que terminara de hablarle.

–Como te dije, era piloto de un helicóptero Blackhawk. Son aparatos grandes y sólidos. Pueden enfrentarse a cualquier cosa. Mis hombres eran iguales. Eran un gran grupo de chicos.

Se quedó sin aliento al ver que utilizaba el pasado para hablar de ellos.

–Nuestro trabajo era a veces peligroso y a veces aburrido. Ese tipo de trabajo es así.

–Y algunas veces sería además aterrador.

–Sí –reconoció Jake–. Solo un tonto no tendría miedo, Adoré, pero aprendes a no pensar en ello, solo en tu misión. Nos limitamos a obedecer órdenes, entrar y salir rápidamente. Pero un día… Algo salió mal –añadió en voz baja mientras dejaba la taza y se levantaba para quedarse mirando absorto el atardecer.

–Salió un escuadrón a patrullar. Era algo rutinario. Regresaban al campamento cuando un anciano les dijo que unos importantes líderes de Al-Qaeda se habían refugiado en un pueblo a seis kilómetros de distancia. Informaron a los superiores, pero, si esperaban a los refuerzos, se arriesgaban a perder el objetivo.

–Así que fueron ellos mismos –adivinó ella.

Jake asintió con la cabeza.

–Y se metieron de lleno en lo que era una emboscada –susurró Jake–. Los atacaron en un estrecho paso de montaña. Los

destrozaron…

Addison también se puso de pie.

–Jake, no tienes que…

–Sí, tengo que hacerlo. Necesitas saberlo. O puede que sea yo el que necesite decírtelo. De un modo u otro, ha llegado el momento de hablar de ello.

Quería abrazarlo, pero se limitó a poner la mano en su brazo.

–Fuimos hasta allí para tratar de rescatarlos. Se llama así la operación, pero normalmente los encontramos ya muertos o moribundos –le dijo Jake–. Sacamos de allí a los heridos y a los ilesos. También transportamos hasta el campamento a los muertos. Los sacamos a todos. Eso era al menos lo que creímos –añadió frotándose la nuca–. Pero al llegar al campamento nos enteramos de que habíamos dejado dos hombres allí –susurró mirándola a los ojos–. No se puede dejar a tus hombres en esa situación. Ni siquiera a los muertos. Así que teníamos que volver. Yo lo sabía y mi equipo también lo sabía. Todos estábamos de acuerdo.

–¿No podría haber ido otro Blackhawk?

–No había otro. Solo podíamos hacerlo nosotros, pero el maldito coronel que estaba a cargo no quería darnos la orden.

–Tendría sus razones –repuso ella–. No querría arriesgar más vidas…

–No le importaban nada las vidas. Era el hijo de un congresista y acababa de llegar. Un error administrativo hizo que llegara al campamento un par de días antes, cuando lo más adecuado para él habría sido un despacho en otro país.

–Entonces, ¿no tenía experiencia?

–No tenía agallas. Su padre estaba tratando de que se aprobara una ley en el congreso para reducir costes. Los helicópteros Blackhawks cuestan una fortuna y ese imbécil tenía miedo de hacer algo que molestara a su padre. Así que se limitó a perder el tiempo cuando tiempo era precisamente lo que no teníamos.

–Así que decidiste ir de todos modos, ¿no? –susurró ella.

–Discutí con él, le grité e incluso llegué a amenazarlo. Juré que lo mataría si no daba la orden –le dijo con una fría sonrisa–. Así que al final dio la orden, pero habíamos perdido demasiado tiempo. Los terroristas ya se habían encargado de los hombres a los que tratábamos de rescatar. Pudimos ver sus cuerpos mutilados desde el helicóptero y tenían artillería pesada para atacarnos.

–¡Dios mío, Jacob!

–Derrumbaron el aparato y mataron a mi tripulación –continuó en una voz apenas audible–. Y yo los maté a ellos. A todos ellos…

Su voz se quebró y Addison se puso delante de él para que la mirara a los ojos.

–¿Cómo puedes culparte por lo que pasó? Hiciste todo lo que pudiste o incluso más.

–Debería haber ignorado las órdenes del coronel y haber vuelto a por ellos.

–Y lo hiciste. Conseguiste al final que el coronel hiciera algo.

–Demasiado tarde. Después, me dieron un ascenso que no quería y una medalla que no merecía.

–¿Y qué pasó con el coronel?

–Él también consiguió una medalla y un ascenso. Ahora trabaja para el Pentágono. Aprovecha cualquier ocasión para salir en los medios y presumir de lo que hizo. Me saca de quicio verlo…

Addison tomó las manos de Jake entre las suyas.

–Para mi padre habría sido un orgullo conocerte y darte la mano –le dijo ella en voz baja–. Habría estado tan orgulloso de ti como lo estoy yo.

Jake se acercó más a ella y la rodeó con sus brazos.

Jake no entendía cómo había podido tener tanta suerte. Era un milagro.

Hasta hacía unos días, había sido un hombre deprimido y enfadado con el mundo, atormentado por los recuerdos que lo habían estado destruyendo. Pero Addison lo había cambiado todo.

Se despertaba con ella en brazos y se quedaba dormido de la misma manera. Y estaba consiguiendo dormir toda la noche. No había vuelto a tener esa terrible pesadilla.

Durante casi dos años, todo el mundo le había dicho que tenía que hacer frente a lo que le había pasado y curar las heridas que tenía dentro. Le habían aconsejado que lo viera un psiquiatra y que acudiera a un grupo de apoyo. Le habían dicho que le convenía hablar de ello.

Y por fin lo había hecho. Había vaciado su alma y dejado que Addison, su Adoré, viera la fealdad que había en su interior. Pero le había sorprendido su reacción. Después de contárselo, le había dicho que para ella había sido un orgullo conocerlo.

La quería. La amaba con todo su corazón.

No se lo había dicho, aún no. Tenía que reconocer que le daba miedo decirle que la quería, que deseaba pasar su vida con ella. Temía que ella lo rechazara o que sus sentimientos no fueran más allá de la amistad y de la atracción sexual.

No podía siquiera pensar en ello.

Decidió que tenía que salir de allí y llevarla a algún lugar romántico.

Se dio cuenta entonces de que conocía el lugar perfecto.

Jake le dijo que iban a salir a cenar.

–¿En serio?

–Sí –repuso él dándole un beso en la nariz–. Ponte algo elegante. Por ejemplo, ese vestido negro que llevabas cuando te conocí. Y los mismos zapatos.

–Te gustan esos zapatos, ¿eh? –le preguntó Addison con picardía.

–Lo bastante como para ir a buscar el que perdiste esa primera noche.

Addison se echó a reír.

–Muy bien. Entendido. Vestido de seda negro y tacones de aguja. Dame media hora.

–Tienes veinte minutos –repuso él mientras le daba un azote en el trasero cuando pasaba a su lado para subir las escaleras.

El corazón le galopaba en el pecho. Sabía que tenía que tranquilizarse o no iba a poder sobrevivir a los acontecimientos de esa noche.

Addison estaba ya casi en el piso de arriba cuando la llamó.

–Addison, ¿no sientes nostalgia de Nueva York? –le preguntó.

–No, la verdad es que no. Me gusta estar aquí, Jacob. Mucho más de lo que habría creído posible.

Se quedaron mirándose a los ojos durante unos segundos.

«Dime que me amas y que quieres que me quede», pensó ella.

«Dile que la amas y que quieres que se quede», se dijo él.

–Estoy seguro de que también te va a gustar Dallas.

–¿Qué? –preguntó Addison sin entender nada.

–Allí es donde vamos a cenar.

–¡Pero Dallas está a dos horas!

Él le dedicó una sonrisa antes de contestar.

–No cuando conduzco yo.

Addison le había hecho caso y se había puesto el vestido y los zapatos de tacón negros.

Se le pasó por la cabeza arrancarle el vestido para dejarla solo con los zapatos y la sexy ropa interior que debía de llevar debajo. Pero no lo hizo, tenía que portarse bien.

Iban a cenar en un restaurante al que llevaba años sin ir. Después, podría tenerla solo para él en cuanto regresaran a casa.

Se había puesto sus vaqueros nuevos, una camiseta negra y una chaqueta de cuero. Incluso se había limpiado las botas. Y llevaba, como siempre, su parche en el ojo.

Debajo, donde había estado su ojo, llevaba una pieza de silicona que

mantenía la forma de la cuenca del ojo. Sabía que con el tiempo terminaría por ponerse una prótesis.

Era algo que había estado retrasando, quizás porque creía que no se merecía tratar de reconstruir su vida y volver a la normalidad después de lo que había hecho.

Aunque era un trayecto largo, se le pasó enseguida. No dejaron de hablar durante todo el camino. Tenían mucho que aprender el uno del otro. Tenían muchas cosas en común, aunque con pequeñas diferencias.

A él le encantaba el fútbol americano y era seguidor de los Dallas Cowboys. A ella también le gustaba ese deporte, pero su equipo era los New York Jets.

–¡Qué sorpresa! –exclamó él con ironía–. Bueno, nadie es perfecto.

A los dos les gustaban los perros, pasar las noches frías de invierno frente a la chimenea, beber vino tinto de California, comer pan recién hecho y dar paseos por la playa al amanecer.

Cuando por fin llegaron al restaurante, Jake tenía los sentimientos tan a flor de piel que tuvo que contenerse para no mirarla a los ojos y decirle que la quería.

Pensaba hacerlo esa noche, pero un poco más tarde.

El maître los acompañó a una mesa con vistas a un jardín iluminado.

–¡Oh! ¡Es perfecto! –exclamó Addison maravillada con el sitio.

Pero Jake tenía muy claro que lo único que había perfecto allí era ella misma.

No podía dejar de pensar en lo que iba a decirle y temía que Addison no le correspondiera. La manera en la que lo miraba, sus sonrisas, sus caricias… Todo le decía que sentía lo mismo. Pero, aun así, era difícil exponer su corazón de esa manera. Además, si sentían lo mismo y querían tratar de tener un futuro juntos, ella iba a tener que renunciar a su vida para empezar una nueva en un sitio que apenas conocía. No sabía si podría cambiar Nueva York por Wilde's Crossing. Y, si ella no daba su brazo a torcer, no sabía si él estaría dispuesto a dejar Texas para mudarse a Nueva York con ella.

Por fin se había dado cuenta de que aquel era su hogar. No solo Texas, ni siquiera Wilde's Crossing, sino El Sueño, el rancho que llevaba generaciones en su familia, las tierras por las que habían luchado sus antepasados y en la que todos habían trabajado.

Le parecía increíble que solo hubieran pasado unos días desde que llegara. Entonces, había deseado salir de allí cuanto antes. Había estado huyendo del pasado, de un futuro incierto y de sí mismo. Había tenido la necesidad de mantenerse en movimiento.

Pero ya no.

Sentía que volvía a llevar las riendas de su vida. Estaba seguro de ello.

Su corazón se llenó mientras miraba a Addison. Sabía que la había llevado al lugar correcto. Era pequeño, íntimo y elegante. E incluso contaba con una pequeña pista de baile.

Se levantó y se acercó a ella.

–Señorita McDowell, ¿quiere bailar conmigo?

Su sonrisa iluminó la sala.

–Sería un honor.

La tomó entre sus brazos y supo, sin lugar a dudas, que era allí donde quería estar.

La cena fue maravillosa.

Addison sabía que Nueva York no era la única ciudad en el mundo, pero era una convencida neoyorquina que amaba esa metrópoli. Había creído que ningún sitio podía estar a la altura de Nueva York, pero acababa de darse cuenta de que también le gustaba mucho Dallas.

El restaurante era espectacular y la comida, deliciosa. Tomó crema de setas salvajes, vieiras y champán.

Pero lo mejor de todo era Jacob.

Su Jacob.

Era tan guapo. No había ni una mujer en el restaurante que no lo hubiera mirado cuando entraron. Y esa noche estaba siendo muy atento y divertido. Un verdadero encanto. Y le estaba encantando bailar con él y sentir su maravilloso cuerpo contra el de ella. Su aroma la envolvía por completo. No necesitaba mucho más para que despertara su deseo.

–Addison…

Se echó hacia atrás para mirarlo a los ojos.

–¿Sí?

Jake se echó a reír. Era un sonido muy sexy.

–Sé lo que estás pensando, Adoré –le dijo con picardía.

Ella también se echó a reír.

–Y ¿qué vas a hacer al respecto? –le preguntó.

Unos minutos más tarde, estaban en el Thunderbird de Jake y de regreso a Wilde’s Crossing.

No habían esperado a pedir la cuenta, Jake se había limitado a dejar un montón de dinero en la mesa y casi la había sacado en volandas del restaurante. No le había dicho aún que la amaba, pero iba a hacerlo en cuanto pudiera controlar su mente. En ese momento, solo podía

pensar en hacer el amor con ella.

Aunque conducía deprisa, iban a tardar más de una hora en llegar. Se le pasó por la cabeza llevarla a un hotel, pero la humilde y destartalada casa del rancho de Chambers se había convertido en su hogar.

Sin embargo, los dos estaban tan excitados…

Sabía que a Addison le pasaba lo mismo. Estaba sentada muy cerca de él y una mano descansaba en su muslo. Hizo él lo mismo con ella y fue subiéndola hasta deslizarla bajo la falda de su vestido. Addison no pudo ahogar un gemido y estuvo a punto de perder la cabeza al oírlo.

–Jacob –susurró ella–. No, no lo hagas. No puedes…

Pero sí podía.

Addison gimió de nuevo cuando él apartó ligeramente sus braguitas para acariciarla. Estaba ardiendo por él y tan húmeda… Deslizó un dedo dentro de ella y sintió cómo se contraía su sexo.

Addison gritó de placer y él tampoco podía dejar de gemir al oírla.

Sacó el coche de la carretera y se detuvo en el arcén. Era muy tarde y la noche era especialmente oscura. Estaban solos.

–Tengo que tenerte –le susurró con la voz ronca–. Adoré, tengo que…

Le arrancó las braguitas de encaje mientras ella le bajaba la bragueta.

La levantó entonces hasta tenerla a horcajadas sobre él y, unos segundos más tarde, estaba dentro de ella. Fue increíble. Tan intenso…

Addison gritó su nombre y él tomó su cabeza entre las manos y se la acercó para poder besarla mientras se movían a la vez.

El apasionado encuentro consiguió apaciguar un poco su deseo, pero volvieron a abrazarse en cuanto llegaron al rancho y cerraron tras ellos la puerta de la casa. Se arrancaron la ropa casi con desesperación, como si necesitaran despojarse de todo lo que los separaba.

Llegaron por fin a esa cama que se había convertido en el lecho de ellos dos.

Antes de dormirse, lo último que pensó Jake fue que quería a la mujer que tenía en sus brazos y que se lo iba a decir a la mañana siguiente.

Tenía que confesarle que la quería en su vida para siempre.

El mundo estaba ardiendo, había llamas por todas partes. Los hombres gritaban, se estaban muriendo. El Blackhawk también se estaba muriendo, era una bestia herida.

Jake estaba vivo, pero empapado en sangre. Había tanta sangre...

No solo la suya, también era la sangre de otros. De otros que...

–Jacob.

Estaba atrapado en un amasijo de alambres y cables. Trató de salir de allí como pudo.

–Jake…

Alguien gritaba su nombre. Era uno de sus hombres, pero no sabía dónde estaba, no lo podía encontrar. Había demasiadas llamas y demasiado humo. La sangre lo cegaba.

Sintió una mano en su hombro y trató de apartarse. Tenía que encontrar a sus hombres.

–¡No! –gritó Jake y trató de golpear a quien lo sujetaba.

–¡Jacob! Por favor. Despiértate. ¡Despiértate, Jake!

Se despertó de golpe. No podía respirar y estaba aterrorizado. Su corazón latía a mil por hora y su cuerpo estaba empapado de sudor. Le costó entender dónde estaba, pero entonces lo recordó.

Era la vieja casa de Chambers, la que ahora era de Addison.

Vio que estaba en el suelo, con las piernas enrolladas en la colcha y la lámpara de la mesilla de noche hecha añicos junto a él.

–Addison –susurró con la voz ronca–. ¿Addison? ¡Dios mío, Addison!

–Estoy aquí, Jacob.

Se le acercó mientras trataba de levantarse. Estaba muy pálida y parecía asustada. La abrazó.

–¿Te he hecho daño, cariño? ¿Te he…?

–No –le aseguró–. No, estoy bien.

Pero vio que no lo estaba. Todo su cuerpo temblaba y le castañeteaban los dientes. Tomó la colcha y la envolvió alrededor de Addison.

–Cariño. Lo siento mucho –le dijo abrazándola.

Lamentaba tanto que le hubiera ocurrido estando con ella, no había querido que lo viera así.

–¿Seguro que no te he hecho daño? ¿Te golpeé? Sé que golpeé algo...

–Sí, la lámpara.

Fue un gran alivio oírlo. La sostuvo entre sus brazos durante unos segundos más y se separó después para mirarla. El corazón le dio un vuelco.

Tenía sus ojos muy abiertos y le temblaban los labios. Era como si acabara de ver un fantasma.

–Perdóname, cariño –le susurró abrazándola de nuevo.

–No tengo nada que perdonar. Ha sido una pesadilla, eso es todo. Solo una pesadilla.

Sintió que su cuerpo se ponía en tensión.

–No es solo una pesadilla, es mi pesadilla, la que tengo todas las

malditas noches.

–Pero no te había pasado desde que has estado aquí conmigo.

Addison tenía razón, no le había pasado y él lo había interpretado como una señal de clara mejoría. Había querido creer que ya estaba bien.

Pero acababa de ver que no lo estaba. Seguía tan mal como lo había estado durante esos dos últimos años. La única diferencia era que esa pesadilla podía llegar a ser muy peligrosa si dormía con alguien a su lado. No podía poner a otra persona en peligro. Sobre todo cuando era la mujer a la que amaba.

–Voy a hacer un poco de café, ¿de acuerdo? –le dijo Addison algo nerviosa.

Sabía que estaba asustada. Quería abrazarla y decirle que la amaba, pero precisamente porque la quería, la soltó y se puso de pie. Lo hizo deprisa, no quería pararse a pensar en lo que estaba haciendo. Recogió su ropa y se vistió.

–¿Jacob?

Al ver que se ponía una camiseta, ella tomó una bata que tenía en la silla y se la puso.

–¿Qué estás haciendo? –le preguntó mientras él se calzaba–. Por favor, escúchame. Si no quieres café, podemos volver a la cama y…

Se volvió hacia ella.

–El café no va a cambiar nada y el sexo tampoco.

Ella hizo una mueca como si acabara de abofetearla. Sabía que sus palabras eran crueles, pero no le importaba nada, sentía que se estaba derrumbando por dentro.

–Lo sé –susurró ella–. Solo quería decir que... Jake, me importas mucho. Eres… Lo eres todo para mí.

–No –repuso él bruscamente–. No soy nada para nadie, ni siquiera para mí mismo.

–¡No! No hables así, Jake.

–Vete a casa, Addison. Vuelve a Nueva York, a tu bufete y a tu vida.

–Jacob –lo llamó con las lágrimas en los ojos mientras iba tras él–. No quiero irme ni tú quieres que me vaya. Lo sé.

Tenía razón, no quería que volviera a Nueva York. Su vida era un desastre y seguía sin superar lo que le había pasado, pero la amaba, sabía que siempre la iba a amar.

Por eso tenía que irse.

Creía que Addison se merecía un hombre mejor, no un cobarde y un inútil como él.

Bajó las escaleras rápidamente y oyó el sonido de sus pies descalzos tras él. Estaba ya en la puerta de entrada cuando sintió su mano en el hombro.

Respiró profundamente y se giró hacia ella. Tenía que ser fuerte.

–De todos modos, esto iba a terminar pronto, Addison.

Odiaba mentir y hacerle daño, pero tenía que hacerlo.

–¡No te creo!

–Me dijiste que te ibas a Nueva York a final de semana y yo también me iba a ir. Pensé que sería buena idea pasarlo bien unos días hasta que te fueras. Eso es todo.

–¿Pasarlo bien? –repitió ella con incredulidad.

–Sí. Siento que esto te sorprenda, pero sabías desde el principio que iba a ser temporal.

–Jacob... –susurró entre sollozos–. Jacob, por favor, escúchame. ¡Necesitas ayuda!

Jake se dio la vuelta y salió de la casa.

Creía que lo que necesitaba era tener la carretera frente a él y seguir huyendo. No quería a nadie que le hiciera preguntas ni le hiciera recordar cuando lo único que quería hacer era olvidar.

Capítulo 12

CALEB Wilde estaba sentado en su despacho de Dallas mirando por la ventana. Creía que era lo más normal con unas vistas como las que tenía. Además, los papeles y carpetas se acumulaban sobre su mesa y estaba tratando de retrasar el momento de volver a concentrarse en el trabajo.

Maldijo entre dientes e hizo girar su sillón de cuero hacia la mesa. No entendía por qué se mentía a sí mismo.

No solo estaba ignorando su trabajo, lo estaba ignorando todo. Y no tenía nada que ver con las vistas, sino con su hermano Jacob.

No sabía dónde estaba. Habían pasado tres meses y no sabía nada de él. No había recibido ni un mensaje, ni una llamada. Nada de nada.

En realidad, sí había recibido un mensaje de texto. Uno que había enviado a la vez a los cinco hermanos. No os preocupéis por mí. Estoy bien, había dicho en el breve mensaje.

Resopló al recordarlo. No sabía qué demonios les había querido decir con eso. Le parecía una frase ridícula y no creía que en realidad estuviera bien.

Le bastaba con recordar lo que había hecho para saber que no estaba bien. Había regresado a casa, donde lo habían estado esperando con los brazos abiertos, de mal humor y había sido casi imposible hablar con él. Recordó cómo se había enfadado durante la fiesta con una mujer que no le había hecho nada. Pero después había pasado días y días en su casa, sin separarse de ella para desaparecer luego de repente.

Ya ni Jake ni Addison estaban en Texas y tampoco estaban juntos.

Ella estaba de vuelta en Nueva York y él… De él no sabían nada.

–No sé dónde está –le había dicho Addison cuando Caleb la llamó por teléfono.

Y a Travis le había dicho lo mismo.

Cuando los dos hermanos hablaron de las conversaciones que habían tenido con Addison, se dieron cuenta de que los dos habían tenido la sensación de que ella había estado conteniendo las lágrimas mientras hablaba con ellos. Y Addison había aprovechado esas conversaciones para despedirlos a los dos.

–No creo que sea buena idea que sigamos trabajando juntos –les había dicho.

No habían podido sacarle más información. En realidad, no había

sido su intención conocer los detalles de su ruptura, solo querían saber dónde estaba Jake. Pero nadie lo sabía.

Aparte de ese breve mensaje de texto, no se había puesto en contacto con ninguno de ellos.

Sonó de repente el intercomunicador. Maldijo entre dientes, no estaba de humor para interrupciones.

–¿De qué se trata, Jean? –contestó él–. Ya te dije que no quería que nadie me molestara.

–Sí. Lo sé, pero…

La puerta se abrió de repente y Caleb levantó la mirada hacia ella.

–¡Padre! –exclamó poniéndose en pie.

El general imponía con su uniforme de gala y todas esas condecoraciones en la chaqueta.

–Hola, Caleb –repuso su padre asintiendo con la cabeza.

–Debería haberme… No lo esperaba... Pase, por favor, de haber sabido que...

–No había tiempo –lo interrumpió su padre–. Llegué anoche a Washington para reunirme con… Bueno, eso no es importante.

Su padre cerró la puerta, cruzó el despacho y se acercó a la mesa.

–Por favor, siéntate –le dijo a su hijo.

Caleb asintió con la cabeza. Le parecía increíble que su padre lo invitara a sentarse en su propio despacho. Pero lo había hecho y él lo obedeció al instante.

–Estoy preocupado por tu hermano.

–¿Por Travis?

–No, por Jacob. Estoy muy preocupado por él –le confesó su padre.

Se preguntó qué sabría su padre.

–Sí. Bueno, es que…

La puerta de su despacho se abrió de nuevo y entró Travis.

–Espero que no te importe, Caleb, pero le pedí a Travis que nos acompañara –le dijo el general.

–No. Está bien.

–Siéntate, por favor, Travis –le ordenó a su otro hijo.

Travis asintió y se sentó al lado de su padre. Caleb sonrió. El general se había hecho cargo de su despacho.

–Le estaba diciendo a tu hermano que me preocupa Jacob.

Travis y Caleb se miraron. Casi podían leerse el pensamiento mientras decidían si debían decirle la verdad a su padre o asegurarle que no había nada de lo que preocuparse. Al final, Caleb habló con sinceridad.

–A nosotros también –le dijo a su padre–. No sabemos dónde está.

–Bueno, en realidad, sí lo sabemos –intervino Travis.

Caleb y el general lo miraron con el ceño fruncido.

–Está en Wilde’s Crossing, en el rancho del viejo Chambers.

–El que es ahora el rancho de McDowell, ¿no?

Travis negó con la cabeza.

–No, ha vuelto a cambiar de propietario. Ahora es el rancho de Wilde. Jake lo compró por dos millones y medio. Es así como descubrí dónde estaba, cuando hizo un cheque por esa cantidad con el dinero que tiene en mi empresa.

Caleb no entendía nada.

–No tiene sentido. Rechazó la oferta que le hicimos para hacerse cargo de El Sueño y se fue de Wilde's Crossing. Creíamos incluso que se había ido de Texas. ¿Por qué iba a comprar ese rancho?

–No tengo ni idea. Lo he llamado, pero no contesta.

Caleb se puso de pie y maldijo entre dientes.

–¿Creéis que sería capaz de hacer alguna estupidez…? –les preguntó con angustia.

–Creo que ha hecho un montón de estupideces –repuso Travis levantándose también–. Como lo de negarse a aceptar que fue un valiente o lo de no querer nuestra ayuda.

–O alejarse de una mujer que se preocupaba por él.

–Bueno, eso no lo sabemos.

–Sí lo sabemos. He hablado con gente que los vio juntos y todos dicen que parecían estar locos el uno por el otro –le recordó Caleb.

–Bueno, ¿habéis terminado ya con esa discusión?

Sorprendidos, los hermanos se volvieron hacia el general. Aunque pareciera imposible, habían olvidado que estaba en el despacho con ellos.

–Porque no podemos perder el tiempo especulando –les dijo su padre poniéndose en pie–. Tenemos que llegar al aeropuerto lo antes posible.

Travis lo miró entrecerrando los ojos.

–¿Por qué? –le preguntó con frialdad–. ¿Tiene que volver a irse?

–No –repuso el general–. Nos vamos los tres a Wilde's Crossing.

Jake oyó el motor de un vehículo acercándose antes incluso de verlo. Le pareció que era una furgoneta o un todoterreno, un coche grande que avanzaba a bastante velocidad.

Con algo de nerviosismo, se dio cuenta de que debía de tratarse de alguien que tenía prisa por verlo. Estaba seguro de que sabía quiénes eran. Llevaba un par de días esperando que sus hermanos aparecieran por allí, desde que tomara posesión del rancho.

El ruido se hizo más fuerte y vio una nube de polvo a lo lejos. Pensó en las películas de vaqueros que veía de niño. Parecía el séptimo de caballería llegando a su rescate.

Suspiró y se secó la cara con la camiseta que se había quitado

mientras trabajaba. Estaba sucia y vieja, pero se la puso de todas formas.

Había estado trabajando al aire libre casi todo el día, primero arreglando el granero y después los escalones del porche que estaban en mal estado.

Estaba cansado y le dolía todo el cuerpo. Soñaba con una ducha caliente y una cerveza fría, pero se sentía bien. Los chicos de su grupo le habían dicho que el trabajo físico era excelente para conseguir que curaran las heridas mentales y se había dado cuenta de que tenían razón.

Llevaba algún tiempo viviendo de esa manera, trabajando muy duro durante el día y yendo a reuniones un par de tardes cada semana. Las noches las pasaba sentado allí, en el porche, escuchando el sonido de los grillos y los coyotes hasta que llegaba la hora de acostarse.

Había sido un poco escéptico al principio, pero había cambiado de opinión al ver que las reuniones y esa forma de vida le estaban ayudando mucho. Sobre todo a entenderse mejor a sí mismo y tomar las riendas de su propia vida. Era una sensación increíble.

Aún tenía cosas que necesitaba mejorar, pero sabía que podría lograrlo.

Además, ya no tenía pesadillas. Tenía sueños, pero no tenían nada que ver con la guerra.

Soñaba con Addison, con todo lo que había perdido y no iba a volver a encontrar.

Pero sabía que no tenía sentido pensar en ella en esos momentos. Ya podía ver el vehículo, un todoterreno blanco.

Jake se protegió los ojos con la mano mientras el coche se detenía frente a la casa.

Estuviera o no listo, allí estaban. Como había adivinado, eran sus hermanos.

Se quedó sin aliento al ver que el general estaba en el asiento de atrás del coche. Le parecía imposible. Pensó que quizás fuera una alucinación.

–Jacob –lo saludó su padre.

No, no era una alucinación.

Se le pasó por la cabeza hacerle un saludo militar, pero ya no estaba en el Ejército. Así que se acercó a él y le tendió la mano, que estaba algo sucia. Su padre la miró y la estrechó con fuerza.

–Me alegra verte, hijo.

Jake asintió con la cabeza.

–A mí también me alegra verlo, señor.

Sus hermanos se detuvieron justo detrás del general y lo saludaron.

–Bueno, ¿pasabais por aquí y se os ocurrió venir a verme o qué? –les preguntó Jake.

Caleb y Travis casi sonrieron. El general frunció el ceño.
–Hemos hecho este viaje para venir a verte, Jacob.
Se dio cuenta de que su sentido del humor no le iba a servir de nada con su serio progenitor.
–¿Podemos sentarnos? –le preguntó el general.
Jake miró a su alrededor. No podían entrar en la casa. Llevaba un par de semanas trabajando en ella, antes incluso de que fuera oficial la compra del rancho, y había sacado casi todos los muebles de la planta baja.
–Sí, por supuesto –les dijo–. Vamos al porche. A esta hora tiene buena sombra y tengo cervezas en esa nevera portátil de la esquina –añadió mientras la señalaba.
El general subió las escaleras del porche como lo hacía siempre, con paso firme. Lo siguieron sus hermanos y se sentaron los cuatro.
–Muy bien, señores. ¿Me vais a decir qué hacéis aquí? –les preguntó después de que todos tuvieran sus cervezas frías.
El general no respondió. Caleb y Travis se miraron entre ellos.
–¿Dónde has estado? –le preguntó Travis al final.
–Aquí y allá.
–No es una respuesta muy esclarecedora.
–Estuve viajando durante algún tiempo –contestó Jake.
–¿Por qué no nos llamaste? No sabíamos nada de ti.
–Bueno, os envié…
–Sí, un mensaje inútil –lo interrumpió Travis–. Sí, lo vimos. ¿No podrías haber llamado?
Jake apretó los dientes.
–No, no podía. Necesitaba tiempo para pensar y tenía que hacerlo yo solo –les dijo con un poco más de amabilidad–. Siento haberos preocupado, chicos. No era eso lo que quería.
–No sabíamos si estabas vivo o muerto, Jake.
–Bueno, sí lo sabíais. Os envié un mensaje.
–Un mensaje que no nos dejaba nada claro. Era frío y escueto. Lo podía haber enviado un robot –protestó Caleb.
–Pues no, lo escribí yo. ¿Qué más quieres que te diga? Ya me he disculpado.
Caleb abrió la boca para replicar, pero volvió a cerrarla. Vio que Travis estaba conteniéndose para no sonreír y Caleb lo fulminó con la mirada.
–No quería llamar ni escribir hasta que estuviera preparado para hacerlo, ¿de acuerdo?
–¿No podías siquiera habernos dicho que querías comprar este rancho?
Jake se encogió de hombros.
–Sabía que acabaríais enterándoos.

–¿Y?
–¿Y qué?
Sus hermanos volvieron a mirarse entre sí.
–Jake –le dijo Travis con amabilidad–. No puedes seguir así.
–Odiando el mundo, odiándote a ti mismo –intervino Caleb–. Y encima sin motivos, hombre. Sin ningún motivo para hacerlo.
Jake asintió con la cabeza.
–Bueno, a mí me parecía que sí tenía motivos –les confesó–. A lo mejor no estaba siendo muy lógico ni pensando con claridad, pero así era como me sentía. Es complicado.
Sus hermanos lo miraron algo desconcertados. A Jake no le extrañaba que se sintieran así. Hasta hacía muy poco tiempo, también él se había sentido muy confuso.
–Tenía estrés postraumático –les dijo en voz baja–. No podía librarme de la sensación de culpabilidad, recordando todo el tiempo lo que había hecho y lo que no había hecho…
–Pero hiciste todo lo que pudiste.
–Aún estoy tratando de aceptarlo, Travis. No sé qué habría pasado si hubiera amenazado a mi superior antes y hubiera conseguido…
–¿Qué? –preguntó Travis sin entender–. Pero no nos dijiste que habías…
El general se aclaró la garganta y sus tres hijos lo miraron con sorpresa.
De nuevo, se les había olvidado que estaba allí.
–Eso estuvo mal, Jacob –le dijo el general poniéndose en pie–. Muy mal. Deberían haberte hecho un consejo de guerra por lo que hiciste, es lo que te merecías.
–Sí, señor, lo sé.
–Un soldado obedece órdenes –le recordó su padre.
–Sí, señor. Lo sé.
–No hay excusa para tu comportamiento.
–No, señor. No hay excusa –repuso Jake apretando los dientes–. No había excusa, pero sí muy buenas razones.
Le pareció ver la sombra de una sonrisa, apenas perceptible, en los labios del general. Se acercó a Jake y apretó su brazo.
–Algunas personas podrían estar de acuerdo con ese punto de vista –le dijo en voz baja–. Veo que has conseguido ver las cosas con más claridad, hijo.
–Gracias, señor. Pero no lo he logrado yo solo. He estado asistiendo a un grupo de apoyo para militares que han estado en zonas de guerra.
–Excelente, excelente. Tengo que reconocer que, durante un tiempo, llegué a pensar que habías perdido la dirección.
–Y me ocurrió –les confesó Jake con dificultad–. Pero llegó entonces

alguien a mi vida que me señaló la dirección correcta.
–Addison –dijo Travis suavemente.
El general asintió con la cabeza.
–Addison McDowell, ¿verdad?
–¿Cómo sabe…?
–Eres mi hijo, Jacob. ¿Crees acaso que no me interesa tu vida? –le preguntó el general–. Por lo que he oído, parece una mujer estupenda.
–Sí, lo es.
–¿Hablaste con ella de lo que pasó? –le dijo su padre.
Jake asintió.
–Muy bien. Me alegra que pudieras hacerlo. Que pudieras hablar con ella, ya que no podías hablar con…
El general no terminó la frase y carraspeó de nuevo.
–Bueno –les dijo enérgicamente–. Tengo que volver a Washington, esta noche tengo una cena con el vicepresidente.
Jake y sus hermanos se pusieron de pie.
–Entonces, ¿estás bien de verdad? –le preguntó Caleb dándole una palmada en el hombro a Jake.
–Sí, de verdad.
Caleb y Travis se miraron una vez más.
–¿Qué? –les preguntó Jake.
Travis parecía algo incómodo.
–Addison llamó y nos despidió a Caleb y a mí.
Jake sonrió con algo de tristeza.
–Lo siento.
–No, no pasa nada. Se limitó a decirnos que no iba a necesitar nuestros servicios –le dijo Travis.
–Preguntó por ti, quería saber si estabas bien –añadió Caleb.
Se quedaron de repente en silencio y Jake miró a sus hermanos.
–¿Dijo si…?
Travis le apretó con cariño el hombro y negó con la cabeza.
–No, lo siento.
Durante un buen rato, nadie habló.
–Compraste este rancho por ella, ¿no? –le preguntó Caleb.
–Sí. Este sitio llegó a encantarle. Bueno, eso fue lo que me dijo… –susurró Jake–. Además, ¿cómo iba a dejar que las tierras de ese viejo desgraciado las comprara alguien que las arruinara más aún?
Todos sonrieron.
–Lo entiendo –le dijo el general–. Solo desearía que hubieras querido…
–Y lo hago –lo interrumpió Jake mirando a su padre–. No sé por qué reaccioné como lo hice. Me equivoqué con El Sueño. La verdad es que sería un honor que me ofreciera de nuevo el trabajo.
Sus hermanos sonrieron y también su padre.

–El honor sería mío –repuso en voz baja el general mientras le hacía el saludo militar.

Jake lo saludó del mismo modo y los dos hombres se miraron a los ojos. El general hizo una mueca, cerró de un paso la distancia entre ellos y abrazó a su hijo.

Jake se quedó inmóvil, sintió que se le nublaba la vista y pensó que debía de ser por el polen...

–Papá –susurró sin poder contener la emoción y abrazándolo con más fuerza.

Esa misma tarde, cuando volvió a quedarse solo, Jake se sentó en una de las viejas sillas del porche, puso los pies sobre la barandilla y tomó un trago de la botella de cerveza que sostenía en su mano.

Una ardilla apareció de repente a su lado y él levantó la botella hacia ella a modo de saludo.

–Bienvenida –le dijo amablemente.

La ardilla lo miró.

–¿Quieres una cerveza? –le preguntó.

Pero solo parecía estar interesada en las migas que había en el suelo, las que había dejado unas horas antes, cuando comió en el porche. Como casi siempre, se había tomado un sándwich de queso. Una comida que le hacía pensar en ella.

Se puso en pie y la ardilla escapó corriendo. No sabía por qué estaba asustada, creía que era él quien debería tener miedo porque lo que estaba pensando hacer era una locura.

Sabía que Addison no iba a querer verlo.

Pero, por otro lado, era una mujer compasiva. Creía que por eso les había preguntado a sus hermanos por él. Otra cosa era que quisiera volver a verlo después de las cosas que él le había dicho. Aun así, si existía la posibilidad de...

Y, aunque no la hubiera, creía que tenía que verla. Quería contarle todo lo que estaba pasando en su vida y darle las gracias, porque se lo debía todo a ella.

Le había costado mucho enfrentarse a la realidad, admitir que necesitaba ayuda y llamar al psiquiatra que lo había atendido en Walter Reed para pedirle el nombre de algún grupo de apoyo local.

Pero lo había hecho.

Se había sentado en un círculo formado por hombres como él, militares que habían servido a su país para volver después a casa y darse cuenta de que ya no encajaban en ese mundo.

Si había sido capaz de hacer eso, creía que también podría ir a verla.

Respiró profundamente.

Después, entró en la casa y metió algo de ropa en su bolsa de viaje.

Capítulo 13

ADDISON ya casi había terminado de recoger las cosas de su despacho. Solo le quedaban por vaciar un par de cajones más.

En realidad, no había allí demasiadas cosas que quisiera. Solo un par de plumas estilográficas, un bello cuaderno que había querido usar como diario, pero en el que nunca había escrito, y algunas fotografías. Tenía una foto de sus padres con ella, otra de Charlie, otra de su ceremonia de graduación cuando terminó Derecho y una del rancho del viejo Chambers.

Era así como prefería referirse a ese sitio.

Charlie no había sido el propietario de ese lugar el tiempo suficiente como para que ella lo pudiera relacionar con su amigo. Y ella, desgraciadamente, tampoco había tenido ocasión de dejar su huella en el rancho. Era algo que le entristecía bastante cuando pensaba en ello.

Suspiró, cerró ese cajón de su mesa y abrió el de abajo.

Esperaba que el nuevo propietario se quedara en esas tierras el tiempo suficiente como para que las pudiera convertir en algo realmente suyo.

No tenía ni idea de quién lo había comprado y sabía que eso no debía importarle. Se había quedado unos segundos sin aliento cuando su agente inmobiliario la llamó por teléfono para decirle que tenían un posible comprador.

No sabía por qué había reaccionado como lo había hecho. Solo había vivido en el rancho durante unas semanas, pero había pasado tanto tiempo en ese dormitorio que redecoró ella misma…

El mismo dormitorio que había compartido después con Jacob.

«Jacob… ¡Dios mío! ¿Podré algún día dejar de recordar...?», se dijo con desesperación.

–Señorita McDowell.

Addison se dio la vuelta. Una joven del departamento de Recursos Humanos estaba en la puerta con una profesional sonrisa en su rostro.

–¿Va a terminar pronto, señorita McDowell? Siento molestarla, pero tenemos ya listos unos papeles que tiene que firmar.

Estaba harta de tanto papeleo. Se sentía como si llevara días firmando todo tipo de papeles. Había sido así desde que llegara un día al bufete y se diera cuenta de que tenía que cambiar su vida.

–Cinco minutos más –le dijo ella–. Me pasaré por su departamento cuando terminé.

–¡Oh! No es necesario. Tengo los papeles conmigo y la acompañaré hasta la salida.

Addison levantó una ceja al oír sus palabras y la empleada tuvo al menos el detalle de sonrojarse.

–Para ayudarla a llevar sus cosas –le dijo rápidamente.

Pero era mentira y las dos lo sabían. Había decidido irse de la firma, no la habían despedido, pero al bufete Kalich, Kalich y Kalich le seguía preocupando que pudiera irse de la empresa con información sensible.

Sin embargo, lo único que quería hacer era irse.

Recordó lo que le había dicho Charlie una vez. Él le había asegurado que algún día se daría cuenta que no estaba hecha para el tipo de trabajo que se hacía en las grandes empresas.

Ella no lo había creído y se había echado a reír.

–No, te equivocas –le había respondido ella–. Siempre he soñado con esto, con poder trabajar en un importante bufete de Manhattan, con clientes importantes y casos complejos.

–Horas de trabajo sin fin, clientes despiadados, socios exigentes, mucho dinero, pero sin tiempo para gastarlo. Ya verás que tengo razón, querida.

–Tenías razón, Charlie –susurró ella mientras guardaba la foto de su querido amigo en el maletín.

–¿Perdón? ¿Ha dicho algo, señorita McDowell?

Addison miró a la empleada de Recursos Humanos.

–Decía que me dé esos papeles de una vez para que pueda firmarlos y váyase de aquí –repuso ella con suma tranquilidad.

Cuando volvió a casa, si se podía llamar «casa» a un piso que solo tenía un dormitorio y una desorbitante hipoteca, dejó el maletín en el vestíbulo, se quitó los zapatos y comenzó a quitarse la chaqueta de su elegante traje mientras se dirigía al dormitorio.

No entendía lo que le estaba pasando ese día, no había dejado de pensar en el rancho, en la casa, en ese pueblo del que al principio no había querido saber nada.

Pero, sobre todo, no podía dejar de recordar al hombre que le había roto el corazón.

Se dio una ducha rápida, se recogió el pelo mojado en una coleta y se puso una vieja camiseta que había tenido desde sus años en la universidad y unas mallas.

Fue a la cocina y abrió la nevera. Tenía la misma comida de siempre. Había yogur, lechuga, algo de fruta, requesón y tofu.

Le pareció oír la voz de Jake tras ella, riéndose al ver que no tenía «comida de verdad». De hecho, ni siquiera habría podido preparar en

ese piso la especialidad de Jake, el sándwich de queso frito.

Cerró la puerta de la nevera.

Le parecía ridículo que no se lo pudiera quitar de la cabeza.

Llevaba meses sin pensar en Texas ni en Jacob Wilde. Bueno, en realidad, solo habían pasado unas semanas.

Suspiró, sacó uno de los taburetes de la barra de la cocina y se sentó en él.

–Bueno, solo tres días –murmuró.

O tal vez dos.

La verdad era que no podía dejar de pensar en Texas, en ese pequeño pueblo de Wilde's Crossing, en la vieja casa del rancho…

Y en Jacob.

Él estaba en su cabeza y en sus sueños. Estaba con ella todo el tiempo y le fastidiaba sentirse así. Sabía que tenía que olvidarlo, que solo había sido una aventura. Habían pasado unos días juntos y nada más.

No creía que de verdad se hubiera llegado a enamorar de él.

Creía que de Jake la había atraído su complejidad, su dolor. Era una mujer compasiva. Recordó que en una ocasión se encontró una pecera en el portal del primer apartamento que tuvo en Nueva York. Dentro había un pez de aspecto triste.

Nunca le habían gustado los peces y menos aún como mascotas. Pero, cuando vio que el pez seguía frente al portal de su casa una hora más tarde, decidió adoptarlo.

Si había hecho algo así con un pez, nunca habría podido darle la espalda a un hombre herido.

–No, no habría podido. Por eso le tendí la mano –se dijo en voz alta mientras se levantaba y abría el cajón donde guardaba los menús de comida para llevar.

Esperaba que Jake hubiera recibido ayuda y encontrado un poco de paz. No lo odiaba por las cosas que le había dicho, que lo que habían compartido había sido divertido, que ella había sabido desde el principio que iba a ser algo temporal…

–¿Por qué iba a odiarlo por eso? –se preguntó mientras hojeaba los menús.

Creía que Jake había tenido razón.

Se lo habían pasado muy bien juntos y eso había sido todo lo que habían tenido. Y también había sabido desde el principio que él se iba a ir de Wilde's Crossing, pero…

Se le llenaron de lágrimas los ojos.

–¿Cómo puedo ser tan tonta? –susurró.

No entendía lo que le estaba pasando, por qué estaba llorando por un hombre al que en realidad no había llegado a amar cuando debería estar celebrando que ese era el primer día de su nueva vida.

El dinero de la venta del rancho le había dado la posibilidad de poder dejar el bufete.

Pensaba buscar trabajo en un bufete más pequeño de Queens o Brooklyn. Su idea era mudarse a un piso cerca de su trabajo, algo con jardín o al menos una pequeña terraza.

Ya no recordaba por qué había querido vivir en una zona tan cara y superpoblada como Manhattan.

No iba a poder encontrar un sitio en el que sintiera que estaba en plena naturaleza, como en el rancho o en Wilde's Crossing, pero…

Sacudió la cabeza.

Eso ya no importaba y no debía pensar en ello.

Maldijo entre dientes y tomó el teléfono para pedir una pizza.

Le habían dicho que tardarían cuarenta y cinco minutos en llevarle la pizza, pero, hora y media más tarde, Addison seguía esperando.

Y no estaba de buen humor.

Lamentó no haberse limitado a cenar un yogur o un huevo escalfado.

Recordó de nuevo el famoso sándwich de queso frito. Le parecía increíble que la gente comiera esas cosas. Pensó que quizás Jake le hubiera tomado el pelo con eso.

Ni siquiera entendía por qué estaba perdiendo el tiempo pensando en un hombre que, sí, tenía problemas, pero…

Pero no entendía por qué le costaba tanto admitir la verdad.

Lo había amado, con problemas y todo.

Y él había fingido que ella le importaba y que era un buen hombre. Le había parecido el hombre más maravilloso que había conocido, alguien que era a la vez sexy, tierno y fuerte.

Pero, al final, solo había conseguido terminar sola y con el corazón en mil pedazos.

Sonó el timbre de la puerta y Addison entrecerró los ojos.

–Ya era hora –murmuró enfadada.

Se acercó a la puerta y quitó un cerrojo, después el otro y la cadena. Estaba tan enfadada consigo misma y con el tipo de la pizza que hizo algo estúpido.

Abrió la puerta sin mirar por la mirilla.

–Llegas con dos horas de retraso… –comenzó enfadada.

Pero se dio cuenta entonces de que no tenía delante al chico de la pizzería, sino a Jake.

El mismo Jake alto, esbelto y fuerte que tan bien recordaba. Llevaba pantalones vaqueros, una camiseta negra y sus botas de montar.

–Jacob… –dijo en un susurro.

–Addison –repuso él–. Dios mío, Adoré… –añadió con emoción

mientras abría sus brazos.

Le entraron ganas de dejar que la abrazara, pero no podía permitirle que le rompiera de nuevo el corazón. No era tonta, no iba a dejar que le hiciera daño.

–Adoré, sé que no merezco una segunda oportunidad, sé que no soy digno de ti, sé que soy el tipo más rastrero del mundo y…

–Eres todo eso y mucho más.

–Lo sé. Me merezco todo lo que quieras llamarme, pero… Pero…

–Es verdad, lo eres –susurró ella sin poder contener sus lágrimas mientras lo abrazaba–. Por supuesto que sí… Eres horrible, cruel y… Dios mío, Jacob, ¡te he echado tanto de menos!

Los brazos de Jake la rodeaban con fuerza. Addison tenía la cara contra su hombro y él le acarició el sedoso pelo.

Le costaba creerlo. La mujer a la que amaba estaba entre sus brazos.

Había olvidado por completo las disculpas que había ensayado durante el largo viaje desde el rancho a Nueva York.

Le había bastado con ver su precioso rostro, sin adornos ni maquillaje, su pelo despeinado y esa ropa cómoda para olvidar todo lo demás.

–Adoré –susurró tomando su cara entre las manos.

Se inclinó hacia ella y la besó.

No había probado nunca nada tan dulce como su boca. Nada lo había hecho tan feliz como sentirla entre sus brazos.

La tomó en sus brazos, entró en el apartamento y cerró la puerta tras de él con una patada.

–Sí, por favor… –gimió Addison–. Jacob, por favor...

Si hubieran sido los protagonistas de una película, ese habría sido un momento perfecto, acompañado de música romántica, mientras ellos se quitaban lentamente la ropa.

Pero era la vida real y habían pasado demasiado tiempo separados.

Les costó acertar con la ropa. Sus manos eran demasiado grandes y torpes y las de Addison no dejaban de temblar.

Ella se desesperó con su cinturón y a él le pasó lo mismo con el cordón de sus mallas.

Cuando estuvieron por fin desnudos, fue increíble sentir su piel cálida y suave.

Jacob tomó de nuevo en brazos a su Adoré y la llevó hasta el sofá, donde unieron sus cuerpos, sus corazones y sus almas.

Después, la abrazó con fuerza contra él.

–Te quiero –le susurró–. Te he querido desde aquella primera noche.

–¿Por qué no me lo dijiste? –le preguntó ella–. ¿Por qué me dejaste?

Addison tenía puesto el aire acondicionado y hacía algo de frío en la salita. Jake tomó la manta que había en el respaldo del sofá y la usó para tapar a su Adoré.

–No te lo dije porque yo no te merecía.

Addison cerró la mano en un puño y lo golpeó suavemente en el hombro.

–Jacob Wilde, ¿quién eres tú para decidir qué merezco y qué no?

Se echó a reír y Addison sonrió.

–Era un desastre, cariño. Necesitaba ayuda. Lo sabía, pero no me atrevía a reconocerlo –le dijo él acariciando con ternura su mejilla–. Gracias por hacerme ver la verdad.

–Yo no hice nada, solo quererte, Jacob. Siempre te querré.

–Más te vale –repuso él con la voz ronca.

Addison levantó de manera desafiante su barbilla.

–¿O qué?

–O tendré que secuestrarte y llevarte al rancho A y J...

–¿Adónde?

–Al rancho A y J. Lo que antes eran las tierras de Chambers. Lo compré, Addison. Ahora nos pertenece a nosotros, a ti y a mí.

–¿Lo compraste tú?

–Sí, pero las escrituras están a nombre de los dos. Aunque tendremos que cambiar el tuyo cuando te conviertas en la señora Wilde.

Addison levantó sorprendida las cejas.

–Estás muy seguro de ti mismo, Jacob Wilde.

Él le dedicó esa sonrisa arrogante que tanto le gustaba.

–Lo estoy, señorita McDowell, porque sé que te vas a casar conmigo.

Ella sonrió.

–Primero tendrías que pedírmelo, ¿no?

–Addison McDowell –comenzó Jake tomando su mano y besándola–. ¿Quieres ser mi esposa?

Se puso muy seria, lo bastante seria como para que se pusiera nervioso.

–Adoré, no te voy a dar otra alternativa. Tienes que casarte conmigo o…

–¿O qué?

–O mi vida estará vacía.

Addison suspiró.

–La mía también lo estaría –le susurró.

Jake le dio un largo y dulce beso. Después, se apartó para mirarla a los ojos. La parte más difícil estaba aún por llegar.

–Sé que tenemos que ponernos de acuerdo en muchas cosas –le dijo él–. Lo que quiero decir es que sé que te encanta Nueva York y tu trabajo, pero Dallas es una gran ciudad y hay un montón de grandes bufetes…

–Quiero vivir en Wilde’s Crossing –lo interrumpió Addison.

Jake abrió sorprendido la boca.

–Y trabajar como abogada allí. Seguro que hay algún bufete que… ¿Qué estás pensando? ¿Por qué me miras así?

–Caleb me ha dicho que quiere abrir un despacho de su firma legal en el pueblo. Tiene muchos clientes en Wilde's Crossing y quiere encontrar al abogado perfecto para ese puesto. Así que ¿qué te parece? ¿Wilde y Wilde en lugar de Kalich, Kalich y Kalich?

Addison se echó a reír y él también lo hizo.

Después, se quedó muy serio y le abrió lentamente la manta con la que la había tapado.

–Te he echado de menos –le dijo mientras acariciaba uno de sus pechos–. Mucho.

El timbre sonó en ese momento y Addison protestó con un gruñido.

–Debe de ser la pizza que pedí –le dijo.

Jake se levantó, sacó un billete de cien dólares de su cartera y lo pasó por debajo de la puerta.

–¡Deja la pizza frente a la puerta! –le gritó al chico.

Después volvió al sofá y tomó a Addison en sus brazos.

–¿Dónde está el dormitorio? –le preguntó.

–Por esa puerta –repuso Addison señalándosela con la mano–. La pizza va a estar muy fría cuando por fin podamos comerla.

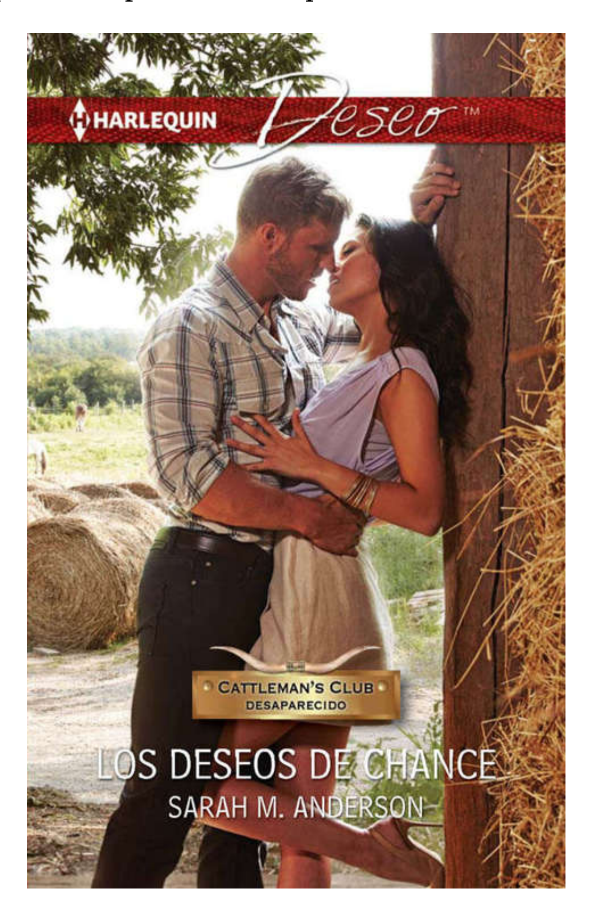
–No sé cómo decirte esto, cariño, pero soy el tipo de hombre al que le gusta tomar la pizza fría –le confesó Jake sonriendo mientras la dejaba en la cama.

–¡Qué casualidad! –repuso Addison–. A mí me pasa lo mismo.

Luego sonrió y abrió los brazos para recibir a su amante.

Y Jake supo en ese instante que por fin estaba en casa.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harlequinibericaebooks.com